

Los riesgos de la vida religiosa



Pro manuscripto

Dom Dysmas de LASSUS (y col)
Prior General de la Gran Cartuja

2019

Introducción

Desde hace algunos años¹, se han ido presentando ciertas dificultades recurrentes en muchas comunidades. La repetición de patrones idénticos y el empleo frecuente del reproche de *derivación sectaria*, invitan a una reflexión sobre este fenómeno relativamente nuevo. Es mejor prevenir que curar, pero para prevenir debemos comprender los dinamismos en juego.

Pocas de las nuevas comunidades han logrado escapar a este tipo de problemas, por lo que hay de qué inquietarse. ¿Dónde está el error, ya que estas comunidades, hace unos años, fueron presentadas como el futuro de la Iglesia? ¿Estaríamos equivocados al hacer esta apreciación? ¿Por qué estas comunidades especialmente fervientes, marcadas por una gran fecundidad y un dinamismo cierto, han sido particularmente vulnerables? ¿Es coincidencia o hay una explicación?

Y además, ¿son éstas las únicas que sufren problemas? ¿No estamos todos finalmente amenazados de una forma u otra? La respuesta a estas preguntas es demasiado simple: la vida religiosa comporta riesgos específicos.

¹ La siguiente traducción ha sido realizada a partir del libro *pro manuscripto* titulado “*Les risques de la vie religieuse*” de Dom Dysmas de Lassus y colaboradores; dado que la obra original no ha sido aún publicada aún en formato papel en lengua francesa, la presente traducción se ha realizado a partir de la versión digital y es pasible de futuras correcciones (n. del tr.).

Conocemos el famoso dicho: *corruptio optimi pessima*² que entra aquí de lleno. Mientras, en las antiguas Órdenes o congregaciones, los elementos correctivos desde hace largo tiempo que están en su lugar. No son inmunes a un superior paranoico, pero el problema por lo general se limitará a una comunidad en particular sin llegar a todo el conjunto del cuerpo.

En las nuevas comunidades, libradas de la carga de una tradición, lo cual les abre nuevos horizontes, todo parece ser posible. Ignorando riesgos insuficientemente analizados, han podido lanzarse con entusiasmo a emprender caminos peligrosos sin tomar consciencia de los peligros en que se incurre, o aún ignorar que también en la vida espiritual puede haber excesos peligrosos: el utilizar sin discernimiento ciertas prácticas tradicionales puede llevar a efectos indeseables, eventualmente graves. A menudo, lo que más ha faltado no era otra cosa que discreción³, en el sentido monástico del término.

El problema no es nuevo, se lo encuentra al comienzo de la reforma carmelita.

San Juan de la Cruz trató de moderar el entusiasmo irreflexivo del superior de Pastrana con respecto a penitencias extremas. Este superior dio ejemplo de las consecuencias inesperadas de un exceso: tuvo que ir a la corte por un asunto. San Juan de la Cruz le advirtió: "*Te vas descalzo, volverás calzado.*" De hecho, después de haber tenido que

² *La corrupción de lo mejor es la peor.* El significado es el siguiente: Un gran bien, si se corrompe a sí mismo, se convierte en un gran mal. Un hombre de gran talento pondrá a este talento al servicio del mal, puesto que se ha puesto al servicio del bien.

³ La discreción de los monjes corresponde casi al sentido de la medida dada por la sabiduría nacida de la experiencia. Lo opuesto sería el exceso.

prolongar su permanencia en la corte, atraído por el lujo, abandonó la reforma. El abad de Rancé sin duda proporcionará otro ejemplo. Fue necesario que la experiencia templara ciertas cosas.

La tentación bajo la apariencia de bien es un procedimiento conocido y es por esta razón que la tradición monástica siempre ha tenido en gran estima la discreción.

Los riesgos propios de la vida religiosa

Debido a que la vida religiosa tiene una gran estima por ciertos valores y busca entonces ponerlos bastante lejos, será más fácilmente víctima de los riesgos asociados a ella. Estas son algunas áreas de riesgo:

- Riesgos relacionados con el ejercicio de la autoridad (estructura de la comunidad)
- Riesgos relacionados con la obediencia
- Riesgos relacionados con la vida espiritual
- Riesgos relacionados con la clausura
- Un caso especial: riesgos relacionados con la soledad

Nuestra reflexión está dentro de los confines de la vida enclaustrada, los riesgos probablemente serán un poco diferentes en una vida más apostólica.

¿En qué orden tratar las cuestiones? Fue necesario elegir y la elección resulta un poco arbitraria porque todo está relacionado entre sí. Sin embargo, se ha observado que, a menudo, uno de los elementos del problema radica en el ejercicio de la autoridad. Es fácil precisar el riesgo que corre una comunidad religiosa en este campo, lo

encontramos formulado directamente en el Código de Derecho Canónico:

El consejo evangélico de obediencia, asumido en espíritu de fe y de amor siguiendo a Cristo obediente hasta la muerte, obliga a la sumisión de la voluntad a los superiores legítimos que toman el lugar de Dios, en tanto que mandan según sus propias constituciones⁴.

Todo el riesgo radica en la expresión: *los superiores legítimos que toman el lugar de Dios*. Este riesgo es inmediatamente corregido con la siguiente precisión: *en tanto que mandan según sus propias constituciones*. Surgen dos desviaciones cuando esta precisión comienza a desvanecerse⁵:

Si el superior comienza a tomar demasiado el lugar de Dios, la consecuencia se manifestará en el nivel de la estructura porque gradualmente todo vendrá de él y todo volverá a él. Esto puede dar a entender que todas las decisiones son tomadas por él, porque él concentra todos los poderes en sus manos. Acaece entonces el autoritarismo en el sentido clásico de la palabra, que siempre es nefasto en una comunidad, pero permanece en el nivel del funcionamiento, lo cual no es lo más importante. Si la estructura se ve afectada por el establecerse de lo que se llama *una estructura piramidal*, las consecuencias humanas se vuelven mucho más graves a largo plazo.

La segunda consecuencia se sitúa al nivel de los sujetos que obedecen: la eliminación de los límites quita de la obediencia una

⁴ CIC, c. 601.

⁵ El proceso no viene forzosamente, o no solamente del superior; el entusiasmo de los miembros puede contribuir fuertemente; volveremos sobre esto.

dimensión humana esencial, *la del discernimiento* que siempre pertenece al sujeto. Las consecuencias pueden ser profundas, en particular con la aparición de una situación llamada por los psicólogos: *doble vínculo (double bind)*.

En una situación semejante, el terreno se vuelve particularmente favorable para el desarrollo de las desviaciones clásicas de toda autoridad humana. Un proverbio anglosajón los resume bien: *el poder corrompe, el poder absoluto corrompe absolutamente*. Ahora la situación descrita corresponde a un poder muy absoluto; si el superior no es un santo y toma el gusto por el poder, los riesgos son enormes. Si no hay una estructura ya claramente definida que posea los contrapoderes indispensables,⁶ es grande entonces la tentación de utilizar la flexibilidad para poner en marcha un control que permitirá conservar el poder.

Esto se encuentra en las sociedades políticas, generalmente con un control policial. En la vida religiosa, el control se hará usando medios espirituales: la apertura del corazón puede ser utilizada por el superior para saber todo lo que sucede. Si nada escapa a sus ojos, se siente seguro porque todo permanece bajo control. El ideal de unidad puede usarse para neutralizar cualquier pensamiento divergente, generando el sentimiento de culpabilidad.

La clausura viene a agregar un elemento más a este conjunto: aislando de lo exterior, puede hacer imposibles los correctivos naturales que representarían intercambios con otras personas.

⁶ Los contrapoderes rara vez se definen desde el principio, ya que la experiencia muestra la necesidad. Por lo tanto, las nuevas comunidades son a menudo vulnerables en este punto.

La secuencia que acabamos de describir no es rigurosa y los elementos pueden presentarse en otro orden, pero aquí tenemos todos los ingredientes que pueden llevar, en las situaciones más graves, a un fenómeno de influencia. Cuando se llega a eso, uno tiene derecho de hablar de *desviación sectaria*.

La gravedad del asunto nos compromete a un estudio profundizado. Si se conocen bien los riesgos será más fácil evitar los errores, o detectarlos lo suficientemente temprano para que no sea demasiado tarde.

1ª parte: El Instituto y la Comunidad

Capítulo 1: Carisma e Institución

1. Redescubrimiento

En tiempos del último Concilio, buena parte de la crítica apuntaba a una cierta esclerosis que podía amenazar la vida religiosa si se la reducía al cumplimiento de la Regla. La desconfianza con respecto a la Institución fue ampliamente compartida dentro de la Iglesia en esta época, acompañada de un verdadero redescubrimiento de la acción del Espíritu Santo y un fuerte movimiento con el fin de sacudir la esclerosis ya citada y aprender a vivir en adelante según el Espíritu. Periodo rico en trabajos, reflexiones, surgimiento de nuevas realidades. Decir que todo fue oro sería excesivo, pero la riqueza ha sido indiscutible.

La oposición carisma/institución fue entonces algo común, junto al deseo de vivir una renovación en la Iglesia y un retorno al sentido de carisma⁷. Era normal que este movimiento estuviese más marcado en las nuevas comunidades en razón de la libertad que tenían de tomar formas inéditas, pero la renovación marcó todo el conjunto de la vida religiosa. Período fecundo donde muchos cristianos, religiosos o no, fueron capaces de aprender cómo la docilidad al Espíritu Santo viene a vivificar una Regla, una ley que, tomada sola, correría el riesgo de estar muerta. Libertad interior, don de sí, compromiso sobre nuevos caminos para el Evangelio: la lista sería larga.

⁷ No pensamos solamente en la Renovación Carismática sino también en aquello que se llama “carisma de un instituto.”

Se podría decir que en este período el carisma toma el control y tiende a relegar a la institución a un segundo plano. Al fin y al cabo, ¿no es maravilloso?

2. Personas carismáticas

Este aprendizaje de la docilidad al Espíritu Santo pasa necesariamente a través de personas porque el Espíritu Santo no tiene la costumbre de enviar faxes o correos. Docilidad a alguien que representa a Otro más grande que él. Personalidades que han sido llamadas carismáticas siempre han estado en el origen de los nuevos impulsos de la vida religiosa: no era una novedad. La peculiaridad de esta época consistió en esta desconfianza hacia la institución, con el pensamiento implícito o explícito de que la institución está en contra del carisma. De ahí la tendencia a construir todo sobre el carisma, sobre la flexibilidad, sobre la palabra del responsable, cualquiera sea el nombre que uno le dé. Una estructura ligera como ésta tiene la ventaja de la movilidad, la reactividad y la creatividad. Una palabra de la cabeza y la sigue todo el cuerpo.

3. La inversión

Sin embargo, detrás del telón, lentamente se está produciendo un proceso cuyas consecuencias no se perciben inmediatamente. Progresivamente, uno tiende a identificar al fundador/responsable y el carisma. Si el carisma está enteramente en manos del responsable, si entonces él transmite a la comunidad la palabra del Espíritu Santo⁸, se

⁸ Tengo ante los ojos un texto que comienza así: he aquí algunas palabras del Espíritu Santo por la boca de X. (el responsable) son una verdad determinante, tanto hoy como para cada uno.

hace cada vez más impensable contradecir, ya que sería resistir al Espíritu Santo. En el impulso de los inicios donde generalmente la unidad de visión es grande, no se percibe nada malo. Sin embargo, se está dando un verdadero giro. Inicialmente seguimos al responsable porque era inhabitado por el Espíritu Santo, el primero en ser dócil. ¿No era eso lo que atraía a seguirlo? Con el tiempo las personas cambian, ya sea porque se sustituye el fundador, o porque creciendo el instituto, otras personas se encuentran en puestos de responsabilidad y no todos pueden tener la gracia propia del fundador. La desconfianza hacia la institución tiende entonces a perpetuarse a pesar de todo el modelo carismático, invistiendo al superior del carisma porque él es superior. El carisma se ha convertido en una institución.

Pasamos de un diagrama a otro:

la persona está a la cabeza

porque está habitada por el Espíritu Santo.

se convierte en:

la persona está habitada por el Espíritu Santo

porque ella está a la cabeza.

Seamos claros, esto no es completamente falso, se llama la *gracia de estado*. Pero los riesgos son grandes si cada palabra del superior se considera como la palabra del Espíritu Santo. Si el superior es santo, esto puede compensar; si no lo es, están puestos todos los ingredientes para que se establezca una especie de dictadura.

Esta historia no es sino una historia tipo, pero tiene fundamentos en historias reales. Mediante la misma se querría ilustrar cómo uno puede pasar de la libertad del Espíritu a su opuesto por mera falta de sabiduría.

Las historias reales son diversas, complejas y no se pueden reducir a un único esquema. Sin embargo, hay elementos comunes y nos gustaría revelar algunos de ellos. La exposición no es exhaustiva y lo más importante no son los detalles de una situación concreta sino los *mecanismos* y *dinámicas* que los sustentan.

Como debemos elegir un orden, comenzaremos con un elemento externo, la estructura, para ir hacia adentro: la vida espiritual.

Capítulo 2: La estructura de la pirámide

Un padre abad que ha estado en contacto directo con víctimas de al menos cinco casos de desviación sectaria, en diferentes Órdenes, dijo: *En cada caso constaté que las relaciones siempre se hacen en dirección vertical, nunca horizontal: se comunica con su o sus superiores, pero nunca se comunica en el fondo con las otras hermanas.*

La constancia de esta evidencia en cinco situaciones diferentes merece reflexión. Revela un síntoma importante de una situación de desvío. Debajo de este síntoma, uno puede esperar encontrar una estructura que ha sido llamada estructura piramidal.

Se designa de este modo a la situación de una comunidad donde todo viene de arriba y todo va hacia arriba. Los monjes o religiosos no tienen relaciones importantes sino con los priores y únicamente con ellos. Tal vez haya eventualmente intermediarios, pero solo son correas de transmisión, las relaciones que podrían decirse horizontales, entre los pares, no son favorecidas.

Dos elementos caracterizan dicha estructura:

1. Una referencia única. Una sola persona controla toda la vida de la comunidad en todas sus dimensiones.
2. Frenos en las relaciones personales entre los miembros.

Formulada de manera tan tajante, todos estarán de acuerdo en que esta situación es inaceptable en una comunidad. Tratemos de imaginar una familia en la cual a los niños se les prohibiría hablar entre ellos, pero solo podrían tener una relación personal con sus padres. ¿No sería obvio que tal situación manifestaría una seria disfunción?

1. Establecimiento de una estructura piramidal

Sin embargo, en la práctica, el primer elemento de esta estructura, la concentración de poderes, puede establecerse demasiado fácilmente. Esto puede suceder en una comunidad con un nuevo superior que presenta ciertos rasgos de carácter. El ejemplo típico es el de personalidad narcisista que a menudo combina grandes talentos y una fuerte capacidad de seducción en el costado oscuro que Pascal Ide ha descrito como un *agujero negro*: "*La personalidad narcisista es una estrella doble, la combinación de un sol y un agujero negro (...). Veríamos el sol y nos sentiríamos atraídos por él; es solamente después que descubrimos que esconde un agujero negro que lo engulle todo y nunca devuelve nada*".⁹

Al principio, las cualidades del nuevo superior fascinan, lo que le permite progresivamente tomar el control integral de la comunidad.

Incluso puede suceder a nivel de un subgrupo algo autónomo como el noviciado. El Padre Maestro carismático, eso puede ser bueno y también puede tener sus peligros.

Si se trata de una congregación u Orden ya antigua y bien estructurada, el mal se limitará a una comunidad en particular y difícilmente afectará a todo el cuerpo. En una nueva comunidad se corre mucho más fácilmente el riesgo de que toda la congregación sea afectada, especialmente cuando *la transición del período de fundación* propiamente dicho al período de estructuración no se gestiona

⁹ Ide Pascal, *Manipulateurs, les personnalités narcissiques*, Éditions Emmanuel, París 2016, *cap. 1, n°3, p. 38*.

adecuadamente, como acabamos de decir en el capítulo anterior. En el momento de la fundación, por definición todo es nuevo y todo debe ser creado. Es normal que la figura del fundador sea preponderante, que se pase por un proceso de prueba considerable antes de encontrar su camino, y en consecuencia que haya cambios regulares decididos sólo por el fundador.

Una vez que la comunidad ha crecido, el papel del fundador probablemente habrá crecido de la misma manera y no es insignificante el riesgo de que continúe el funcionamiento del origen. Todas las decisiones, todas las orientaciones provienen del fundador que, considerado el depositario del carisma, corre el riesgo de seguir siendo la única referencia de la comunidad.

2. Frenar los intercambios entre los miembros

Un superior que habrá cedido a la tentación de querer controlar todo naturalmente limitará lo más posible los intercambios entre los miembros. En el fondo el asunto es lógico. En una comunidad, el primer contra-poder es la comunidad misma. Cuando se es Abad o Prior, no hacemos lo que queremos, bien lo sabemos. Está la Regla, y está la comunidad. El superior también obedece y se somete a la realidad de la comunidad. Y eso está bien. Si los intercambios entre los miembros de la comunidad son libres, y si la comunidad realmente tiene la posibilidad de expresarse, la unidad de apariencia no es más posible. O la unidad será verdadera o no lo será.

Si, por otro lado, el superior desea hacer lo que quiere, debe amordazar a toda la oposición. Aparte del caso de las cabezas fuertes, un solo monje difícilmente se opondrá a su Prior si ve que nadie parece

constatar lo que está sucediendo. Es fácil convencerlo de que juzga mal o exagera. El peligro consiste en que él pueda corroborar que otro, o muchos, piensan como él, lo cual los reafirmaría en la idea de que su punto de vista, después de todo, podría ser justo.

Para evitar este riesgo, evitaremos cualquier relación verdaderamente personal entre los miembros de la comunidad, al menos en temas arriesgados. Entonces, quien tenga dudas sobre el funcionamiento de la comunidad, sin tener a nadie con quien hablar, no podrá encontrar la confirmación de la cual necesita para que una intuición, no del todo clara, se convierta en una convicción. Él permanecerá en la duda sin ir más allá.

Los medios empleados varían mucho y usan varios aspectos de la vida religiosa: silencio, discreción, etc. En lugar de tratar de describirlos, es mejor limitarnos a la pregunta básica: ¿es posible el intercambio sobre una cuestión seria que concierne a la persona o la comunidad con otras personas que no sean los superiores (miembros de la comunidad o asesores externos)?

También trataremos de evitar intercambios con personas externas, especialmente la familia, sobre temas importantes. El riesgo es exactamente el mismo: la persona que sintió que algo andaba mal podría consolarse en su juicio si puede hablar sobre puntos en litigio con personas de buen sentido. Se subrayará, por ejemplo, que es importante *lavar la ropa sucia en familia*, por lo tanto, nunca hablar con personas del exterior de aquello que podría encontrar criticable en la vida de la comunidad. Hablaremos de *secretos de familia* para evitar hablar sobre el funcionamiento real de la comunidad.

¡Ahora bien, esto no es del todo falso! Y eso es lo que hace que sea difícil discernir el umbral más allá del cual esta recomendación de sentido común se convierte en una mordaza. Podemos decir que lo que debe ser guardado en familia, son los pequeños defectos, los pequeños chismes que existen en toda familia cualquiera sea. Pero cuando se trata de una profunda incomodidad sentida por los religiosos, ya sea personalmente o en el nivel de la atmósfera de la comunidad, prohibirle hablar con personas del exterior es encerrarlo en su malestar y negarle cualquier oportunidad de encontrar la luz.

Dentro de la comunidad, los medios serán más a menudo indirectos. Lo más fácil es hacer considerar como una falta cualquier intercambio crítico, todo lo que pueda surgir del pensamiento del superior o fundador, en nombre de un principio o voto de unidad.

Se podrá apelar también a un principio espiritual. Si uno se atreve a criticar, la respuesta será: *usted habla de acuerdo con la carne, aún no se ha convertido*. El proceso es bastante perverso. La crítica formulada se juzga incluso antes de ser escuchada y se vuelve contra la persona en juicio culpable. La trampa proviene del hecho de que no hay calificativo para especificar de qué conversión se trata. *Usted no está convertido, ¿a qué?* Al pensamiento único de la comunidad. Sutilmente el referencial ha penetrado. Ya no es más el Evangelio, ni la Palabra de Dios o la Iglesia. Pero puede suceder que sea precisamente en nombre de esta Palabra, que está por encima de la comunidad, que la crítica ha sido formulada.

Dentro de ese marco de pensamiento, si la persona se queda sola sin ayuda interna o externa, se hace casi imposible salir de la

trampa haciendo la distinción que acabamos de hacer. La conversión sin otro calificativo no es conversión a la comunidad. Hay, por supuesto, una especie de conversión a la vida de la comunidad, y es precisamente aquí donde se puede discernir la diferencia entre una vocación benedictina, jesuita o de cualquier otro tipo. Pero LA conversión, a la que simplemente se hace referencia con esta palabra sin agregarle nada, no puede ser sino sólo la conversión a Cristo y su Evangelio. Y cuando en una comunidad llegamos a confundir estas dos conversiones, corremos un gran peligro: el evangelio de la comunidad ¿no habrá pasado por encima del evangelio de Cristo?

Los métodos pueden ser diferentes, el propósito es el mismo: aislar a las personas para que no puedan tener acceso a otra luz distinta a la que proviene de los/as superiores/as¹⁰.

3. Aislamiento

Del aislamiento de las personas se sigue naturalmente el aislamiento de la comunidad. Si las únicas relaciones significantes permitidas son las relaciones con el superior, no hay ningún medio para los sujetos de salir del mundo de su comunidad. La cuestión no es tanto material, sino más bien la ausencia de libertad para pensar de otra manera que el pensamiento único de la comunidad.

Esta atmósfera conduce naturalmente a un sentimiento de superioridad. El principio mismo del pensamiento único es que cualquier otro pensamiento es desviado o decadente. En el campo de la

¹⁰ Fuera del caso particular del noviciado, la prohibición del acceso a la biblioteca entra en la misma lógica.

vida religiosa, cada comunidad / congregación / orden tiene su propia fisonomía y su peculiaridad, y está bien así. Pero si comenzamos a pensar y a decir: *somos los únicos monjes verdaderos y los demás son decadentes*, la comunidad se encierra sobre sí misma. Si se involucra la locura de la grandeza, entonces vendrá el sentimiento de ser los salvadores de la vida religiosa o incluso de la Iglesia. No estamos bromeando, ha sucedido.

Y cuando la Iglesia querrá remarcarle un disfuncionamiento, la comunidad ya no estará en grado de escucharla y podrá rechazar la obediencia a la Iglesia en nombre de la obediencia al fundador y al "carisma" del que ella se cree depositaria.

El error proviene del hecho de que se ha olvidado que el carisma debe ser discernido, en su objeto y en la manera en la cual se persigue y que este discernimiento pertenece a la Iglesia. Si la comunidad se niega, se cerrará sobre sí misma y sobre su propia visión de la Iglesia y el mundo. Entonces es probable que se corte progresivamente del Cuerpo de la Iglesia, hemos visto ejemplos dolorosos. La visión del fundador puede ser hermosa y profética, pero sólo puede fructificar dentro del cuerpo de la Iglesia.

Agreguemos una precisión necesaria. Dondequiera, en los párrafos anteriores, hemos escrito: "la comunidad", será necesario tener en el espíritu dos situaciones diferentes. A veces, sí, es casi toda la comunidad o congregación la que hacen bloque. Pero a menudo sólo la cabeza es responsable, el resto sigue porque recibe solo la información (y la formación) que se le quiere transmitir. Y para

aquellos que serán lúcidos, habrá un largo tiempo que se los pondrá fuera de estado de manifestarse.

4. Una estructura de control

Ya sea deliberada o no, la estructura de la pirámide es esencialmente una estructura de control. El superior controla todo, ya que todo le está sometido. Los miembros, no teniendo otra referencia que él, no tienen ningún medio de aplicar a la situación un juicio que no sea el suyo, al menos si siempre han vivido dentro de esa estructura.

Esta estructura tiene por característica de auto-sustentarse porque es por naturaleza resistente al cambio y a todo cuestionamiento. Por el lado de los miembros, mantiene indefinidamente una dependencia total entre el superior y los súbditos. Por lo tanto, no es posible para los miembros adquirir una sana autonomía porque significaría perder la única relación significativa existente en su vida, en ausencia de una verdadera relación con otros miembros de la comunidad. Por el lado del superior, dado que no puede recibir ninguna voz disidente, ¿por qué cambiaría?

Tocamos aquí lo que le dio el título a esta obra. El gran valor que la vida religiosa da a la obediencia, ya que hizo un voto, las expresiones casi demasiado fuerte, que se emplea a su propósito cuando decimos, por ejemplo, en un documento tan oficial como el Código de Derecho Canónico de que los superiores *tienen el lugar de Dios* todo esto pone en manos del superior un gran poder sobre las personas. Si usan mal de él, los riesgos son considerables. Veremos en el siguiente capítulo lo que puede suceder, por desgracia, cuando el

interés propio se apodera de este poder para controlar a las personas y a la comunidad.

Capítulo 3: La cultura de la mentira

Este capítulo fue escrito por una abadesa y un abad, ambos víctimas o muy cercanos a una deriva sectaria.

Este es probablemente un elemento omnipresente en las "comunidades de desviación sectaria." No es cierto que se predique oficialmente el arte de la mentira... lejos de eso, porque cada uno, por el contrario, se siente perfectamente amoldado al Señor, pero en los hechos, es lo que sucede, precisamente por este llamado "ajuste perfecto" al Señor que no será entendido desde afuera. Y venimos a protegernos de miradas externas, y nos encerramos en una burbuja de auto justificación, y comenzamos a filtrar los eventos externos, a interpretarlos, a juzgarlos con el prisma de nuestra luz, que a menudo no se corresponde del todo con la realidad. En cuanto a lo que se dirá afuera, de la vida de la comunidad, aquí también, especialmente aquí, se hará una clasificación de lo que queremos mostrar, una forma de presentar las cosas que se distancian de la realidad, de la verdad... de ahí lo que se puede llamar una cultura del mentir.

Notemos que esta cultura del mentir encuentra elementos en la vida religiosa que favorecerán enormemente su expresión. La virtud de la obediencia alienta a confiar en el superior, a no argumentar constantemente pidiendo explicaciones sobre todo. De la misma manera la discreción es una cualidad religiosa que enseña a no repetir a todo el mundo aquello que sucede entre nosotros. Aquí tenemos los ingredientes cuya fuerza una persona manipuladora sabrá utilizar su provecho personal.

Añadimos a esto el arte de la disimulación y la seducción, desplegado de frente a aquellos que tienen autoridad (Obispo o Superior General) para que no se den cuenta en absoluto de la realidad que se está viviendo. La autoridad quedará subyugada por lo que ella ve, y por lo tanto será incapaz de aceptar las críticas hechas contra esta comunidad: por ejemplo, las visitas frecuentes de la superiora local a su obispo, dan la impresión de que ella sea obediente, pero su forma de presentar las cosas, para que aquel que tiene autoridad le dé la razón, revela un arte consumado de simulación, dejando en claro que, desde el exterior, tal vez sea muy difícil identificar estos abusos de autoridad.

Tratemos de ver esto más de cerca.

1. El pivote

En dicha comunidad, una persona funcionará como el centro de todo. Para simplificar la explicación, vamos a llamarlo el "pivote." Frecuentemente será el superior, pero no siempre, puede ser también un hermano o una hermana, o incluso una persona externa acogida en comunidad, que *hará la lluvia y el buen tiempo* (controlar todo), sin advertir forzosamente las autoridades externas esta presencia y ciertamente tampoco su impacto en la comunidad. Poco a poco se impondrá su control sobre todos, y todo funcionará de acuerdo a la apreciación de "señor" o "señora.".. Ejemplo: Una comunidad había recibido a una persona laica en su seno, para trabajar, que había tomado tal autoridad que el superior ya no podía decir nada que vaya en contra del "pivote": había comenzado con el horario de trabajo, pero se había extendido a la elección de sesiones de formación, y finalmente a todo el clima de la comunidad, etc. En otro lugar, en otra comunidad,

intervenía en la elección de las lecturas en el refectorio, en la invitación de oradores externos, incluso hasta en la enseñanza en el Capítulo. Si el pivote no estaba de acuerdo, una buena parte de la comunidad se lo hacía saber a la cabeza... ¡que debía inclinarse!

Esta persona se convierte en LA referencia de la comunidad, por lo que no buscamos corresponder a un bien común, sino a las emociones del pivote: ¡especialmente que no lo contraríen! Poco importa si la decisión es correcta o no, lo que cuenta es que el pivote la aprueba. Pero a partir de ahí, ya no se reflexiona objetivamente, se calca sobre las reacciones del pivote, lo bueno ya no es el objetivo a alcanzar, es la aprobación del pivote. Lo que se promueve como verdadero ya no es lo real, sino lo que decide el pivote. La forma de presentar o comprender los eventos ya no es objetiva, sino totalmente dependiente de la subjetividad del pivote.

Entendemos que lo verdadero y lo bueno ya no son la referencia... es el yo del pivote el que tomó este lugar. Y cuando se vive esto día tras día, sin tener otro punto de referencia que el que dicta el pivote protegido por la clausura, las mentalidades se deforman, las personas ya no sabe quiénes son, no existen más de una manera identificable, se convierten en emanaciones del pivote, sin consistencia personal. Para San Benito venimos al monasterio para buscar a Dios, siguiendo una regla y un abad (RB 1,2), pero en estos casos de deriva, sólo vivimos bajo la mirada del pivote, ¡es él quien tomó el lugar de Dios, y esto es una catástrofe!

Ponemos otros ejemplos:

Cuando el pivote acusa a una persona, si esa persona es inocente, su primer reflejo será defenderse para restablecer la verdad. Pero si el pivote mantiene su acusación y su menosprecio, puede suceder que el clima comunitario se haya convertido en tal ante el emprendimiento del pivote que la persona llega a caer de rodillas delante de él y a acusarse ella misma de aquello de lo que se le reprochaba injustamente. Con el tiempo, la persona misma ya no sabe quién es ella y se convence de ser mayor que nada, incapaz de todo, aceptando todo lo que la destruye porque, de todos modos -se dice a sí misma- ella tiene al menos la oportunidad de ser aceptada por la comunidad.

Por otra parte, se le ha suficientemente martillado: "es ella la que se tiene que convertir.".. Y si esa persona no entra en la flexibilidad necesaria para que corresponda con el pivote, a menudo será "rechazada" a una situación donde tendrá la menor influencia en la comunidad.

Si el pivote es el superior, entonces los más mínimos acontecimientos que afecten a su persona serán vividos con una importancia desmesurada: sus salidas o retornos en la comunidad tendrán un lugar colosal, sus estados de salud serán el barómetro de la comunidad, sus humores indicarán lo que se debe hacer ahora. A menudo, del lado del superior es la seducción la que domina, la apariencia lo que lleva por encima de la realidad, la verdad no tiene derecho si no valora la grandeza del superior, si no garantiza su autoridad y su poder en la comunidad. Para ello se está preparado a todas las justificaciones, en especial los argumentos emocionales: "Con

lo que yo he hecho por ti, puede ser que también...". "Usted es el más cercano a mí, el que mejor me entiende", pero después de dicha introducción puede ser extremadamente difícil mantener una posición divergente de la de su superior, porque se arriesgaría demasiado perder esta preferencia.

Estamos tocando aquí un elemento muy importante: estas comunidades han perdido contacto con lo real, lo verdadero, y por lo tanto, experimentan una enorme **necesidad de justificarse**, en todas circunstancias y con argumentos que no lo son, para asegurar a los demás y tal vez primero para asegurarse a sí mismos. La verdad, por sí, no prueba una tal necesidad. Ella es autosuficiente. ¡Lo que es, es, y no es necesario respaldarlo con un montón de argumentos más o menos plausibles! Quizás tenemos aquí, en esta necesidad de justificación, un elemento localizable que podría alertar a un observador externo (en una visita canónica, por ejemplo): si una buena parte de la comunidad está animada de este reflejo, ¿no es esta la señal de que algo no está funcionando bien?... ¿La verdad siempre es lo primero en una comunidad así? Tenemos derecho a preguntar.

2. La relación con la información

Comprensiblemente, la comunidad está construida en un sistema extremadamente fuerte, a veces en oposición a lo que se está viviendo en otros lugares, y a menudo parece dar sus frutos al atraer a los jóvenes. Por lo tanto, es necesario mantener este funcionamiento a toda costa. El acceso a la información jugará un papel clave en este "equilibrio", no tanto por las noticias del mundo, -aunque...- , sino especialmente por las intracomunitarias.

Como ya dijimos al comienzo de este texto, en la mayoría de los casos sectarios, las comunicaciones horizontales entre hermanos o hermanas están prohibidas. De esta manera, es la autoridad la que filtra los eventos que se transmitirán y la manera de presentarlos. Es obvio que cuando un hermano o hermana sale de la comunidad o es expulsado, los otros miembros no conocerán las razones profundas que están detrás de ello. No se dirá sino solamente aquello que sigue el sentido de la subjetividad del pivote, se ocultará a dónde partió la persona, por cuánto tiempo, y especialmente en qué estado físico o psicológico. En cualquier caso, "fue su culpa."..

De una manera general, se retiene la información, no se dice todo, pero solo lo que impulsará a los otros a juzgar como el pivote. Así se oculta una parte de la verdad, y se termina por creer en la mentira propuesta. Cuanto más uno miente, más se vuelve prisionero del sistema construido, para tratar de mantenerlo en un mínimo de coherencia... y el todo se convierte en una prisión de la que ya no se puede salir.

Ejemplo: un hermano debe recoger a otro en la estación y él acuerda con el supervisor que ellos aprovecharán a hablar en el viaje. Este intercambio debe permanecer discreto frente a otros hermanos. Entonces, en lugar de no decir nada sobre los detalles de horarios, el superior le explica a la comunidad que los viajeros sin duda llegarán tarde a la cena porque, con seguridad, el tren llegará tarde. Dicen que es un ejemplo mínimo, pero los hermanos aprenden de esto que nunca pueden confiar en las explicaciones que se les dan. Todo está

distorsionado dependiendo de lo que se quiera mostrar u ocultar. Perdemos contacto con lo verdadero, con lo real.

Remarquemos hasta qué punto **los ejemplos aportados parecen inofensivos**. Si por excepción el hermano o la hermana los narrase afuera, ¡cualquier persona madura ayudará a su interlocutor a relativizar la ofensa! Nadie verá allí un escándalo, ¡menos aún una deriva sectaria! Por supuesto, podríamos dar ejemplos graves por sí mismos, pero no son moneda corriente. El arte del manipulador no es el de establecer actos peligrosos para sí mismo, sino crear un clima en el que pueda reinar. La multiplicación al infinito de estas pequeñas torsiones de la verdad terminará por podar las consciencias de los miembros del grupo, que se acostumbrarán a este clima de falsedad y terminarán por entrar en el sistema. Pero desde el exterior no se encuentra nada gravísimo, nada concreto que denunciar... y aunque durante una visita canónica los visitantes vivan dentro de la comunidad, en unos días no podrán medir la toxicidad del veneno de mentira que reina en estos lugares. Habrá que vivir allí más tiempo.

Aún más, cuando bajo pretexto de una **mirada sobrenatural**, se pone uno a interpretar todo acontecimiento, sin ninguna base racional, para defender aquello que nos toca más el corazón. Si el acontecimiento parece favorable, se lee la bendición de Dios. Si expresa más la dificultad, uno reconoce allí el desencadenamiento del diablo y que el Señor prueba a sus amigos. Este es particularmente el caso cuando la autoridad externa comienza a emitir dudas e intervenir más de cerca, se explicará esto como una prueba permitida por Dios para estimular nuestra generosidad a continuar más bella, mostrando así al

Señor que se lo ama... Por supuesto, una lectura espiritual de los acontecimientos tiene su lugar en nuestras vidas, pero con tal de saber cuestionarse cuándo no todo corresponda a las expectativas. La fe en lo sobrenatural no debe entrar en cortocircuito con el contacto con la realidad. A través de estas interpretaciones espirituales, se corre el riesgo de dar valor a los acontecimientos que no lo tienen, y, a la inversa podemos legitimar hechos, con el riesgo de blanquear errores graves cometidos, de tal modo que resulta imposible identificar dónde está el bien y el mal. Reina una confusión total de valores.

En semejante contexto, se entiende, **la palabra enunciada ya no tiene ningún valor** o relevancia. La base de todo son las emociones del pivote. Por su estado de ánimo, desestabiliza por completo a las personalidades que lo rodean, que se vuelven incapaces de juzgar nada. Los sobrenombres dados a los hermanos o hermanas pueden ser formidables para romper las personalidades: escuchándose llamar "ven aquí idiota" (en el contexto femenino: "ven aquí preciosa" o peor "ven aquí preciosa fatal"), es necesario ser fuerte internamente para no buscar a toda costa corresponder a quien nos trata de esta manera. En general, la información intracomunitaria nunca es objetiva, será desproporcionada en algunas insignificancias y pasará bajo silencio hechos importantes, se dejará creer esto o aquello, sugiriendo recompensas o una protección. Las palabras serán a menudo tomadas en doble sentido, para manchar los asuntos, se mostrará evasivo, se comienza una frase sin terminarla. Por ejemplo, tal superior que se queja de ser acosado sin cesar, sin que sus cercanos puedan tener una idea de lo que podría ser tan difícil de soportar. Parece ciertamente que

es más una táctica para llamar a su solicitud y permitirle muchas "infracciones" a la regla común.

Los **mismos lugares de la comunicación** no serán apropiados: el superior, cruzándose con un hermano o hermana en el pasillo, le dará una nueva obediencia, mientras que la reunión del capítulo se usará como un momento de distensión. No se vacilará en reprender a alguien en pleno Oficio, durante la oración, etc. Está claro que todo esto puede suceder de vez en cuando, por supuesto, pero cuando se trata de un funcionamiento constante, las personas no tienen más parámetros, sienten el riesgo de ser atacados en cualquier momento por la autoridad. Ya no pueden pensar por sí mismos. Y si se aventuran a emitir una opinión que no se ajusta a la palabra oficial, pronto serán descalificados y puestos duramente en su lugar.

3. Consecuencias de tal clima

Uno se vuelve incapaz de expresar un pensamiento personal, ya no encontrará más las palabras. El cuerpo eventualmente obtendrá venganza por insomnio, dolor de espalda u otras enfermedades somáticas. A un nivel más profundo, existe un riesgo de maltratarse a sí mismo (violencia sobre sí mismo, lesión voluntaria), falta de respeto a la higiene personal o huida en un trabajo pesado, a menos que se regrese a las actitudes de chantaje o de malhumorado, percibido como la única manera de existir un poco.

Repitémoslo: no todos los miembros de la comunidad experimentarán tal deterioro. Esto comenzará con uno, que será expulsado, luego otro, otro todavía... al principio, desde el exterior se explicará eso por una deficiencia personal, una no-vocación para esta

comunidad. Hará falta esperar que rápidamente la autoridad superior (obispo o superior de la congregación) tome conciencia de estas fuertes reacciones y comience a cuestionarse las cosas.

No construimos un sistema humano sobre la mentira, el desapego con relación a la realidad, a la verdad. Tarde o temprano aparecerán grietas, que le corresponde a la autoridad detectar y tomar en serio. El daño humano es pesado, son personas, son almas, que se confían a los Pastores, ¡tendrán que rendir cuenta !

Capítulo 4: Pequeña radiografía de la mentira

1. Una mentira puede ocultar otra mentira

Muchos niveles de mentiras pueden ir anidándose y las más visibles no son las más serias.

Una joven monja deja la comunidad. La priora anuncia: *La hermana N. ha sido enviada a otra casa*. A las pocas hermanas que saben la verdad les explica: *Digo esto para no perturbar a la comunidad*.

La primera afirmación, explícitamente contraria a la verdad, cumple perfectamente la definición de mentira: decir algo falso sabiendo que es falso. Tenemos una mentira en palabras, fácil de identificar. Este tipo de mentira nos puede escapar: de cara a una nueva situación en la que uno está involucrado en el hecho, ¿quién no ha conocido nunca la reacción de defenderse a riesgo de enmascarar la verdad? Una vez que uno ha recuperado su sano juicio, un poco de coraje es suficiente para restablecer la verdad. Mientras uno permanece consciente de que es una mentira y por lo tanto que no debería haber dicho aquello, el mal no es irreparable, un día u otro se puede corregir. Si el mal es llamado mal, es posible una conversión.

La segunda afirmación: *Digo esto para no perturbar a la comunidad*, nos lleva a una gravedad muy superior porque esta vez se justifica la mentira. Una mentira que nos escapa, no tiene consecuencias muy graves si al menos tomamos consciencia que es una mentira. Incluso si no tenemos el coraje de desmentirla, al menos nuestra conciencia permanece intacta. Desde el momento en que uno trata de justificar la mentira, uno comienza a oscurecer la conciencia,

el sentido de la verdad es atacado. ¿O quizás ya se ha perdido la conciencia de que se trata de una mentira?

Tanto más que esta afirmación tiene grandes chances también de ser una mentira, pero más oculta porque está camuflada por una verdad a medias: no es inexacto que queremos evitar perturbar a la comunidad, pero ¿es esto todo? En realidad el propósito de la mentira ¿no es ocultar a la comunidad un evento vergonzoso porque empaña la imagen idílica, la fachada impecable que a uno le gustaría mantener? En resumen, ¿no será que sobretodo se tiene miedo de que la comunidad se ponga interrogantes?

Si eso fuera cierto, entonces tendríamos un tercer nivel de mentira: la intención de mantener a la comunidad en la ignorancia de aquello que es negativo. Mientras solo sea un error por sorpresa y más tarde reconozcamos abiertamente la realidad, no hay consecuencias. La admisión de la mentira es, a su manera, un testimonio de la verdad. Por el contrario, si el proceso se vuelve habitual, se entra en el fraude serio y probablemente en la manipulación. Cultivamos una fachada para atraer o retener a las personas, para valorizar la comunidad al precio de un camuflaje de la realidad.

2. La más perniciosa es la más oculta

Remarcaremos la graduación:

1. *La hermana N. fue enviada a otra casa.* Mentira en palabras, muy visible, pero la menos seria. Se la puede corregir fácilmente, solamente requiere un poco de coraje y sobretodo el sentido de la verdad.

2. *Digo esto para no perturbar a la comunidad.* En palabras, es solo una media mentira, pero esta vez es el verdadero sentido de la verdad el que es atacado.

3. El tercer grado es el más oculto porque no se expresa en palabras sino en una forma de ser, o más bien de aparecer. Y cuando nos acostumbramos a aparecer lo que no somos, ya sea personalmente o a nivel de una comunidad, o de un instituto, ya no se anda más en la verdad, se ha tomado el hábito de vivir en la mentira.

El contra-testimonio es impresionante cuando se pretende ser discípulos de Aquél que murió por decir la verdad. Los jóvenes no se equivocan: muchos de los que salieron de los institutos marcados por este defecto, salieron "por mentiras." Cuando vieron que estaban siendo engañados, se sintieron traicionados.

3. Cómo se pierde el sentido de la verdad

No lo idealicemos: ¿quién de nosotros puede jactarse de vivir enteramente en la verdad? Sin embargo, hay un criterio simple para ver dónde uno comienza a cruzar los límites de lo que se vuelve grave: que las mentiras se nos escapan, que no tenemos el coraje de decir siempre la verdad, es humano. Pero mientras lo sepamos, siempre que lo percibamos como un camino de conversión, el progreso es posible y, sobre todo el sentido de la verdad no ha sido alcanzado o sólo superficialmente. A partir del momento en que se comienza a justificar la mentira se entra en un espiral que puede llegar hasta profundas perversidades.

También debemos recordar que el *Príncipe de la mentira* conoce su negocio y que sabe perfectamente que una pequeña mentira que se la justifica es para él una primera victoria. Se ha realizado una brecha, bastará con ampliarla gradualmente, como lo enseña la experiencia de la rana.

Un equipo de investigación hizo un experimento con una rana. La tomaron y lo arrojaron a una olla de agua hirviendo. La rana naturalmente tuvo un reflejo salvavidas y saltó instantáneamente de la olla. Salió un poco mareada, tal vez un poco chamuscada, pero viva. Luego tomaron la misma rana y la pusieron en una cacerola de agua fría. Comenzaron a calentar el agua lentamente. ¡Y la rana terminó cocida! Porque en ningún momento un indicio brutal la hizo reaccionar. Ella se fue aturdiendo poco a poco hasta que perdió la conciencia del peligro.

Así se van formando las mentiras. Comenzamos con una pequeña mentira, justificándola. Si ésta fue justificada, ¿por qué no lo será la que es un poco más grande? Sabemos que una mentira entraña otra. Finalmente venimos a justificar cualquier cosa.

Nemo fit repente pessimus. Nadie se pone muy malvado de repente. Más prosaicamente, un conocido proverbio dice: "*Quien roba un huevo roba un buey.*"

En cuanto a la justificación de la mentira, otro proverbio dice: *A fuerza de no vivir como se piensa, se termina pensando como se vive.* Y al acostumbrarse a justificar pequeñas mentiras, se termina perdiendo el sentido de la verdad.

Tenemos ante nosotros un terrible ejemplo de este fenómeno de progresión. En el momento de debates sobre el aborto, hace cuarenta años, se presentaron situaciones de angustia. Algunas voces habían anunciado que el aborto se consideraría normal, y que seguirían la eutanasia y la eugenesia¹¹. Habían sido tachados de manifiesta exageración, incluso de fanatismo. Hoy vemos que fueron proféticos.

4. Nada puede justificar la mentira

A algunos la afirmación parecerá excesiva y, sin embargo, merece ser defendida: en la vida ordinaria, nada puede justificar la mentira. La objeción que inmediatamente se le ocurrirá a muchos lectores es clásica: si los nazis vienen a preguntarle a alguien si oculta judíos en su casa, y eso es cierto, tiene derecho a decirles que no. Es correcto. Este es un derecho de autodefensa que puede permitir matar cuando se es atacado, y le permite a uno mentir frente a una amenaza seria. Si un terrorista viene a prender fuego a una iglesia y le pregunta al sacerdote si sabe dónde están los fósforos porque ha olvidado su encendedor, no tiene que decirle la verdad. Pero uno no puede transponer a la vida ordinaria lo que vale para situaciones excepcionales. Por lo tanto, podríamos aclarar la declaración diciendo: aparte del caso de legítima defensa, nada puede justificar la mentira. ¿Por qué?

Una investigación rápida muestra que pocas personas han reflexionado sobre esta pregunta: ¿por qué está mal mentir? La respuesta se encuentra en dos ejes principales:

¹¹ Ver el libro de Georges Naughton, *Le choc du passé. Avortement, neo nazisme, nouvelle morale*, Broché 1974.

- La mentira destruye la relación porque destruye la confianza.
- La mentira no respeta a la persona a la cual se dirige

Como vemos, esta respuesta se sitúa a un nivel puramente humano y natural y puede ser comprendido por cualquiera. En el nivel sobrenatural, deberíamos agregar que Dios es Verdad, que cada palabra que él nos dice es verdadera, y que Jesús vino y murió para dar testimonio de la verdad. Una pregunta simple: supongamos que sabemos que en Revelación hay ciertas mentiras (incluso *para evitar el dolor*), ¿cuál sería la consecuencia? El colapso total de nuestra fe, porque no tendríamos forma de saber qué es verdadero y qué es falso, y si las promesas de Dios no son un señuelo.

Debemos mencionar aquí una realidad dolorosa. Las personas que han vivido en comunidades donde se practicaba la cultura de la mentira y que han salido de ella a menudo también han perdido su confianza en Dios: *ya no puedo orar más. Ya no sé si creo en Dios*. Estas palabras, el autor de estas líneas las ha escuchado y son muy tristes. Hombres, mujeres que querían entregar sus vidas a Dios con todo el impulso de amor de una vocación, y este impulso de amor se rompió a causa del contra testimonio en el cual la mentira a menudo es la piedra angular. *Si estas personas que se dicen representantes de Dios mienten así, ¿qué crédito se le debe dar al Dios al que sirven?* La pregunta es correcta y la respuesta es terrible. Se encuentra en San Juan¹²: Jesús habla del diablo y dice: *Cuando él dice la mentira, la saca de sí mismo, porque es un mentiroso y padre de mentiras*. Si queremos tomar este

¹² Jn 8,44.

texto en serio, la mentira, cuando se ha convertido en una cultura nos hace hijos del diablo.

Lo que Cristo nos pide y nos muestra es claro: *Que vuestra palabra sea sí, sí y no, no. Lo que está demás proviene del Maligno. A fortiori*, si nuestra palabra es "sí" cuando es "no", proviene del Maligno.

5. La mentira destruye la relación

Supongamos una sociedad en la que todos mienten. ¿Es posible aun la vida? No se puede confiar en nadie, saber a qué hora partirá un tren, saber si el contenido de una caja de frijoles no contiene patatas, enviar una carta (¿quién dice que llegará?). El empleado les dice que ha registrado su boleto de avión, ¿cómo saben si es cierto? La sociedad se convertiría en un caos total, incluso en las pequeñas cosas.

Más cerca de nuestra realidad cotidiana: si algún día descubrimos que una persona nos ha mentido, podemos perdonarlo, pero algo está roto en la confianza porque ahora ¿qué certeza puedo tener de que ella no va a mentirme de nuevo?

La mentira frecuentemente es justificada por la caridad. Para no lastimar, diré una pequeña mentira. La intención es quizás caritativa, el riesgo, es formidable. Supongamos que un amigo te dio un libro y después de leer tres páginas, este libro te aburrió y lo cerraste. Un poco más tarde, te vuelves a encontrar con este amigo que te pregunta si te gustó su libro. La tentación es explicar que lo encontraste muy interesante *para no causarle dolor*. Pero si más adelante este amigo descubre que no has leído realmente su libro, experimentará un dolor mucho más profundo. ¿Por qué careces de confianza en él hasta el

punto de engañarlo? Dices que es tu amigo, pero al final ¿es cierto? Él ahora puede tener dudas.

Sin duda es más exigente, pero talmente mucho más fructífero ser simplemente verdadero: *Gracias, realmente me conmovió este regalo y la atención que me mostraste. Lo miré y, perdóname, no quiero hacerte daño, pero es un tema que no me interesa y no he estado muy interesado.* Y podemos agregar que no importa, ya que, como decimos, es el gesto lo que cuenta. Por supuesto que será un poco desagradable para el amigo, pero se irá con la satisfacción mucho más profunda de una verdadera relación, y una confianza acrecentada en que puede contar con lo que le dices porque es sólido. Y créeme, vale oro.

6. La mentira no respeta a la persona a la que se dirige

Cuando la mentira ya no es "justificada" por una intención altruista, la caridad, sino por un interés personal, se comienza a ingresar en un proceso que se llama la manipulación. En *Manipuladores, personalidades narcisistas*, Pascal Ide la define así: *Manipular, es usar a otros para sus propios fines*¹³. Los ejemplos del capítulo anterior lo muestran en abundancia: por la mentira se busca usar (y manipular) el pensamiento del otro para un fin personal, ya sea para defender el poder, la estima, la autoimagen o cualquier otra cosa. Ahora bien, usar a una persona para un propósito personal es comenzar a negarle el carácter de persona. Este proceso ha conducido en otra ocasión a la esclavitud que trata a una persona como un animal doméstico. Ahora bien, la manipulación, en la cual la mentira está más

¹³ Ide Pascal, *Manipulateurs, les personnalités narcissiques*, op. cit., Ch.1, n°1.

o menos omnipresente, puede conducir a una forma de esclavitud, porque la persona no tiene más el sentimiento de existir¹⁴.

No siempre se llega a ese grado de gravedad, pero como vimos en el capítulo anterior, la cultura de la mentira a menudo se compone de muchas pequeñas mentiras, ninguna de las cuales tomada en sí misma parecería grave. Acordémonos de la rana.

7. San Doroteo

S. Doroteo de Gaza¹⁵, que nos transmite la sabiduría de los primeros monjes bajo una forma que no envejece, tiene un hermoso capítulo sobre la mentira¹⁶. Después de haber citado Jn 8,44, distingue: *Hay tres formas diferentes de mentir: por el pensamiento, por el habla o por la vida misma. Miente por el pensamiento, quien recibe las sospechas.*

Esta idea de mentira en pensamiento es muy original y relevante. No nos es tan desconocida porque hay otra forma de mentir en el pensamiento que se llama: mentirse a uno mismo. Ahora, después de un desarrollo bastante largo sobre la sospecha, Doroteo concluye: *Nada es más grave que la sospecha. Son tan perjudiciales que a la larga consiguen persuadirnos y hacernos creer con evidencia que estamos*

¹⁴ Ver el capítulo precedente: 3) Consecuencias de un clima tal.

¹⁵ Doroteo de Gaza o Doroteo el Archimandrita, monje en Palestina cerca del año 560, es un santo de los primeros tiempos de la Iglesia. Es festejado el 13 de Agosto para la Iglesia de Jerusalén y la Iglesia de Grecia y también en Occidente el 5 de Junio para la Iglesia ortodoxa rusa.

¹⁶ Instruction IX.

viendo cosas que no son y que nunca han sido. ¿No es esto exactamente el mentirse a uno mismo?

Acerca de la mentira en palabras, él hace esta observación: *Todo pecado proviene del amor al placer, del amor al dinero o de la vanagloria. La mentira también proviene de estas tres pasiones. Se miente para evitar que seamos reprendidos y humillados, o para satisfacer un deseo, o para obtener algún beneficio.*

Finalmente, vale la pena mencionar ampliamente lo que dice acerca de la mentira por la vida.

El que miente por su vida es el libertino que se enorgullece de la castidad, el avaro que habla de limosnas y alaba la caridad, o el orgulloso que admira la humildad. No es con la intención de alabar la virtud que admire; de lo contrario, comenzaría confesando humildemente su propia debilidad diciendo: "¡Ay, ay de mí! ¡Estoy vacío de todo bien! Después de haber confesado así su miseria, podría admirar y alabar la virtud. (...). Pero el mentiroso no admira la virtud con tales sentimientos. Es para cubrir su propia vergüenza, que pone por delante el nombre de la virtud y habla de ella como si fuera virtuoso; y es también para lastimar y seducir a alguien. De hecho, ninguna malicia, ninguna herejía, ni el mismo diablo puede engañar excepto simulando la virtud, de acuerdo con las palabras del Apóstol: El mismo diablo "se transforma en un ángel de luz"¹⁷. Por lo tanto, no es sorprendente que sus sirvientes también se disfracen como servidores de la justicia. Por lo tanto, ya sea que quiere evitar la humillación, cuya vergüenza odia, o que tenga el designio de seducir y engañar a alguien, el mentiroso habla de las

¹⁷ 2 Cor 11,14.

virtudes, las alaba y las admira, como si la hubiese hecho propia por la práctica. Tal es aquel que miente por su propia vida. No es simple, sino doble: uno por dentro, otro por fuera. Toda su vida es sólo doblez y comedia.

Aun esta vez, el capítulo anterior ilustró esta idea de antemano. El próximo mostrará cómo la unidad deseada por Cristo entre sus discípulos puede distorsionarse y convertirse en una mentira y un medio de control.

Antes de cerrar este capítulo, vamos a hacer nuestra la conclusión de S. Doroteo:

Hemos dicho lo que es la mentira, que proviene del Maligno. De la verdad dijimos: La Verdad es Dios. Huyamos por tanto de la mentira, hermanos, para escapar en parte del Maligno y esforcémonos por poseer la verdad para estar unidos a Aquel que dijo: "Yo soy la Verdad"¹⁸. ¡Que Dios nos haga dignos de su verdad!

¹⁸ Jn 14,16.

Capítulo 5: El culto de la unidad

1. Unidad: ¿Apariencia o realidad?

Los religiosos siempre han buscado realizar un modelo terrestre de la unidad deseada ardientemente por Cristo (Jn 17), sin esperar a que se cumpla la plena unidad del Cuerpo de Cristo en el Reino. *¡Cuán bueno y dulce para los hermanos vivir juntos y estar unidos!*¹⁹ Esta unidad pide a todos una parte de renuncia, pero trae alegría y plenitud.

La unidad, sin embargo, encuentra su justo equilibrio solo a condición de una integración sana de la diversidad; de lo contrario, se convierte en uniformidad, incluso mirando a un pensamiento único. ¿Qué significa esta última expresión? Que nadie tiene el derecho de pensar de manera diversa al pensamiento oficial de la comunidad, y en una estructura piramidal, significará: que nadie tiene el derecho de pensar de manera diversa al pensamiento del superior. Los grados pueden ser muy diversos. En su forma más marcada, se llega al enrollado de personalidades y a un cierto empobrecimiento de la comunidad.

Un ejemplo típico: en una comunidad marcada por este culto a la unidad, una hermana que no encaja en este marco termina por elegir guardar silencio en las reuniones comunitarias cuando piensa lo contrario. Ella escucha de su priora: *Se ve que no estás de acuerdo, debes manifestar que estás de acuerdo*. La intimación es clara pero enorme: **debes** estar de acuerdo, si no, rompes la unidad. Si estar de acuerdo es

¹⁹ Salmo 132, 1.

un deber, un pensamiento personal ya no está permitido disentir y queda prohibido pensar por sí mismo. En tal marco, tenemos derecho a hablar de molde, de formateo. Se *debe* encajar en el molde, cualquier cosa que no corresponda al pensamiento del grupo debe ser eliminada.

¿Será tal vez que se confunde una unidad de tipo matemático (un conjunto cuyos elementos son todos iguales) y una unidad de tipo humano como la que puede, por ejemplo, crearse en el matrimonio y que está hecha de ajustes indefinidos, de renunciaciones recíprocas, de descubrimiento del otro en su riqueza única por la cual enriquece mi pobreza?

¿No será más bien que la unidad se ha convertido subrepticamente en un medio de control, un medio para evitar que algo se escape? Para eso es suficiente impulsar la búsqueda de la unidad más allá de su límite normal que es el respeto e incluso la estima de la diferencia. La unidad solo encuentra su belleza en la diversidad, entonces hablamos de armonía. El Reino de Dios no es una cadena de montaje y al Espíritu Santo no le gusta repetirse.

Una unidad que no puede manejar la diferencia está profundamente enferma. ¿Qué contradicción! Violentaremos lo más íntimo de la persona para dar la impresión de que todos estamos de acuerdo. ¿Qué sentido tiene esto?

Una vez más perdimos el sentido del límite. Toda comunidad humana debe construirse alrededor de un núcleo que reúne. En una comunidad religiosa, es la forma propia de la comunidad. Cualquiera que no soporte la vida de comunidad no puede ser trapense y quien soporta la soledad no puede ser cartujo. En toda vocación hay algunos

elementos ineludibles sobre los cuales es indispensable que todos estén de acuerdo. El discernimiento de las vocaciones gira en torno a estos elementos. San Benito nos da un ejemplo: *Si revera Deum quærit*²⁰ (“si realmente busca a Dios”). Si este no es el caso, tal persona no tiene su lugar en la vida monástica y uno debe decírselo. No es un reproche ni una depreciación, simplemente se equivocó de puerta y si intenta a toda costa hacerse benedictino, uno se expone a graves fastidios.

El primer nivel, por lo tanto, es un núcleo de algunos elementos no negociables, los que definen la vocación y que, por lo tanto, se encontrarán en todas las casas del Instituto.

Alrededor de este núcleo, una corona de elementos que dan una cierta fisonomía a una comunidad y que harán que tal persona ingrese más bien en tal abadía y otra, en otra. Elementos menos importantes, más culturales, por así decirlo, pero que facilitarán la inserción.

Fuera de esto, reina la mayor libertad que hace que las almas no se parezcan más que en el semblante. Se puede vivir en la unidad y tener diversas preferencias en espiritualidad, liturgia, política o cocina, eso es parte de la vida.

Si no se hacen estas distinciones, ¿cómo se puede evitar confundir lo accidental y lo esencial y tomar como una amenaza de la unidad-uniformidad aquello que es simplemente una sana diversidad?

²⁰ Regla de San Benito, Cap. 58, Las reglas de la admisión de los hermanos. *Se observará cuidadosamente si el novicio busca verdaderamente a Dios, si es solícito por el oficio divino, por la obediencia y por las humillaciones.*

En el ejemplo anterior, la sana reacción sería: *sentimos que no estás de acuerdo, nos gustaría saber por qué*. Y esto con el verdadero deseo de conocer su pensamiento. En un grupo donde todos dicen que están de acuerdo porque esa es la regla, hay dos soluciones: o bien es una pantalla y en este caso no tenemos una unidad real, sino solamente una apariencia (y entonces, ¿qué interés?), o la regla ha sido tan bien inculcada que los miembros del grupo perdieron la capacidad de un pensamiento personal. ¿Es necesario decir que esto representa un disfuncionamiento grave, un comienzo de destrucción de la persona?

En el contexto cristiano, el camino que puede conducir a esto es la culpabilización. Si hemos afirmado lo suficientemente seguido a alguien: “*tú rompes nuestra hermosa unidad cuando no estás de acuerdo*”, la persona terminará sintiéndose culpable, especialmente si agregamos argumentos como: *es el príncipe de las mentiras quien te hace hablar, quien siembra la división en todas partes. Si fuera el Espíritu Santo, estarías unido a todos*. Ya se necesita un cierto nivel de madurez espiritual para desarmar el sofisma subyacente, pero un/a novicio/a puede no saber cómo sortear la trampa.

Dicho sea de paso: realmente hace reír la idea de que todo el mundo pueda estar de acuerdo en una comunidad. Cualquiera sea la pregunta que se haga a la comunidad, podemos apostar con seguridad que habrá algunos que no estarán de acuerdo. Y a menudo sabemos que tendremos derecho a la gama completa de posibles respuestas. Pero obviamente no es *tranquilizador* y, además, no hacemos lo que queremos. ¿No es exactamente aquí dónde aprieta el zapato?

Sí, la unidad es hermosa y no se trata de negarla. Pero también uno puede aprovechar, consciente o inconscientemente, a desarrollar un culto de la sumisión incondicional a la palabra que viene de arriba, porque *entonces se hace lo que se quiere*. Si sólo fueran cuestiones materiales, no sería dramático, pero cuando viene a suceder que lo que se quiere son personas, se entra en la manipulación.

Un amigo mío que estudiaba en una gran escuela de negocios me dio un ejemplo del proceso. Un profesor les había explicado que el arte de dirigir una reunión era hacer que las personas tomaran las decisiones que ellos querían que tomaran, dejándoles la impresión de que habían decidido por sí mismas.

Para sintetizar, he aquí, en partes, el mecanismo de esta pseudo unidad utilizada como medio de control:

Visto desde el lado de los miembros

- Soy responsable de la unidad.
- Si no estoy de acuerdo en todo con la dirección dada por la cabeza, introduzco una semilla de discordia.
- Hago, por tanto, el trabajo del divisor, Satanás.
- Mi pensamiento personal viene del Demonio.
- Tengo que pelear con mi pensamiento porque es una tentación.

Visto desde el lado del pivote

- Los miembros ya no tienen pensamientos personales.
- Todos piensan lo mismo.
- Sé lo que todos piensan.

- Me siento tranquilo y controlo.
- Hago lo que quiero: una palabra y todo el mundo la sigue.

Por este mecanismo, profundamente perverso, los propios miembros llegan a negar su derecho a un pensamiento personal. El prisionero se ha convertido en su propio carcelero porque se condena a sí mismo.

2. El vínculo exclusivo

En el mundo femenino, tal situación corre el riesgo de convertirse en un matriarcado, más difícil de discernir que los excesos de autoridad en los hombres porque pasará además por la dimensión emocional, utilizada para mantener un vínculo fuerte pero exclusivo. Pero es precisamente esta exclusividad, constitutiva de la estructura piramidal, la que impedirá que el sujeto crezca. Por lo tanto, existe el riesgo de infantilización, que confirma a la *madre* en su papel de madre. Círculo completo.

El sentido del detalle, particularmente desarrollado en las mujeres, puede hacerle pensar que ella no ha dicho todo, incluso que ella no ha dicho la verdad si ella no le dijo todos los detalles. De la misma manera, la superiora femenina podría exigir, en nombre de la verdad, el mismo sentido de confianza en el detalle. Cuanto más se abre en el detalle, más fuertes son los lazos, más se puede instalar la dependencia.

La mujer también tiene desarrollado un sentido de totalidad: cuando ella da, da todo. Si mantiene una cierta distancia (que es muy saludable), puede tener el sentimiento de que no es honesta en el don

de sí misma. Esto se puede manifestar también en su relación con la superiora. La superiora puede, por su parte, exigir exclusividad en nombre de la autenticidad, de la calidad de la relación.

Por otro lado, la mujer, hecha para ser madre, experimenta la necesidad de establecer relaciones de calidad con las personas de las cuales está cerca. En una comunidad monástica esto se expresa ciertamente de parte de la superiora hacia sus "hijas", pero también de parte de las hermanas que tendrán por mal vivir una relación mediocre con su superiora. Una hermana puede hacer cualquier cosa para que su superiora se ocupe de ella, lo que halaga la "maternidad" de la que está a cargo. Una superiora puede exigir mucho en la apertura de sus hermanas, lo que halaga la necesidad de una relación privilegiada por parte de estas.

Estas pocas reflexiones nos hacen comprender que el temperamento femenino, por sí mismo, puede abrir fácilmente el camino a los excesos del autoritarismo y de control sobre las personas. ¡La superiora debe ser consciente de ello y debe ser lo suficientemente equilibrada para evitar tal deriva! Si desafortunadamente, esto sucede, el resultado lo expresa de este modo alguien que lo vivió:

“Había venido para estar en la presencia de Dios. Terminé en presencia de la priora y definida por ella. Fue muy duro y totalmente absurdo.”

3. Unidad, una belleza frágil

*Que todos sean uno, como tú, Padre, estás en Mí y yo en Ti. Que ellos sean uno en Nosotros*²¹.

No vamos a renunciar, a causa de posibles desviaciones, a buscar la unidad. ¿Qué criterios pueden ayudarnos?

La unidad, en una comunidad real, demanda saber renunciar a muchas **preferencias** personales, no a un **pensamiento** personal.

La unidad a menudo demanda saber **hacerse a un lado**, no **dejar de existir**.

En una comunidad se recomienda no **singularizarse**, no **despersonalizarse**.

La unidad pide saber cómo alegrarse de nuestras diferencias, sabiendo que siempre nos hacen cierto mal en alguna parte, especialmente cuando somos superiores.

La verdadera unidad exige que seamos veraces en nuestras palabras y aceptemos una búsqueda difícil de una unidad más profunda, en lo esencial, que permite vivir sin división nuestras diferencias personales.

La unidad se forma alrededor de Cristo y su Iglesia, no alrededor de ningún "pivote" o alrededor del yo sobredimensionado de la comunidad.

²¹ Jn 17,21.

¿Por qué un muro de hormigón nunca logrará la belleza de un muro de piedra? Porque en este último cada piedra es diferente, por sus vetas, por su matiz, por las irregularidades de su forma. A nuestro sentido de la belleza no le gusta la uniformidad y en esto refleja algo del Espíritu Santo. En la casa de Dios, cuya comunidad busca ser una imagen, debemos ser una piedra bien identificable, no un guijarro incrustado en la masa del hormigón.

Capítulo 6: Configurando una deriva sectaria

Este capítulo fue escrito por el padre Abad, a quien ya hemos encontrado en el capítulo 3.

Frente a una comunidad que está encerrada en una situación y mentalidad de "deriva sectaria" uno no puede evitar hacerse la pregunta: "¿Cómo es posible? ¿Cómo podrían los hermanos (o hermanas) que parecían normales llegar a vivir en un clima así, o a mantenerlo? ¿Es necesariamente el Superior el perverso y quien se comporta como un verdadero gurú? ¿Pero cómo lo siguen los Hermanos? etc...". No intentaremos resolver todas estas preguntas aquí, soy incapaz de hacerlo, y además, no hay dos comunidades idénticas, solo me gustaría tratar de dar algunos puntos de referencia encontrados aquí o allá.

1. El fundador entrenado

Este no es siempre el caso, pero me parece que a menudo se ha usado un proceso muy plausible para explicar estos casos de abuso en las comunidades religiosas tradicionales. A raíz del Concilio y la crisis de mayo de 1968, los cristianos estaban fuertemente desorientados. Ya no se sabía más qué era verdadero o falso, qué era bueno o malo. Los Padres conciliares habían querido presentar la doctrina católica de una nueva manera, menos dogmática, más en diálogo con lo que había de bueno en la sociedad humana. Todo esto requirió mudanzas, cambios de perspectiva o de presentación. Lo que una vez se dijo que era la verdad, se cuestionó o mejor dicho se presentó de manera diferente, y no entendimos dónde estaba el límite de lo bueno y de lo malo, etc... En este clima la gente estaba desamparada, y ya no sabía en quién

apoyarse, sobre todo porque, al corregir el exceso de rigidez, por ejemplo, se cayó a menudo en el exceso inverso queriendo reinventar todo, cuestionar todo, etc. Así aparecieron muchos errores inversos de aquellos que se quería combatir. En resumen, toda la presentación de nuestra fe estaba en proceso de reconstrucción. Fue entonces cuando algunas personalidades fuertes se levantaron. Hombres y mujeres de formación clásica, seguros de sus verdades, declarándose fieles a lo que la Iglesia siempre había enseñado... estas personas dieron confianza a muchos jóvenes que tenían sed de absoluto, de verdades seguras, de comportamiento radical. De allí nacieron embriones de comunidades más o menos religiosas. El fundador hablaba fuerte, daba confianza. Por poco que sepa mostrarse espiritual, al menos en su idioma, rápidamente atrajo muchas vocaciones a su alrededor, que luego organizó en una estructura institucional.

El fundador hizo bien a estos jóvenes y algunas veces a sus familias. Se le decía, se pasaba la bolilla: “tal Padre es sólido...” y se convirtió casi en un dogma, y el padre tal se vio atribuido de una reputación de referencia en el paisaje eclesial de la época. Se lo va a ver, se lo va a consultar sobre todos los temas... y el buen padre comienza a tomarse a sí mismo en serio. Su radicalidad, sus exigencias dan confianza a los jóvenes que vienen en grandes cantidades para refugiarse bajo su sombra. Se considera que está inhabitado por el Espíritu Santo, y uno comienza a seguirlo cada vez más ciegamente. Aquellos que han quedado fascinados por su mensaje y su personalidad lo recomiendan a su alrededor. Se convierte cada vez más en un raro valor seguro en el paisaje eclesial. A partir de ahí, su enseñanza toma la reputación de ser uno de los pocos que aporta luz, y para quienes viven

con él, se convierte casi en la única forma de salvación. Se inicia una dinámica grupal donde casi no hay posibilidad de pensar de otra manera que el fundador. El ciclo se cierra. Se le da, concretamente, todos los poderes, es reconocido como el único poseedor del Espíritu Santo para guiar a la comunidad y a cada miembro.

Pero se comprende que en este proceso, no es necesariamente el propio fundador quien se habría proclamado a sí mismo gurú, al contrario, es la comunidad la que ha delegado a su responsabilidad y "se arrodilló delante de su fundador." Ciertamente, puede haber personalidades manipuladoras entre los fundadores, pero no creo que este sea el caso general. En el caso general, la comunidad tiene su responsabilidad de haber renunciado a su sentido común, espiritualizando demasiado rápido al fundador. Y este debió acoger lo que se le pedía y corresponderle, y entró en el juego, por supuesto. Pero creo que es importante des-diabolizar la responsabilidad de los fundadores. No son necesariamente monstruos... No necesariamente se colocaron en su posición de controlar todo.

Entonces surge la pregunta para los superiores: si estos fundadores inicialmente no estaban inclinados a comportarse como gurús, y se han convertido, ¿ante qué signos hay que sentirse alertados que nuestra comunidad presenta facetas de vida que podrían voltearse a la deriva sectaria? Espero que todo este estudio brinde algunos elementos de respuesta a esta pregunta fundamental.

2. Dinámica de grupo y emulación

En todos los casos que conocí, se estableció una dinámica de grupo que exaltaba la calidad de vida monástica vivida aquí: "nosotros

tenemos vocaciones”, “nosotros somos fieles”, “nosotros tenemos la luz”,... esta dinámica lleva a todos a superarse, a ser generosos, a olvidarse en beneficio del todo, a no quejarse, etc. Todo esto es maravilloso y estimula a la santidad. Algunos hermanos o hermanas aprovechan este clima de emulación, pero otros, sin darse cuenta, se hacen atropellar, aplastar. Por un momento ellos sostienen que no tienen la fuerza para oponerse al grupo, ni la lucidez para hacerlo, pero cuando las fallas comienzan a manifestarse en el sistema, entonces engullen y denuncian los pliegues falsos. Esto es lo que estamos viendo en todos los casos que han aparecido en los últimos años.

Me parece que este fenómeno de la dinámica de grupo también da a entender hasta qué punto el discernimiento sobre lo que está sucediendo en esta comunidad, y la posibilidad de intervención son muy delicadas. Por un lado tenemos muchos hermanos o hermanas (a menudo una gran mayoría) que parecen sentirse muy bien en un clima que los estimula a la santidad, la comunidad es radiante, atrayendo vocaciones de jóvenes en busca de absoluto... por otro, tenemos algunos miembros que salen, denuncian gradualmente las deficiencias del gobierno, se dan cuenta poco a poco de los daños que ha causado en ellos.

Lleva tiempo darse cuenta de lo que realmente está sucediendo y comprender que, aunque algunos se han sentido bien en este clima, fue profundamente perverso. Algunas personas están seriamente marcadas, a veces de por vida... algunas pasan por intentos de suicidio (y algunas veces han "logrado")... algunas pierden completamente su fe, tienen dificultades para perdonar ya sea a sus superiores que las

demolieron, o ya sea a la Iglesia que permite que tales transgresiones continúen, y que las cubre, y se niega o duda en sancionar.

Debe reconocerse que cuando uno está fuera de estas comunidades, es muy difícil percibir lúcidamente lo que está sucediendo allí: por un lado, se tienen frutos espirituales que parecen maravillosos (celo religioso, número de vocaciones, conversiones dentro o fuera de la comunidad, etc...) Por otro lado, tenemos algunas personas que se quejan de disfuncionamientos cuya autenticidad nos resulta difícil de aceptar: de tal modo sería grave y hasta parece desmedido. Al intervenir con fuerza, uno tiene miedo de "tirar al bebé con el agua de la ducha" y de hacer más daño que bien.

3. Víctima y cómplice

En este proceso, se comprende, es el "sistema" en sí mismo que está viciado. El equilibrio de fuerzas, relaciones, hace que toda la comunidad participe en este impulso hacia la santidad... pero que sigue siendo una "santidad a fuerza de brazos." El superior da el tono y todo el mundo lo sigue, nadie se atreve a hacerse preguntas sobre la legitimidad de esta o aquella práctica, es uno mismo el que está equivocado, se dicen. Y si se nota que otro hermano, u otra hermana, muestra signos de "debilidad", nos apresuraremos a alentarlos a redoblar sus esfuerzos y no dañar a la comunidad, a su reputación, a la unidad "tan hermosa" entre todos.

¡Se percibe que todos son a la vez víctimas del clima del entorno y cómplices! Todos son víctimas, porque nadie tiene los medios para quejarse, para expresarse de manera diferente a la posición oficial. Si

alguien lo hace, se le devuelve el imperativo de su propia conversión personal...

Todo el mundo²² es cómplice, porque a tal punto está amoldado por la dinámica de grupo o por las manipulaciones del superior, que él mismo lleva esta mirada de juicio sobre las mínimas separaciones de los otros o sobre sus manifestaciones de debilidad, o simplemente sobre las reivindicaciones de su humanidad, y él se la sabrá significar.

Todo el arte del manipulador es mantener a sus presas para que también participen también ellas, “libremente”, en el clima ambiental... de ahí la dificultad que se sigue de reconocer la verdad cuando comienza a despuntar... Se ha participado en el mal, es difícil aceptarlo. Se lo ha hecho de buena fe, confiando en los demás, y luego los frutos nos convencieron de nuestro buen derecho. Por lo tanto, es más fácil, especialmente en un entorno cerrado, rechazar la luz que está comenzando a aparecer que plantear ese cuestionamiento...

4. La sucesión a lo idéntico

Entonces surge la pregunta: ¿los que salen sólo lo hacen porque no tienen “vocación aquí”, pero los otros que parecen florecer en este clima podrían permanecer?... Uno fácilmente se sentiría tentado a decirse a sí mismo: “¡Déjenlos vivir lo que quieren vivir, y lo que les conviene!”...

²² Salvo aquellos, probablemente menos numerosos que tendrán consciencia de la manipulación pero que no tienen los medios de oponérsele.

Esto sería olvidar que cuando una autoridad funciona como un gurú, da este ejemplo de gobierno. Sus sucesores, no experimentando otra cosa, actuarán de la misma manera (y a menudo aún de modo más radical... por voluntad de mimetismo llevado al extremo, y por inquietud de fidelidad al fundador). En cuanto a aquellos que permanecerán subordinados, en este sistema toda la autoridad, todo el discernimiento, viene de “la cabeza”, lo otros no hacen más que seguir. No aprenden a discernir ellos mismos a donde el Espíritu los impulsa. No aprenden a vivir como hijos o hijas de Dios.

Estamos muy lejos del maravilloso capítulo 3 de la Regla de San Benito, que defiende que “siempre que haya algo importante que decidir”, el abad reúne a toda la comunidad, expone él mismo lo que se tratará, luego escucha a cada uno de los hermanos para percibir el Espíritu, porque Él puede hablar por todos, incluso los más jóvenes, siempre que hablen con humildad y sumisión. Entonces el abad decide personalmente y todos se someterán a él en una actitud de fe.

San Benito forma hijos e hijas; no un gobierno demasiado piramidal, demasiado autoritario, donde todos piensan como la cabeza al igual que Babel: “¡Vamos! Hagamos ladrillos y cocínenoslos en el fuego (...). Construyamos una ciudad y una torre cuya cumbre esté en el cielo, y hagámonos un nombre” (Gén 11,1-4). Todos querían llegar a Dios por un único pensamiento, una única voluntad, un único trabajo... Pero Dios es Trinidad, es decir la unidad en la diversidad de Personas... por lo tanto no se va Dios por la uniformidad, sino aprendiendo a respetarse y amarse mutuamente en la diversidad. ¿No sería esa la razón por la cual Dios habría esparcido a los hombres que

querían alcanzarlo por la fuerza de la uniformidad? No es este el modo por el cual por el cual uno se acerca a Dios, no es una buena vía. Para asemejarse a Dios, se debe aprender a amarse mutuamente en la diversidad de personas, caminando todos hacia el mismo objetivo.

Esto puede ser un signo importante para identificar: ¿la comunidad aspira a formar una *unidad en la diversidad* de las personas, o una *uniformidad*? Esto último será ciertamente muy efectivo en muchas áreas, será atractivo para los jóvenes, pero ¡no es así que es la imagen del Dios Trinitario! Las parejas lo saben bien: para durar, los cónyuges deben aprender a acoger y respetar sus diferencias, al tiempo que ponerlas al servicio del bien común buscado.

Me parece que *la trampa de la unidad-uniforme* es una característica de las comunidades en funcionamiento sectario. Para los hermanos o hermanas, es bueno sentir que su comunidad está unida, también es tranquilizador y hasta parece una señal de que el Espíritu Santo está obrando. Entonces, no se atreven a posicionarse de una manera diferente pues parecería ser una señal de orgullo excesivo... Y luego, cuando se duda, otros se encargan de recordar que no se debe quebrar la unidad de la comunidad. Se recuerda que la comunidad no es entendida en el exterior, que a veces es “perseguida”, y esto puede llegar hasta una “persecución por parte de la Iglesia.” Por lo tanto, no hay derecho a debilitarla con una mirada diferente de la opinión general, etc... Finalmente, se olvida que la verdadera comunión no borra la diversidad de puntos de vista, sino que los integra en una visión más amplia y más rica. Pero es importante que la diversidad se pueda expresar: por supuesto no debemos llegar a la cacofonía, pero una

verdadera armonía es capaz de integrar la diversidad reconociendo la riqueza de cada uno. Tal clima es un signo de buena salud comunitaria.

Por eso es indispensable intervenir, incluso si los hermanos o las hermanas parecen acomodarse con un tal funcionamiento que llega hasta a aplastar personas en provecho de una apariencia de unidad, pero que no es más que uniformidad... Tal sistema, tal pedagogía no forma hijos o hijas de Dios, no está construida a la imagen de la Santísima Trinidad.

5. ¿Cómo escapar de este confinamiento?

Es comprensible que será extremadamente delicado y, en cualquier caso, no hay dos comunidades que funcionen de la misma manera, ni reaccionarán de manera similar a las intervenciones de la Iglesia. Solamente me arriesgo a expresar una doble convicción: requerirá tacto (digitación) y firmeza...

Tacto para esperar el momento de intervenir, porque si lo hacemos demasiado pronto, aunque la uniformidad parezca perfecta, la comunidad no podrá escuchar a las críticas de una manera positiva. Encerrada en su burbuja, interpretará los menores intentos de cuestionamiento como un ensañamiento por parte de la Iglesia que martiriza a sus hijos más fieles. Estos sólo siguen a su Maestro y los reforzará en su posición de que están en el camino correcto. El resultado de esta intervención corre el riesgo de ser un refuerzo de la clausura que camufla ante las miradas del exterior y protege la vida interna.

Firmeza desde el momento en que los defectos objetivos se han revelado. Ahí parece indispensable que se diga una palabra de autoridad, que claramente denuncie tal o tal otra falla, permitiendo así que las víctimas reciban esta luz a partir de la cual puedan recuperar la confianza en sus sentimientos y comenzar a reconstruirse. Mientras no se haya formulado esta palabra, es muy difícil para quien vive en un entorno cerrado, creer que uno tiene razón frente a todos los demás miembros de la comunidad que parecen estar tan unidos. Pero si una palabra de autoridad denuncia un punto, a partir de ahí, la luz podrá abrirse un camino en las almas y las psicologías, permitiendo poner al día otros aspectos negativos, etc... Se podrá comenzar a tomar un punto de inflexión.

Tengamos en cuenta que no se trata de rechazar todo lo que se vive en esta comunidad, ciertamente había cosas buenas, y tal vez estas eran muchas, pero hay algunos falsos pliegues que se pueden mostrar destructores para las personas. Estos son los que deben ser detectados y erradicados. Y a menudo, la curación no puede venir sino del exterior, de la Iglesia en tanto que es Madre y Maestra. Dentro de la comunidad, la libertad de juicio ha abdicado con demasiada frecuencia delante de esta o aquella presión, la lucidez ha sido extinguida a golpes de autoritarismo personal o comunitario, los malos hábitos han sofocado el deseo de una vida diferente... sólo una intervención externa será capaz de reorganizar la vida para formar personas libres que busquen seguir a Cristo.

Una gran dificultad radica en el hecho de que la Iglesia, que mira estas comunidades desde el exterior, sólo ve lo que se le quiere

mostrar... la mayoría de las veces, lo positivo. Pero esas comunidades parecen radiantes, jóvenes, dinámicas, exigentes en santidad... y en el mundo de hoy, es reconfortante conocer tales lugares espirituales. Eso hace bien, y uno no tiene deseos de saber que todo eso no es tan hermoso como parece. Necesitamos saber que hay lugares donde la santidad, la pureza existen en nuestro mundo... y no estamos preparados para aceptar que precisamente esta comunidad que se la considera modelo, no es tan así como se la cree. Un fenómeno de protección psicológica se establece en nosotros que nos impide aceptar la realidad cruda que se nos quisiera revelar. Esta es la negación, una reacción frecuente ante alguna cosa demasiado fuerte, demasiado violenta, que nos resulta difícil aprehender. A veces hace falta mucho tiempo para que nuestras certezas anteriores se desvanezcan y dejen lugar a la fealdad de la realidad. Entonces, tendemos a mitigar los hechos, a buscar excusas... la verdad duele mucho, es demasiado frustrante, lleva tiempo poder escucharla...

Además la verdad necesita medidas de sanción, de reorganización, y uno tiene miedo de hacer demasiado al respecto, de romperlo todo, de hacer más mal que bien... entonces se vacila... ¿Se trata de cobardía? ¿De realismo prudente? ¿De sabiduría pastoral?

¡Qué difícil es tener una luz sin defecto en estas situaciones! Cuidemos de no juzgar a los que no reaccionan como nosotros. Por otra parte, ¿no recomienda Jesús dejar que las malas hierbas crezcan en el campo de trigo, recordarán algunos, efectuando más tarde el discernimiento...? Esto es cierto a nivel de individuos, pero al de las instituciones, ¿se puede dejar que un sistema profundamente vicioso,

que quebrará a otras personas, siga existiendo?... Se impone a veces la necesidad de mostrar lucidez y valiente determinación para denunciar lo que es inaceptable, y tomar medidas que permitan que otras personas ya no sean destruidas por un sistema defectuoso: denuncia clara, alejamiento del manipulador, cambio de la cabeza de la comunidad, reajuste de las constituciones, etc...

En algunos casos en los que la influencia del fundador ha sido particularmente significativa, estas medidas se mostrarán insuficientes. Tendrán que ser respaldadas por la presencia de algunas personalidades sólidas en el seno mismo de la comunidad (o congregación), impuestas por la Iglesia, para sentir el clima que se vive y para ayudar a cada uno a asumir el giro que se impone. En ausencia de esta medida radical, el pliegue falso está tan impregnado en las mentalidades que no cesará de mantener su presión para recurrir al antiguo funcionamiento. No se logrará apartarse completamente de él. Pero retomaremos esto más adelante.

2da parte: Las relaciones personales

Hasta ahora hemos estado hablando principalmente sobre el funcionamiento de la comunidad o del Instituto. Ahora debemos hablar de dos elementos fundamentales de la vida religiosa que presentan riesgos especiales precisamente en razón de su importancia. Cuanto más poderosa es una herramienta, más debe manejarse con prudencia. Los accidentes en bicicleta rara vez son noticia, los accidentes aéreos lo son siempre.

Capítulo 7: La obediencia y especialmente su tercer grado

La obediencia es una piedra maestra de la vida religiosa, pues es un voto. Por esta razón, la obediencia de los religiosos se dirige a Dios mismo pasando a través de intermediarios humanos. Esta situación tan particular, nos lleva a ver en la palabra del superior una palabra que Dios nos dirige, aunque conduce a dos tipos de riesgos:

O bien el sujeto considera demasiado la personalidad del superior, y la obediencia ya no es muy religiosa.

O bien el superior olvida que la obediencia no se debe a él, sino a Dios, y puede ultrapasar los límites de esta obediencia.

1. Los límites de la obediencia

No es sino a Dios a quien debemos una obediencia total e incondicional, tanto de nuestra voluntad como de que nuestra inteligencia, porque es la Bondad y la Verdad absoluta.

Toda obediencia a un hombre, en el contexto que sea, está limitada por esta verdad primera. Como dijeron Pedro y los apóstoles ante el Sanedrín: *Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres*²³. Por lo tanto, *puede haber un deber de desobediencia*. Independientemente de lo que se pida, siempre se debe ejercer un juicio para saber si se ajusta a la ley divina o no. En el contexto de la vida religiosa, muy raramente habrá problemas sobre este punto²⁴. Sin embargo, se debe remarcar que quien obedece tiene que emitir un

²³ Hch 5,29. En 4,19, Pedro y Juan habían dicho: *Juzguen ustedes si es justo delante de Dios escuchar a ustedes antes que a Dios*.

²⁴ No diríamos lo mismo para la vida profesional.

juicio sobre lo que se le pide: ¿Es conforme o no a la ley divina? La obediencia no es automática e implica la participación de la inteligencia de quien obedece.

El Código de Derecho Canónico expresa concisamente los otros dos límites de la obediencia religiosa: *El consejo evangélico de obediencia, asumido en espíritu de fe y amor siguiendo la obediencia de Cristo hasta la muerte, obliga a la sumisión de la voluntad a los superiores legítimos que tienen el lugar de Dios, cuando mandan según sus propias constituciones*²⁵.

Por lo tanto, hay otros dos límites: por un lado, la obediencia requiere la *sumisión de la voluntad*, concierne siempre a una acción, lo que significa que el superior puede pedirle a un sujeto de hacer algo, no puede pedirle que piense algo. El abad puede pedirle a un monje que entre las sillas porque cree que mañana lloverá, pero no puede pedirle que piense que mañana lloverá. Por el voto de obediencia, prometemos la sumisión de nuestra voluntad, no la de nuestra inteligencia. Se verá a propósito del tercer grado de obediencia en el que la sumisión de la voluntad no puede ser perfecta sin la colaboración de la inteligencia. Esta colaboración, sin embargo, tiene sus límites y, en cualquier caso, la sumisión de la inteligencia nunca puede ser el objeto propio de una orden del superior.

Por otro lado, el mismo superior debe obediencia a las autoridades que están por encima de él y las constituciones de su Orden, y solamente puede mandar de acuerdo a su regla: Un superior

²⁵ CIC, c. 601.

dominico no puede comandar a uno de sus religiosos que se haga ermitaño.

Entonces, cuando decimos que el superior tiene para nosotros el lugar de Dios –y el Código de Derecho Canónico lo hace en el texto que acabamos de citar– debemos entender esto dentro de un marco preciso en el cual deben ser conscientes tanto los superiores como los religiosos.

Pero se objetará: San Francisco de Sales ¿no *habla de obediencia ciega* en su 12ª entrevista con las Visitandinas? Tal expresión generalmente significa obedecer sin reflexionar. ¿Acaso San Francisco de Sales sostiene este punto de vista? Dejemos que nos responda él mismo.

*La obediencia ciega tiene tres condiciones: la primera es que nunca se fija en el aspecto de los Superiores, sino sólo en su autoridad; el segundo, que no se informa en absoluto de las razones o motivos que los Superiores tienen para ordenar tal o cual cosa, le es suficiente saber que se le manda algo; el tercero es que no indaga sobre los medios que debe tomar para hacer lo que se le ordena, asegurándose que Dios, por la inspiración de aquel que le ha dado la orden, le inspirará el poder de lograrlo, y así se pone a trabajar; en lugar de preguntar cómo lo hará, ella comienza a hacerlo*²⁶.

²⁶ San Francisco de Sales, Las entrevistas. 12ª entrevista: *De la virtud de la obediencia*. El texto citado se encuentra en la primera página.

Esto parece justificar plenamente el significado habitual dado a la expresión "obediencia ciega." Sí, si nos detenemos allí, pero el párrafo que sigue inmediatamente trae una precisión esencial:

Volvamos, entonces, a la primera condición de esta obediencia amorosa que se inscribe en la obediencia religiosa. Es una obediencia ciega que amorosamente se pone a hacer todo lo que se le ordena, simplemente, sin mirar jamás si el mandato está bien o mal dado, siempre y cuando el que manda tenga el poder de mandar, y que lo mandado sirva a la unión de nuestro espíritu con Dios; porque fuera de ello, el verdadero obediente nunca hace nada. Muchos se equivocaron grandemente sobre esta condición de la obediencia, los cuales creyeron que consistía en hacer a diestra y siniestra todo lo que podía ser mandado, incluso si fuese en contra de los mandamientos de Dios y de la santa Iglesia; en lo cual se han equivocado grandemente (...); porque todo aquello que está en contra de los mandamientos de Dios, como los Superiores no tienen ningún poder para hacer algo sobre ello, los inferiores tampoco tienen obligación alguna de obedecer, y por el contrario, si obedeciesen, pecarían mortalmente.

En la primera condición, él repetirá aún más: *Se dice que esta obediencia es ciega, porque obedece igualmente a todos los Superiores, sin mirar sus aspectos, quiero decir a la persona.* El religioso debe obediencia al superior, ya sea bueno o malo, dulce o malhumorado, etc.

La segunda y la tercera condición requieren que no indagemos las razones, los motivos y los medios.

Pero en cuanto al contenido de lo que es comandado, San Francisco de Sales pone en su texto un *siempre y cuando*²⁷ cuyo significado es claro: El que obedece tiene que aportar un juicio a lo que se le pide, no puede hacer cualquier cosa simplemente porque se le ordenó hacerlo. A veces, él puede tener el deber de desobedecer.

Ciertamente, tales situaciones son excepcionales. Lo que debe enfatizarse es que la autoridad del superior no transforma su palabra en palabra de Dios y que el sujeto conserva su conciencia. Un ejemplo será más revelador que un largo discurso.

Supongamos que un superior le pide a un monje, en una situación delicada, que haga una respuesta que sea mentira. Al monje no le está permitido obedecer porque su superior no tiene derecho a pedirle que mienta. Hay una jerarquía de valores y es la conciencia del monje la que le permitirá juzgar la situación, ya que, en este preciso caso, obviamente no puede confiar en el discernimiento de su superior.

Esta es sólo una doctrina común y sería un error creer que revolucionará la práctica de la obediencia porque normalmente, en el mundo religioso, el superior también conoce la ley de Dios y de la Iglesia y la situación que recién se ha descrito es (o debería ser) rara. Sin embargo, es importante saber que puede existir, que puede engendrar situaciones dolorosas y sobre todo comprender el principio subyacente: incluso bajo la obediencia, el sujeto sigue siendo responsable de sus actos.

²⁷ El subrayado es nuestro.

Si, en el ejemplo que hemos tomado, el monje acepta responder con la mentira que se le ha pedido, sabiendo que es una mentira, la culpa es doble: el monje es responsable de la mentira que dijo pero su responsabilidad se ve enormemente disminuida por el hecho de que no es completamente libre debido a la orden de su superior. El superior, que no tiene esta excusa, es totalmente responsable de la mentira que se ha dicho, más la de forzar la conciencia del monje y guiarlo con su petición en el camino del pecado. Esto es mucho más serio que si él mismo hubiera mentado, especialmente si es causa de escándalo en el alma del monje que puede perder completamente la confianza en él.

Si tal situación, esperamos, es poco frecuente, hay una que ocurre con mayor frecuencia y que le ha valido a San Francisco de Sales una respuesta luminosa que merece reflexión. Una hermana le objeta: *Veo claramente que lo que se quiere que haga procede de una voluntad humana y de una inclinación, y por eso Dios no inspiró a mi Madre o Hermana de hacerme hacer tal cosa, ya que es por el movimiento de su inclinación natural o habitual, o incluso por pasión.* Respuesta de San Francisco de Sales: *No, sin duda, Dios no le inspiró aquello, pero sí, a usted de hacerlo*²⁸.

Es necesario notar el: *No, sin duda.* San Francisco de Sales no contesta que la palabra del superior no proviene de Dios. Ella habló por pasión, por lo que es responsable de esta palabra que puede ser para ella un pecado (ira, envidia...). Y sin embargo, al obedecer, es a Dios a quien la religiosa obedece porque le pide que no considere que Él inspiró a la superiora esta palabra, sino de obedecer como si procediera de él y por

²⁸ Entrevistas a las Visitandinas, 16ª entrevista, *Sobre el sujeto de la condescendencia.*

su amor, en razón del voto de obediencia. El voto de obediencia está ordenado a la perfección de la religiosa y no a la de la superiora. El valor del acto de obediencia es la sumisión a Dios a través de la mediación concreta de la superiora, pero esta sumisión no transforma en palabra de Dios toda palabra que salga de la boca de la superiora. San Francisco de Sales completa:

No, sin duda, Dios no le inspiró esto, pero sí inspiró a usted de hacerlo, y faltando en esto, usted contrariaría la determinación que ha hecho de obedecer a la voluntad de Dios en todas las cosas y por lo tanto, al cuidado que usted debe tener de su perfección. Hace falta, por lo tanto, someterse siempre a hacer todo aquello que se quiere de nosotros para hacer la voluntad de Dios, siempre que no vaya en contra de su voluntad, lo que se nos significa de las cuatro maneras que he dicho.

Notemos que una vez más afirma que el mandato de la superiora no puede prevalecer sobre la voluntad de Dios significada. Este punto es más amplio que el que se ha hecho más arriba pues en la voluntad significada está también la regla²⁹. La superiora puede dispensar de la regla, esto es parte de su poder ordinario. Ella no tiene derecho a emitir una orden que sería directamente contraria a la regla, como ya hemos dicho.

²⁹ La voluntad significada es distinguida en cuatro partes: sus mandamientos, sus consejos, los mandamientos de la Iglesia y las inspiraciones. Los consejos que nosotros debemos practicar son la Regla. *Ibíd.*

2. Tercer grado de la obediencia, la sumisión del juicio

Si por nuestro voto de obediencia sometemos nuestra voluntad, nuestra inteligencia no puede quedarse a un lado y allí las cosas se ponen un poco más complicadas.

San Ignacio de Loyola, en su carta sobre la obediencia distingue de forma clara los diferentes grados de la obediencia. Tiene sólo cuatro líneas para el primero, la ejecución material de la orden recibida, y pasa inmediatamente al segundo, la sumisión de la voluntad, sobre el cual se explaya un poco más. Pero toda su insistencia está en el tercer grado, la sumisión del juicio³⁰.

Comencemos por comprender la necesidad. Si un superior pide a un monje de volver a pintar toda la casa y de hacerlo con un blanco puro, mientras que el monje cree que sería mucho mejor hacerlo con un blanco matizado, el monje muy bien puede someterse claramente a lo que pide su superior, manteniendo su idea, que sería mejor utilizar un blanco matizado. Esta situación, sin embargo, presenta un gran inconveniente: se encontrará dividido constantemente, haciendo algo que su inteligencia desaprueba. Darse verdadera y totalmente de modo duradero cuando estás tan dividido es realmente difícil, si no imposible. Obviamente, cada uno considera espontáneamente que su idea personal es mejor que la del otro y que hay muchas razones objetivas (¡piensen!) para eso. Aquí estamos en el corazón del asunto. El tercer grado de obediencia requiere aceptar que es muy posible que la idea del superior sea tan buena o mejor que la mía y adherirse realmente a ella relativizando mi propio punto de vista.

³⁰ O. del entendimiento, es decir de la inteligencia.

Pero aquí debemos agregar algunas precisiones esenciales:

La inteligencia no tiene la flexibilidad de la voluntad y está determinada por la verdad. Nunca está permitido tratar de doblegar la inteligencia contra la verdad.

La sumisión de inteligencia será deseable en situaciones concretas donde puedan existir opiniones diferentes. Pintar en blanco puro o blanco matizado es una pura cuestión de preferencia y no responde en sentido propio a la verdad. Por lo tanto, el apego excesivo del monje a su propia preferencia en esta área es una imperfección evidente.

Es imposible transferir lo que acabamos de decir en todas las áreas. Si el superior le pide poner aceite de cocina en el motor del tractor, el monje que conoce un poco de mecánica ya no puede doblegar su inteligencia. Él sabe perfectamente que al hacerlo dañará seriamente el motor. Ahora bien, no le es posible suponer que esa sea la intención del superior. Por lo tanto, es necesario que él informe al superior. Si continúa pensando que es una muy buena solución y que el motor no se dañará, el monje se va a encontrar en dificultades.

San Ignacio es perfectamente claro sobre el dominio en el cual se puede aplicar la sumisión de la inteligencia:

Aunque esta facultad del espíritu no sea libre en sus operaciones como lo es la voluntad, y que naturalmente da su asentimiento a lo que le parece verdadero, sin embargo, en muchas situaciones, donde la evidencia de la verdad conocida no se impone necesariamente, puede seguir a una parte o la otra, de acuerdo con el movimiento que la

*voluntad le dé. Y es en estas situaciones que no son evidentes, que todo hombre que hace profesión de ser obediente debe someterse a la opinión de su superior.*³¹

El dominio dentro del cual es posible someter su inteligencia está claramente definido: estas son situaciones ***donde la evidencia de la verdad conocida no se impone necesariamente***. Este es el principio liberador: es en las situaciones donde no hay razón mayor para preferir más una opinión que otra ***que todo hombre, que hace profesión de obediencia, debe someterse a la opinión de su superior***. Y únicamente en estos casos. En todos los demás casos, como hemos dicho, la conciencia conserva todos sus derechos.

San Francisco de Sales, por su parte, se toma la molestia de señalar que él no requiere una obediencia ciega (en el sentido precisado por él) sino para cosas de poca importancia. Cuando se trata de plantar repollos, si la superiora pide plantarlas de manera estúpida, la consecuencia no es lo suficientemente importante como para que prevalezca la obediencia. Si se trata de plantar 15 hectáreas de repollo y si el daño para la comunidad comienza a ser importante, entonces es deber de la hermana advertir a la superiora de su error. San Ignacio de Loyola también habla de eso: *No es, por tanto, que si se presenta a vuestro espíritu alguna opinión diferente a la del superior, y que después de haber consultado al Señor en la oración, os parece un deber exponerlo,*

³¹ San Ignacio de Loyola, *Carta sobre la virtud de obediencia*, §9. He aquí el texto original: “Aunque éste no tenga la libertad que tiene la voluntad, y naturalmente da su ascenso a lo que se le representa como verdadero, todavía, en muchas cosas, en que no le fuerza la evidencia de la verdad conocida, puede con la voluntad inclinarse más a una parte que a otra; y en las tales todo obediente verdadero debe inclinarse a sentir lo que su Superior siente.”

*no podáis hacerlo*³². Agrega que uno debe mantener en esto un espíritu desapegado.

Mientras se trate de asuntos puramente material, no hay demasiadas dificultades. Cuando están involucrados asuntos de personas, la responsabilidad del monje se vuelve más importante y ya no le es posible hacer cualquier cosa con el pretexto de que su superior se lo haya pedido.

Para concluir, remarquemos firmemente que la sumisión del inteligencia se limita al marco de la obediencia, es decir a las cosas solicitadas. Su razón de ser está bien explicado por San Ignacio: *Sin una gran violencia no es posible que la voluntad se someta constantemente en las cosas que el juicio desapruueba*. Dicho de otro modo, la sumisión de la voluntad difícilmente podrá ser entera si el juicio no lo es, como lo hemos dicho cuando mencionamos el ejemplo de que la casa se debe volver a pintar.

Pero la obediencia de ninguna manera permite al superior dictar al religioso lo que éste debe pensar. Nuestra inteligencia debe someterse a Cristo, a través de la Iglesia, y esta sumisión a la Iglesia podrá ser enseñada por el superior, pero él no puede ir más allá. No es él quien tiene autoridad en asuntos de fe o moral, ya que él mismo está sujeto a esta obediencia a la Iglesia, al igual que todos sus monjes. Y dado que sólo puede mandar de acuerdo con las Constituciones³³, está claro que no puede hacerlo en cuestiones de política, de filosofía u otras. Por supuesto, debe garantizar la formación de sus monjes, pero

³² *Ibid.* § 19.

³³ Cf. el texto del CIC citado antes.

esto no exige obediencia: la inteligencia debe ser convencida, no puede ser constreñida.

La comprensión justa de la sumisión de la inteligencia dentro de la obediencia religiosa siempre ha sido difícil. Sin embargo, si falta, las consecuencias son graves. De parte del sujeto, el que rechaza totalmente el principio de esta sumisión generalmente viene a: *obedezco si estoy de acuerdo*. Una graciosa caricatura publicada en el boletín de una diócesis ilustra bien el asunto, y hará reír un poco en este austero texto:



De parte del superior, ultrapasar los límites de esta sumisión equivale a promover una sumisión servil y constituye un abuso de poder. El asunto es lo suficientemente importante para detenerse un poco.

Capítulo 8: Cuando se sale de los límites de la obediencia

Cuando se sale de los límites de la obediencia tal como fue expuesto, se convierte en un gran mal aquello que debía ser un gran bien.

1. Cuando el mal es claro

El primer caso ya ha sido expuesto: si el superior pide una cosa que va en contra de la ley divina, el religioso no solamente deja de estar obligado a obedecer sino que además pecaría al hacerlo.

Una situación tal puede encontrarse en una empresa, por ejemplo, si el patrón pide a su contador que camufle un fraude fiscal. La situación es clara; la decisión que se debe tomar lo es menos. La situación es clara porque el contador que tiene un mínimo de sentido moral, sabrá que no tiene el derecho de obedecer a esta orden de su patrón. Pero si él rechaza obedecer, sabe que deberá soportar las consecuencias que pueden venir, incluso un despido. Ahora bien, él tiene una familia que alimentar y la decisión a tomar puede ser compleja. Si decide obedecer contra su conciencia, probablemente estará obligado a acallar esta consciencia diciéndole que no es tan grave, que muchos otros lo hacen, que si él no lo hace, otro lo hará en su lugar y éste último argumento es el más temible. ¿Vale la pena realmente asumir tales riesgos si de todos modos nada va a cambiar? Sí, esto no cambiará nada para el patrón y para la empresa, pero él corre el riesgo de dañar su consciencia, y este riesgo es pesado, incluso si es el patrón quien asumirá la responsabilidad del asunto, como se ha dicho.

Tales situaciones pueden hallarse frecuentemente en el mundo de las empresas: la oficina de estudios en la cual se pide falsificar los resultados, los informáticos de Volkswagen a quienes se les pide de escribir una programación fraudulenta, el comercio en el cual se ordena de dar sobornos para hacer contratos, etc. Dichas situaciones deberían ser mucho menos frecuentes en medio de un monasterio, pero pueden producirse de todos modos.

El fraude fiscal puede muy bien existir si el superior tiene una consciencia más bien larga en esta área, apoyándose en la idea de que está permitido porque se hace *para el buen Dios*, del momento que se vive para Él.

Los programas piratas: los religiosos fácilmente tienen una consciencia muy elástica en este tema. Si el responsable de la informática tiene una consciencia más justa que su superior al respecto, pueden seguirse tensiones.

Esto puede producirse sobre cosas muy pequeñas como el superior que pide a su secretario responder que está ausente a una persona que llama. Ciertamente, esto no es muy grave y se puede decir que la otra persona comprenderá. Él no repara en que si el secretario tiene una consciencia un poco delicada, para él será una mentira y decir eso no le hará bien. Pero ¿puede el secretario pretender corregir a su superior? Es delicado.

Existen también casos más graves de mentiras.

En todos estos casos, la situación es clara, la decisión mucho menos.

2. Cuando el mal no es claro

Avanzamos un grado en la dificultad si se trata de un juicio prudencial. He aquí un hecho que se produjo en un monasterio hace ya varios años. Un monje, médico de profesión, cumplía el rol de enfermero. Un viejo monje con el corazón frágil había recibido del médico de la casa la indicación de una inyección con el fin de fortalecer su corazón. El prior le pide al monje que le ponga la inyección pero este piensa: *Es extremadamente fuerte, esto lo va a matar*. Él le manifiesta su pensamiento al superior, el cual llama por teléfono al médico. El médico responde que los temores del monje son ridículos y que no hay ningún problema. Puesto en un dilema, el monje pide consejo y recibe diversas opiniones. Se decide finalmente a poner la inyección a la tarde y el viejo monje muere durante la noche.

Se puede suponer que el prior habrá pedido perdón al monje diciéndole: *Tenías razón*. Pero, ¿qué habría sucedido si el monje hubiese rechazado poner la inyección, y hubiese venido un enfermero a hacerlo y que el viejo monje no hubiera sufrido ningún mal? El superior, ¿hubiese aceptado también la situación? Por tanto no había, de parte del monje-médico, ninguna diferencia con el caso precedente porque se está en el dominio del juicio prudencial y él no ha pretendido jamás tener una certeza de que el monje habría muerto, solamente relevaba un riesgo importante.

El monje-médico se encontraba por tanto preso en una suerte de dos consciencias: su consciencia de monje que le pide obedecer a su superior, y su consciencia de médico que le prohibía colocar esta inyección porque significaba correr el riesgo de matar al viejo monje.

El superior tendría que comprender que no tenía ningún derecho de pedirle tal cosa. ¿Qué peso habrá de llevar el monje-médico por el resto de su vida? No lo sabemos, pero probablemente tendrá que luchar contra el sentimiento de culpa que le diría: *No lo tendría que haber hecho*. Y también contra el resentimiento hacia su superior: *No tendría que haberme impuesto tal orden*. De hecho, probablemente sin darse cuenta, el prior había salido enteramente del dominio de la obediencia. Se trataba de un acto médico, pedido a un médico, donde él no tenía competencia en la materia.

La dificultad para el monje-médico viene de que la situación es menos clara que en los casos precedentes. Mentir o hacer un fraude fiscal es algo que es claramente contrario a la moral. Pero aquí necesariamente le surge la pregunta: ¿tengo razón en creer que esta inyección corre el riesgo de ser fatal ya que el otro médico dice exactamente lo contrario?

Podría ser interesante presentar este caso a más de una persona poniéndole dos preguntas:

¿Qué debería hacer el prior?

Las respuestas serán probablemente unánimes en decir que el prior no tendría que haber impuesto al monje colocar la inyección contra su consciencia.

Las respuestas serán probablemente mucho más divergentes para la segunda pregunta: *¿Qué debería hacer el monje?* Y esto sacaría a la luz que el monje se encuentra delante de dos soluciones erróneas: desobedecer a su prior o sea desobedecer a su consciencia. Cualquiera

sea la solución que tome, se va a encontrar mal y esta es la razón por la cual el prior va a estar en falta con respecto a él.

3. Cuando se alcanza el principio mismo del discernimiento

Los ejemplos que hemos tomado hasta aquí podrían presentarse idénticos en la vida civil. La vida religiosa ofrece un riesgo del todo particular en razón del valor dado a obediencia a través del voto, valor que no ya no se sitúa al nivel del acto, del funcionamiento, sino al nivel de la persona. Por nuestro voto de obediencia, deseamos ser conformes a la imagen de Cristo perfectamente obediente. Ahora bien, Cristo aprendió la obediencia de aquello que sufrió. En la reflexión sobre la oblación total de sí mismo a Dios, es necesario que el religioso renuncie no sólo a su voluntad sino también a su inteligencia. San Ignacio de Loyola tiene palabras que parecen ir en este sentido. Estas palabras fácilmente son mal comprendidas, en particular la famosa fórmula *perinde ac cadáver*, “obedecer como un cadáver.” Más a menudo será la expresión de *obediencia ciega*, de la cual ya hemos hablado³⁴ la que generará confusión. Estas fórmulas pueden ser utilizadas para justificar una obediencia sin reflexión, cualquiera sea la cosa demandada, lo que podrá ser explicado, por ejemplo, de este modo:

³⁴ A propósito de la interpretación de estas fórmulas, ver el luminoso artículo del p. Henry Donneaud en el anexo 2. En resumen: *Obedecer como un cadáver, no quiere decir cesar de reflexionar y de querer, sino más profundamente, no oponer resistencia al precepto y someterse enteramente por la voluntad y la inteligencia, a pesar de la percepción lúcida de sus eventuales defectos.*

El perfecto discípulo hace un acto de confianza total a su abad³⁵: es este último quien tiene la sabiduría y todo aquello que demanda necesariamente es bueno. Reflexionar sobre aquello que pide será entonces introducir la duda, que no permitirá más ser discípulo. Es el abad el responsable delante de Dios de aquello que pide, tú no tienes ninguna responsabilidad y obedeciendo no te equivocarás jamás. Reflexionar es racionalizar y racionalizar: justamente lo que hizo la serpiente cuando quiso engañar a Eva. Por tanto, tú, cuando se te pida algo, no busques saber los pormenores, no preguntes por qué, haz y es haciendo que comprenderás. No demandes el porqué, en vistas de qué, a causa de qué: este no es tu problema, es el problema del Abad, es él quien tiene la responsabilidad de pedirte o de no pedirte esta cosa en concreto, es él quien responderá delante de Dios. Esto es dar tu inteligencia: renunciar al discernimiento por la plenitud de discernimiento. El abad discierne y tú no reflexionas, has olvidado lo que es reflexionar.

Para los jóvenes este enfoque puede seducir por su lado de absoluto. “Te donas totalmente, abdicas tu responsabilidad y de tu inteligencia someténdote total e incondicionalmente a alguien que va a encarnar la voluntad de Dios sobre ti. De este modo eres totalmente libre, totalmente liberado de la esclavitud de tu propia voluntad.”

Un joven allí dentro puede lanzarse por un cierto tiempo porque esto le quita el pesado fardo del discernimiento. Esto puede andar durante un tiempo suficientemente largo hasta que se establezcan los lazos de los cuales ya no se podrá liberar. Al comienzo

³⁵ Tomamos este término para no tener que elegir entre los múltiples términos utilizados según las circunstancias y las comunidades.

incluso los frutos son buenos y esto no tiene nada de sorprendente. El sentido de la obediencia está tan degradado en nuestra sociedad que la aplicación de una terapia de caballo puede llegar a ser eficaz. Pero simultáneamente esta terapia instauro un nuevo desequilibrio, peor que el mal que se pretende combatir.

El padre Labourdette escribe: *Para obedecer verdaderamente, hace falta ser capaz de desobedecer*³⁶. La frase parece fuerte pero se comprende sin dificultades. ¿Se puede decir que un hombre que es conducido a la prisión *obedece* a la policía? Materialmente, puede ser, pero esta obediencia no es libre, es sufrida y no querida. La obediencia religiosa, al ejemplo de Cristo, es la sumisión libre de una voluntad libre esclarecida por una inteligencia libre. Todo el resto no tiene valor religioso.

A la restricción física de los policías la puede substituir una un poco más sutil: aten la inteligencia, y atarán todo el resto puesto que la voluntad no es más libre, ella se asemeja a la de una persona hipnotizada que ha perdido la responsabilidad de sus actos. Aparentemente obedece, pero en realidad no existe más como persona y se asemeja más a un robot. *Donar la inteligencia*, ¿no indicará una suerte de hipnosis espiritual? Pues, finalmente, ¿a quién se la donamos?

¿Se puede renunciar a la propia inteligencia?

³⁶ M.-M. Labourdette, Curso de teología moral, op. cit., p. 739-740. Citado en el artículo del p. Henry Donneaud, Anexo 2.

Por sublime que parezca, esta doctrina lleva de hecho a una atrofia de una facultad esencial para la vida espiritual: el discernimiento. Aquel que renuncia a su inteligencia, ¿cómo hará para discernir sus pensamientos? Se responderá: Es el abad quien lo hará. Pero, ¿qué tipo de paternidad es entonces esta que quiere mantener a un monje en infancia sin ayudarlo a crecer en aquello que constituye la fuerza de los ancianos, o sea, el discernimiento?

Otros dirán: Fíjate que hermoso es ver a este monje que se ha convertido totalmente en un niño, en una docilidad absoluta y que hará cualquier cosa que se le pida sin importar qué. ¡Y ciertamente que no! Esto no es bello, muy por el contrario, porque se trata de una dependencia infantil y no de la verdadera infancia espiritual. La dimisión de la inteligencia y el abandono de la responsabilidad de los propios actos llevan a una suerte de despersonalización.

Donar su inteligencia. La fórmula es bella y expresa un deseo del corazón que ama a Dios: someter toda nuestra inteligencia a Dios que es la verdad misma. Y el camino que se nos propone parece lindo y simple: “Das tu inteligencia a tu abad y es él quien se hace garante de todo, tú te abandonas totalmente, no cuidas de nada, es el holocausto perfecto.” Maravilloso. Salvo que...

Una relación tal de confianza absoluta no puede ser sino excepcional. Demanda un maestro espiritual fuera de serie, lo cual es raro. Este maestro, si su sabiduría es auténtica, sabrá hacer de su discípulo un maestro enseñándole también a juzgar por sí mismo. Deberá ciertamente luchar contra la suficiencia del *Yo sé todo* en su

discípulo, pero será para él aprender a juzgar según el Espíritu. Se nos permita citar un texto de los Estatutos de la cartuja:

El monje, desde el inicio de su nueva existencia, se encuentra colocado en soledad y dejado a su propia elección. No es más un niño, sino un hombre: por tanto, que no se deje voltear por cualquier viento, sino que sepa reconocer lo que agrada a Dios y conformarse a ello espontáneamente, poniendo en obra, con una sabiduría sobria, la libertad del hijo de Dios del cual es responsable delante de su Señor. Por lo tanto, que en nada se fíe de su propio juicio, pues quien descuida abrir su corazón a un guía seguro corre el riesgo, falto de discreción, de avanzar menos de lo que debería, o de agotarse de tanto correr, o de adormentarse a fuerza de arrastrarse³⁷.

Una fórmula de san Juan Clímaco

La fórmula de San Juan Clímaco según la cual *la obediencia es ausencia de discernimiento por sobreabundancia de discernimiento* no puede ser aplicada a todos los casos. Esta fórmula paradójica requiere una exégesis. Pero debería quedar claro que lo esencial es precisamente la sobreabundancia de discernimiento. Si se la comprende así: *La ausencia de discernimiento es una sobreabundancia de discernimiento*, se la convierte en un peligroso error. En realidad, san Juan Clímaco pide un discernimiento altamente espiritual capaz de entender en qué caso el valor de la obediencia es más importante que el resultado material de la acción demandada. En otras palabras, incluso si la idea del monje era quizás mejor en sí misma que la del superior, siempre que el resultado no sea evidentemente catastrófico, la perfección del

³⁷ Estatutos de la Orden de los Cartujos, cap. 33, n°2,

acto de obediencia del monje que deja de lado su propio pensamiento (ausencia de discernimiento) puede compensar ampliamente la posible pérdida de beneficio material.

Para una mayor precisión, ver el texto del padre Donneaud que está en el anexo 2. Digamos simplemente que esta ausencia de discernimiento puede justificarse en el caso de una huerta de repollo, mucho más difícil en el caso de 15 hectáreas o en aquél del tractor. Pero mientras el bien de una persona entre en juego, este razonamiento ya no es más posible.

Y por consiguiente, en todos los casos, es necesario un discernimiento. Forzar el tercer grado de obediencia diciendo que el monje debe en todos los casos pensar como su superior es inaceptable, porque en este caso se tiene una ausencia de discernimiento sin más, la sobreabundancia de discernimiento ha desaparecido. Urge, por tanto, prestar atención a la fórmula de san Juan Clímaco: él habla de una sobreabundancia de discernimiento, que es primera, y que llega en ciertos casos a aquello que él llama una ausencia de discernimiento, que simplemente la podríamos llamar: preferir la opinión de otro a la propia.

Ahora bien, se ve indudablemente que, en la vida cotidiana hay ciertas ocasiones donde se puede preferir la opinión del otro sin temor alguno. Entonces, si hemos insistido sobre los límites de la obediencia, en razón de la intención de este texto, lo que hemos dicho deja muchísimas ocasiones para practicar una obediencia que sea una verdadera renuncia a nuestra propia voluntad que cada día traerá una brazada mayor. Será suficiente para convencerse de ello, leer por entero

los dos textos que hemos citado. Tanto el de san Francisco de Sales como el de san Ignacio de Loyola, quienes proponen una vía alta y difícil: la conformación con Cristo perfectamente obediente.

Capítulo 9: La Paternidad espiritual

No podemos más que congratularnos de un cierto descubrimiento de la paternidad espiritual. Jamás desapareció de Occidente, pero un aumento de contactos con las tradiciones orientales la ha vivificado nuevamente. La tradición de los Padres del desierto la conocía bien: Barsanufe y Juan nos han dejado un testimonio muy concreto. Como explica Casiano, todo arte necesita un maestro y la oración no es la excepción. Quien ha encontrado un verdadero padre espiritual, o una verdadera madre espiritual, ha encontrado un tesoro. Su rol consistirá solamente en secundar la acción del Espíritu Santo en un alma, dejando entonces la libertad no sólo al alma que guía, sino sobre todo al Espíritu Santo mismo, al que no deberá substituir. Tarea delicada que no podrá realizar sino con una gran humildad, aceptando de antemano que otros se podrán mostrar más perspicaces que él. Ayudará al monje a profundizar su docilidad a la voz interior por la cual Dios se manifiesta. Y progresivamente él irá aprendiendo a volar con sus propias alas.

Sin embargo, debemos permanecer con los ojos abiertos, pues en este campo también se corren riesgos. El primer grado será la incompetencia. No se proclama por padre o madre espiritual el que quiere. En general, aquel que insiste en afirmar que él posee estas competencias y propone sus servicios, merece la prudencia en el mínimo grado. Santa Juana de Chantal tuvo una amarga experiencia al respecto.

1. El pájaro puesto en jaula

Reportamos aquí como Santa Juana de Chantal estuvo literalmente encarcelada por su primer director.

En aquel tiempo, “un buen religioso” (la historia, felizmente, ignora su nombre) tenía gran éxito como director ante personas devotas. Juana lo encontró por casualidad, digamos, un día que ella había ido a rezar a Notre Dame d’Étang, un santuario que dista dos leguas de Dijon; y enseguida la atrajo para que se meta bajo su guía. Juana se dio cuenta de que esta guía no era aquella de la visión; pero ante el desconcierto ante el cual se encontraba, ella aceptó: “como una humilde oveja, creyendo que ésta era la voluntad de Dios y se dejó atar por este pastor ante el cual la ligó mediante cuatro votos: el primero, que ella le obedecería; el segundo, que ella no lo cambiaría nunca, el tercero, que le guardaría fidelidad de secreto sobre todo aquello que él le dijese; el cuarto, que no abriría su interior sino solamente a él.” Y por dos años, sucedió así. Juana, la generosa, se esforzó en satisfacer todas las plegarias, ayunos, métodos, prácticas, etc., que el imprudente pastor le impuso³⁸.

El sentido de estas exigencias es perfectamente claro: el director pretendía tener un derecho exclusivo y perpetuo sobre el alma de esta mujer. Tenemos aquí la desviación *tipo* de la dirección espiritual: el poder. Y vale la pena que sea explicada la potencia del poder dictatorial que este religioso tomó sobre santa Juana de Chantal.

³⁸ André Ravier, *Pequeña vida de Juana de Chantal*, cap. 3, DDB 1992, p39.

Se sabe que en 1602 Juana, sumisa, en una gran aflicción espiritual, había pedido insistentemente a Dios un director, y Dios le había respondido por una visión: sin saber en ese mismo momento de qué se trataba, ella había visto a San Francisco de Sales exactamente tal como ella lo encontró dos años más tarde en Dijon. Y él, de su parte, había visto igualmente a la joven viuda que no conocía. Cuando, el viernes después de Cenizas del año 1604, ella lo vio personalmente en Dijon, lo reconoció inmediatamente, al igual que él. Repetidas veces él venía a comer a casa de su padre, y ella “se moría de ganas” de abrirle a él sus penas interiores, pero no podía, estando como estaba ligada por el cuádruple voto a su director. El miércoles santo, *Nuestro Señor le mandó tal ataque furioso de tentación, escribe la madre de Chaugy, que, estando ausente su guía, se vio necesariamente urgida de buscar algún tipo de calma con nuestro bienaventurado padre.* Sin embargo, ella no osó hablar libremente a causa de su voto. Más tarde, una crisis de escrúpulos muy terrible la obligó a recurrir al padre de Villars que era su confesor. Él la calmo enteramente. *Me pareció, dice Juana, quitarme una montaña de encima de mi corazón.* El religioso, a quien ella informó sinceramente, se rebeló y la hundió en los escrúpulos. Hasta fue a pedirle a Juana que renovase el voto que ella había hecho de obedecerle. Serán necesarias las insistencias del padre Villars, quien le explicó claramente que si ella no se desprendía de la guía de este religioso, estará resistiéndose al Espíritu Santo; luego la declaración neta de san Francisco de Sales diciéndole que los cuatro votos impuestos por el primer *director no valen más que para destruir la paz de una consciencia* para que finalmente se sienta liberada. *¡O Dios, dirá ella más tarde, cuán dichoso fue aquel día para mí! Me pareció que mi*

alma cambió de cara y salió de la cautividad interior, en donde me habían tenido hasta ahora los consejos de mi primer director.

Cautividad interior: la expresión es fuerte pero realista. La paternidad espiritual, que debería ser una escuela de libertad interior, puede devenir en esclavitud cuando pretende imponerse de modo exclusivo. Es una desviación temible pues significa tomar el lugar de Dios, único maestro de las almas.

En el caso del director espiritual de Juana, sin embargo, los signos de la desviación son claros, al releer los cuatro votos en cuestión: Este religioso quiere ligarla a sí para siempre, de modo exclusivo, sin que ningún otro pueda intervenir. Él utiliza para este fin la rectitud de su alma convirtiéndola, para hacer de ella un instrumento de servidumbre: Juana está ligada por su propia rectitud. El medio concreto es la culpabilidad: si Juana se dirige a otro, ella se sentirá culpable de infidelidad para con Dios, pues es a Dios –piensa- a quien se ha ligado por medio del su voto.

Cuanto más es pura y recta el alma, más maquiavélica será la plaga.

Sin embargo el mal todavía no es catastrófico porque el director no se interesa en lo más mínimo por la interioridad de Juana; le es suficiente con que ella le obedezca en todas las prácticas superfluas que le impone. El pájaro está enjaulado, pero no está muerto.

El riesgo aumenta seriamente si un Padre espiritual incompetente extiende su dominación sobre la vida interior. Este riesgo a veces toma una forma bien concreta hoy en día a causa de la

importación imprudente de una tradición oriental en la cual nadie fue formado. Como lo explica el padre H. Ponsot o.p.: *Estas tradiciones particulares descansan sobre un uso centenario, y hasta a veces milenario, sobre una historia propia, un entorno que se lo deja. Para decirlo en una frase, tomamos el fruto pero no conservamos más que la cáscara, el jugo se escapa. En una época en que yo los frecuentaba asiduamente, mis amigos ortodoxos no cesaban de afligirse más por nosotros que por ellos.*

Es así que la prudencia llega a la perplejidad cuando se ve en occidente a alguien que se da el título de *starets*, puesto que la figura del *starets* implica normalmente una entrega total de sí mismo en una confianza absoluta. Ahora bien, *a priori*, aquel que pretende el título de *starets* no merece esta confianza. Las tres secciones que siguen, han sido redactadas en lo esencial por un dominico de origen ruso, el padre Pavel Syssoev.

2. El Starets

La palabra *starets* viene de la tradición ortodoxa rusa. Un *starets* es un anciano (este es el sentido de la palabra) que ha sido reconocido como un maestro espiritual, generalmente carismático.

El *starets* es un hombre de una inmensa experiencia, a menudo muy probado en su santidad, luego de décadas de aislamiento y de vida ermitaña. Se supone que él ha recibido dones especiales del Espíritu Santo como los de curación o de profecía pero, sobre todo, la capacidad de dar consejos espirituales acerca de los caminos de la vida interior.

Los starets no son nombrados por nadie, ellos nunca se llaman tales, pero son simplemente reconocidos por los fieles como autoridades espirituales. Es por tanto la *vox populi* que los reconoce. Fuera de los períodos de recogimiento o de soledad voluntaria, ellos reciben visitantes (algunos vienen de muy lejos) que vienen para recibir sus bendiciones, pero sobre todo para abrirles sus corazones. Muchos de entre ellos tienen la fama de conocer los secretos del corazón de los visitantes que jamás han conocido antes.

Jamás un verdadero starets dirá: “yo soy un starets pneumatóforo que te dirá la palabra de vida”, ya que eso sería simplemente ridículo. Es en la santidad de su vida, en su humilde obediencia, en su dulzura heroica, en su huida del poder, en su extrema delicadeza que se los discierne, que se les descubren tales dones extremadamente raros que el Señor nos concede.

La sumisión al starets es totalmente libre, pero frecuentemente muy profunda en el mundo ruso. En este sentido el término *starets* no abarca el de *padre espiritual*, sino que va netamente más lejos. Este el motivo por el cual los verdaderos *startzy* son raros (tal vez no haya uno en cada monasterio pues no se exige la gracia de Dios). La entrega de sí mismo, generalmente total de los discípulos, exige que el starets sea absolutamente transparente a la gracia.

3. Verdadero y falso Starets

Tal como el Antiguo Testamento conoció verdaderos y falsos profetas, así también existen verdaderos y falsos *startzy*. Vale la pena entender las advertencias severas de Ignacio Briantchaninov, que goza de una inmensa autoridad en la tradición rusa. En su libro *Introducción*

a la tradición ascética de la Iglesia de Oriente³⁹, dentro del famoso capítulo XII, *De una vida de obediencia junto a un anciano*, él pone sobre aviso contra los falsos ancianos e insiste que en “nuestra época” (¡describe en contemporaneidad de los startzy de Optina!) frecuentemente es más sabio seguir los consejos probados de libros que aquellos de los falsos maestros que se declaran pneumatóforos. El monje progresará más por una obediencia a la regla, al superior, a la enseñanza ordinaria, que por la búsqueda de startzy autoproclamados.

“Los ancianos que toman sobre sí el rol –a propósito utilizamos este término desagradable del lenguaje del mundo profano, a fin de caracterizar más netamente el asunto, que en realidad, no es sino un juego funesto al alma y la más deplorable de las comedias- los ancianos, por tanto, que toman sobre sí el rol de los santos starets de otros tiempos, pero sin tener los dones espirituales, deben comprender que sus intenciones, sus pensamientos y sus concepciones sobre la gran obra monástica que es la obediencia, son falsas. Que lo sepan bien: su manera de pensar, su sabiduría y su saber no son más que ceguera e ilusión demoníaca a los que no le faltarán frutos de la misma naturaleza en el alma de aquel al que dirigen. Su pretensión exagerada no podrá pasar desapercibida más que por un cierto tiempo en el principiante inexperimentado que se encuentra bajo su dirección, con tal que tenga un poco de inteligencia, y se ocupe en santas lecturas con un sincero deseo de ser salvado...”

³⁹ Edición Presencia, 1978. El título ruso, literalmente, significa “Aquello que es la vida espiritual y cómo dedicarse a ella” («Ce qu'est la vie spirituelle et comment s'y accorder»).

*Es terrible cargar sobre sí, por presunción y de propia iniciativa, obligaciones que no se pueden cumplir sino por mandato del Espíritu Santo y con su concurso; es terrible presentarse como un receptáculo del Espíritu Santo cuando todavía no se han roto los lazos con Satanás y que este receptáculo esté manchado por él. Tal tipo de comedia y tal hipocresía son espantosas. Son desastrosas tanto para sí como para el prójimo. Es un crimen, una blasfemia delante de Dios...*⁴⁰

Es difícil emplear términos más enérgicos. El mandato del Espíritu Santo en cuestión define claramente el discernimiento del starets como un *carisma*. Este carisma es raro, aun si Ignacio Briantchaninov continúe un poco más allá:

*“Debemos reconocer que no somos capaces de heredar la práctica de los Padres en su integridad y en toda su multiplicidad. Pero ya es una gran bendición de Dios y una gran felicidad el que podamos nutrirnos de las migas que caen de la mesa de los Padres. Estas migas no constituyen un alimento de los que más satisfacen, pero pueden, no sin dejar un sentimiento de frustración y de hambre, guardarnos de la muerte espiritual”*⁴¹.

Los siguientes capítulos tratarán sobre las enseñanzas de los ancianos de la antigüedad que deben guiarnos de modo habitual, en los tiempos donde Dios no suscita starets.

En la tradición rusa, los starets están íntimamente ligados a la figura de los tontos-en-Cristo. Sus actos proféticos, a menudo

⁴⁰ *Op. cit.*, pp. 64-65.

⁴¹ *Op. cit.*, p. 67.

mímicos, son comprendidos después del hecho, pero absurdos, incluso despreciados en el inmediato. Estos personajes encarnan precisamente la huida del mundo, de la institución, del gobierno, de aquello que no va sin peligro. Este peligro es llamado *mladostartchestvo*, “los jóvenes ancianos”: aquellos que juegan a ser starets sin tener la experiencia, la vocación y el carisma de ellos.

Es por todas estas razones que *es del todo imposible atribuir al prior, por su cargo, el carisma del starets*. Se es nombrado prior/a por elección o por decisión de una autoridad, pero esta decisión no confiere a la persona nombrada la experiencia espiritual avanzada del starets. Si el prior posee esta experiencia será una bendición para la comunidad, pero será ciertamente el último de todos en hacerla valer. En cuanto al joven superior que querrá jugar al starets, corre el gran riesgo de no ser más que un *mladostartchestvo*, un “joven anciano.” En nuestro lenguaje occidental, se lo llamará un *aprendiz de brujo*.

Por caridad, no juguemos con las almas.

4. El/la Prior/a

El prior, ¿no tiene un rol pastoral hacia todos sus monjes? Seguro que sí. Padre de todos⁴², debe estar atento no sólo al bien material, sino aún al bien espiritual de sus monjes. Le compete enteramente hablar con cada uno acerca de todo aquello que hace a su vida y por tanto sobre todo acerca de su oración y de sus relaciones fraternales. Debería poder sentir si el alma de sus monjes está en paz, si

⁴² Esta indicación vale para una comunidad monástica. El rol del prior en los dominicos es bastante diferente, ciertamente no es el padre de todos (indicación hecha por un dominico).

caminan con gozo por el camino de Dios o si, por el contrario, arrastran una carga detrás de ellos. Pero no necesariamente tiene que ser él quien los guíe y no puede imponerles⁴³ en nada sus servicios. ¿Por qué el prior será necesariamente el monje más avanzado en los caminos espirituales? Si lo piensa así, ciertamente que esto es orgullo de parte suya, lo cual no es un signo de adelantamiento, como todos saben.

Incluso si este fuese el caso, debería tener el realismo de saber que las almas son más diversas que las apariencias y que nadie tiene las cualidades para guiar a todo el mundo. Si busca de cualquier manera ser, por propia iniciativa, el padre espiritual de un monje, ligándolo a sí exclusivamente, caería en el mismo desvío que el director espiritual de santa Juana de Chantal de quien acabamos de hablar. En fin, el más mínimo realismo debería ser suficiente para hacer comprender que con la carga que lleva, simplemente no podrá tener el tiempo de ser el padre espiritual de todos. Si un monje abre su corazón y no recibe respuesta, no solamente esto no servirá para nada, sino que además podrá ser nocivo.

Su atención hacia los monjes deberá entonces ser delicada. Le debería gustar hablar con ellos de Dios, de su amor, de caminos que llevan a Él y de aquellos que se desvían. Si ha sido elegido como Abad, lo que significa reconocer en él una sabiduría de la que no sólo tiene derecho sino también el deber de compartir con sus monjes. Si un monje le pide espontáneamente que sea su Padre espiritual en el sentido fuerte de la palabra, por supuesto será una alegría para él. Y también una responsabilidad...

⁴³ Y tal vez, ni siquiera proponer. ¿Será libre el monje de decir que no?

Para los otros, todo su deseo será que cada uno avance en el camino de Dios, sin que sea necesario que él conozca todos los detalles de este camino. Después de todo, ¿no será un muy mal signo pensar que él sea el único capaz de guiar a sus hermanos? ¿Querrá decir esto que en una comunidad no hay ningún otro monje que tenga la suficiente experiencia en los caminos de Dios para poder guiar a otro de sus hermanos? ¡Qué fracaso!

Por lo tanto, no hay ninguna expresión para designar exactamente su rol ya que es el padre espiritual, pero sin serlo. En tanto que es padre de todos en una comunidad religiosa, su paternidad debe ser espiritual, puesto que no puede contentarse con el funcionamiento material de la casa. Sin embargo él no debe desear y menos aún imponer ser el padre espiritual de todos, en sentido fuerte. Si tiene la chance de tener en su comunidad un monje (¡o más!) que posee este carisma, y este será tal vez un hermano converso, ¿no es normal entonces que los monjes se dirijan a este último y no a él? Y si él concibe algún tipo de sombra, ¿no serán tal vez celos? Y si busca de un modo o de otro controlar a este monje, para saber cómo aconseja a sus hermanos, ¿a qué se debe esta preocupación?

Ciertamente, es él el responsable de la ortodoxia del monje, pero ésta resulta en general de la santidad y de la influencia de su vida.

Atento, sin curiosidad indiscreta; disponible sin presión, él se convencerá de que evidentemente no es el más santo en la comunidad pues no es por eso que lo han elegido como abad y así sabrá permanecer discreto cuando un monje elija otra guía fuera de él.

Nosotros, entonces, quienes hemos recibido una carga que es ante todo una pesada responsabilidad, estemos más atentos a conservar la humildad, a reconocer –y no solamente con la boca sino con el corazón- que otros, cuya posición es más desapercibida, son más sabios, más santos, más avanzados que nosotros. Una de las dimensiones de la humildad consiste en saber alegrarse del bien ajeno. Sepamos por tanto alegrarnos cuando un monje nos sobrepasa, ¿no deberíamos desear que todos ellos nos sobrepasen?

5. El Padre Abad / la Madre abadesa

El Padre Abad citado más arriba completa esta reflexión, precisamente en el mismo sentido:

Me parece que el ejemplo de San Benito que trata de superiores que son nombrados “a vida” o al menos, actualmente, “por una duración indeterminada” es esclarecedora. En un sistema tal, el abad ejercerá inevitablemente una paternidad más profunda que un superior nombrado por 3 o 6 años. Los hermanos no pueden abrirse completamente a alguien que no está aquí más que por un corto mandato. Estos ejercen ciertamente una paternidad real sobre su comunidad y sobre las personas pero en general de manera menos radical que un abad “de por vida.” Ahora bien para este caso, dos veces en su regla, Benito recuerda que él no es necesariamente padre espiritual de todos. Hay también otros padres espirituales en la comunidad.

La paternidad ejercida por el abad es antetodo de otro orden.

- por todas las decisiones que él toma para el conjunto de la comunidad, favorece o hace difícil la vida espiritual de los

hermanos, por ello, “toca” su alma y facilita o traba su relación con Dios y facilita o no su crecimiento.

- Pero es igualmente verdadero, por supuesto para las decisiones tomadas para cada hermano: ellas van a favorecer o no su vida con Dios, su crecimiento espiritual... hay allí una verdadera misión paternal.
- Sin embargo no hay necesidad absoluta de que acompañe espiritualmente a cada hermano... afortunadamente, porque en ocasiones sería imposible materialmente en muchas comunidades. Y puesto que hay afinidades o, por el contrario, diferencias de alma.

Si el superior no está habitado por este humilde realismo, corre el riesgo de traer graves peligros a su comunidad.

- Esto no quita el hecho que será de gran provecho y tal vez incluso indispensable que el hermano se abra al menos un mínimo a su superior para no tener con él una relación puramente de trabajo. Si se quiere establecer un clima de familia en una comunidad, es necesario dar al superior un mínimo de conocimiento de sí mismo para que nos trate en consecuencia. Si no, no es más que un jefe de empleo. No podemos decir que él “tiene el lugar de Cristo.”

6. Carisma e institución

Todo esto que venimos diciendo, pone nuevamente⁴⁴ de sobre el tapete el problema de la relación entre el carisma y la institución.

⁴⁴ Cf. Cap. 1.

Cedo otra vez la palabra al p. Pavel Syssoev que nos ha hablado más arriba sobre el starets.

El Espíritu Santo es el único Maestro de los carismas. Estos surgen para reconfortar nuestra fe o esclarecer nuestras dudas, pero de ningún modo están en nuestro poder. El Espíritu Santo no nos deja jamás desprovistos pues obra también a través de medios ordinarios, institucionales, que son dados directamente por Dios (la Escritura, el sacerdocio, etc.) o por la tradición de la Iglesia (la gran riqueza de las tradiciones espirituales, las enseñanzas de los santos, las reglas de las órdenes religiosas, etc.) Estos medios son diversos, ricos, equilibrados. Se sostienen mutuamente, se aclaran. El superior recibe su cargo por elección o nombramiento, él recibe lo que llamamos *la gracia de estado*, es decir la gracia que Dios le da para que pueda cumplir la misión que le es confiada. Es una gracia específica que podríamos calificar de ordinaria, por oposición a la gracia extraordinaria del carisma. Esta gracia lo ayudará a servir a la comunidad a pesar de sus límites y debilidades, a presentar la enseñanza sin presumir de su sabiduría o de sus dones espirituales.

Quizá el Señor suscitará en tal o tal comunidad un Padre Pío, una Catalina de Siena, un Ignacio Brientchaninov, un Seraffín de Saroy. Tal vez concederá en tal situación particular a tal confesor una luz de consejo, pero lo dejará a su propio juicio en las situaciones ordinarias: el hecho de ser nombrado superior de un convento de capuchinos no hace de un fraile un Padre Pío. De modo inverso –esto es fundamental– una Catalina de Siena no podría haber sido, sin duda alguna, priora de un monasterio de dominicas: demasiado grande, demasiado fuera de

las normas, demasiado entera, falta de la discreción necesaria. Más cercanos a nosotros, sucedía lo mismo con el padre de C. de Foucauld. Además de esto, habría una Inés de Langeac, una Catalina de Ricci: místicas y de genio superior, según Dios. Pero una conjunción tal es más milagrosa que el carisma mismo.

Las relaciones del fiel con la institución y con el carisma no son las mismas. Estoy obligado a obedecer a mi superior, pero nadie está obligado de ir a ver al Padre Pío. No obstante yo puedo decir a un Padre Pío secretos íntimos que mi superior no tiene ningún derecho de saber. Mi superior me guiará para la santificación de la vida cotidiana y ordinaria, y es para las decisiones de extrema rareza que iré a ver a un starets. De parte del starets recibiré un consejo, jamás una orden; de mi superior yo debo poder recibir una orden, con la objetividad de la Regla, de la Tradición, de la enseñanza de la Iglesia.

Existen excelentes superiores y santos superiores, pero ellos no pretenden ser un Cura de Ars o un Antonino de Florencia: ellos se quitan las sandalias ante el santuario interior de sus hermanos, pues este lugar en el que ellos se encuentran es santo y temible. He aquí el lugar de una carga institucional.

7. El Padre (madre) espiritual

La expresión “padre espiritual”, más común en nosotros los occidentales, no tiene las mismas resonancias que el starets. El padre espiritual no es una figura tan excepcional y sucede a veces que puede situarse en la frontera entre carisma e institución. Un obispo podrá dar a un sacerdote –o un superior pedir a un monje- un ministerio de acompañamiento espiritual, porque habrán reconocido que este

sacerdote o este monje tiene cualidades para aquéllo. El caso típico en la vida de la vida monástica es la función del Maestro de Novicios. Su nombramiento no hace del Maestro de novicios un starets, sino que se le reconoce la capacidad de acompañar a los jóvenes monjes en sus primeros años. Estos, por su inexperiencia, difícilmente podrían elegir por sí mismos la persona que podrá guiarlos. Pero esto no vale más que por el tiempo de noviciado, es decir por algunos años. Una vez dejado el noviciado, el monje es libre de elegir su padre espiritual, y raros son los que querrán continuar con su maestro de novicios, pues un cierto destete es indispensable después del noviciado.

Es decir, ciertas consideraciones que hemos hecho más arriba a propósito del starets se aplican perfectamente al padre espiritual. Fuera del caso particular del noviciado, un padre espiritual no se impone jamás, no es él quien pide a tal o tal otro que lo siga. Si se oye que un sacerdote o un monje propone con un poco de insistencia sus servicios como padre espiritual, es ésta en general una razón suficiente para escaparle ya que estamos seguros que no será libre.

Capítulo 10: La apertura del corazón

1. Su necesidad

¿Cómo dejarse guiar si no se abre su corazón? Los Estatutos de la cartuja lo dicen de una manera discreta pero firme al final del capítulo sobre la conversión de vida. Vale la pena citar el número entero:

El que nuestro ideal de vida se mantenga a su altura, depende más de la fidelidad de cada uno que de la acumulación de leyes, la adaptación de nuestros usos, o incluso la competencia de los Piores. No bastaría obedecer las órdenes de los Superiores y cumplir exactamente la letra de los Estatutos, si, guiados por el Espíritu, no sintiésemos según el Espíritu. El monje, desde el comienzo de su nueva vida colocado en la soledad, queda a su libre albedrío. Como ya no es niño, sino varón, no ande fluctuando llevado por todo viento, sino examine lo que agrada a Dios y sígalo espontáneamente, poniendo en juego, con sobria sabiduría, la libertad de los hijos de Dios de que es responsable ante el Señor. Que nadie, sin embargo, se tenga por sabio en su propia estimación ; porque quien descuida abrir su corazón a un guía experimentado, es de temer que, falto de discreción, camine menos de lo preciso, se canse de correr o, deteniéndose, se quede dormido⁴⁵.

El equilibrio es importante. Es recomendable abrir el propio corazón, pero el propósito viene claramente indicado en lo precedente:

Aprender a sentir y vivir según el Espíritu, aprender a hacer elecciones justas, aprender a discernir por sí mismos sobre aquello que

⁴⁵ Estatutos de la Orden de los Cartujos, cap. 33, nº 2.

agrada a Dios, aprender a conformarse a ello espontáneamente, aprender a poner en obra la libertad de los hijos de Dios. Tanto como decir: aprender a convertirse en un hombre (o una mujer) humana y espiritualmente adulto que tal vez sea un día capaz de guiar, a su tiempo, a sus hermanos o hermanas. El equilibrio no es otra cosa que el de la educación: guiar y favorecer el desarrollo tanto cuanto sea necesario, pero no demás. Si después de diez o quince años de vida religiosa el monje todavía es un niño, significa que la educación (humana y espiritual) ha fracasado.

Es sumamente necesario decir: cuando un monje encuentra un padre espiritual con el cual existe una confianza entera y con el que se siente libre de hablar de todo, ha encontrado un verdadero tesoro. La apertura de lo profundo del corazón es una experiencia del todo bella pero es una experiencia rara pues exige un padre (una madre) espiritual que tenga simultáneamente una apertura sin reservas, una discreción extrema, un respeto total de la libertad de quien que se confía en él. Es difícil y es raro.

Además la apertura del corazón comporta algunos grados. Un mínimo de apertura puede ser exigida. Los jesuitas, por ejemplo, todos los años deben rendir *cuenta de consciencia* a su provincial. Si no se da, corren el riesgo de ser totalmente independientes, y la obediencia, tan importante en la Compañía, llegaría a ser sólo teórica. Pero nadie tiene el derecho de pedir la apertura total: no puede más que ser ofrecida, luego de que una experiencia de la relación suficientemente larga haya asegurado que es posible una total confianza. Por este motivo no puede jamás ser institucionalizada, menos aún exigida.

2. ¿Puede estimularse la apertura del corazón?

El tema es muy delicado y todo depende de lo que se entienda por estimular. De cierto modo el texto de los Estatutos estimulan hacia la apertura del corazón, pero de manera general. Cuando se está en presencia de una persona que, no sabiendo lo que es la apertura del corazón, está en búsqueda de una mayor profundidad en el acompañamiento, por supuesto se le debe explicar lo que es la apertura del corazón y ayudarla, si parece oportuno, a ir en este sentido, pues esta apertura no es fácil para nadie. Se le puede enseñar, como dice San Bernardo, que *todo aquel que se tiene a sí mismo por maestro, se hace discípulo de un tonto*⁴⁶. Se le puede hablar de los Padres del desierto que muestran la necesidad de un guía⁴⁷.

Aquel que no tiene la más mínima idea de lo que es la apertura del corazón, debe entonces ser instruido en ella. Pero fuera del período un tanto particular del noviciado, sobre el cual hará falta volver a tratar, el guía debe ser elegido con absoluta libertad y todo el acompañamiento debe estar marcado por la más grande libertad. También debemos aceptar que hay personas incapaces de hablar de su interior (sin dudas esto es más frecuente en los hombres que en las mujeres). Esto debe ser respetado.

Pero si alguien estimula directamente: *Tú deberías abrirme tu corazón*, o incluso pide: *Ábreme tu corazón*, ya se está en el disfuncionamiento, más o menos grave según el grado de la presión: la intención no es pura. Incluso si en un primer momento los frutos

⁴⁶ Carta 87, 7.

⁴⁷ Por ejemplo Casiano, Conferencia II, 11.

pueden ser positivos, dado que la apertura del corazón ayuda a conocerse a sí mismo, a la larga la persona sentirá que no se ha respetado su intimidad y las consecuencias pueden ser catastróficas. En los casos graves, la persona puede sentirse violada (violación de consciencia), porque tendrá el sentimiento de que alguien ha penetrado en su intimidad sin su consentimiento.

Pero, se dirá, ha consentido puesto que es ella la que se ha abierto. Esto sería ignorar que un consentimiento puede ser obtenido por seducción, manipulación, abusando de su autoridad, y aún por otros medios. No estamos en el dominio de la carne sino en el del espíritu que es más sutil. Es posible forzar a alguien sin que se dé cuenta, o sin que ose decir no, porque se encuentra delante de sí una autoridad que él respeta, incluso si siente en su fuero interno que hay algo que va del todo bien. La falta será aún más grave si viene del prior (de la priora) pues la autoridad y la confianza harían mucho más difícil un rechazo y la libertad no sería respetada.

Sugestión directa o indirecta

La sugestión no será necesariamente más directa que la propuesta antes.

Por ejemplo: *Eres libre, pero si no te abres, no eres el discípulo que es guiado por su starets a la santidad y permanecerás en la mediocridad.* A pesar de la afirmación inicial, *Eres libre*, tal frase pone, de hecho, una exigencia cuando se dirige a alguien que, por vocación, quiere evidentemente tender hacia la santidad. La cuestión, por tanto, no es simplemente afirmar: *Eres libre*, sino que sea verdadero en los hechos y también en el pensamiento de aquel/la que habla.

En el fondo, la fórmula significa: *Eres libre pero no tienes elección*. No es dicho tan crudamente, está claro, porque la contradicción saltaría a los ojos, pero al fin de cuentas esto es exactamente lo que se está diciendo. ¿Es necesario explicar que el verdadero significado es finalmente: *no tienes elección*?

Ahora bien, la verdadera apertura del corazón, aquella que desea no dejar ni apariencia de sombra porque la confianza es total, exige un encuentro excepcional. Si se la fuerza aunque sea un poco, la herida será terrible. Una hermana que ha vivido esta situación, también describe esta herida: *Este sentimiento es imposible de describir; es como ser violada en el interior, devastada, destrozada, no teniendo ya más derecho de tener una interioridad vivida delante de Dios y para Dios solo.*

3. ¿Transparencia o control?

Nota sobre el concepto de transparencia

Hablar de transparencia en el ámbito de la vida espiritual no es inmune a riesgos. Este término, derivado de la vida civil en donde hoy se la emplea un poco para variados propósitos, designa una realidad simple: no esconder. Se pide a los bancos la transparencia, se pide a los hombres políticos, a los jefes de empresas la transparencia sobre sus ingresos, etc. Ahora bien, la mayor parte de las veces la transparencia en cuestión es una obligación. El guardia de la cárcel que pide a los detenidos no esconder nada de lo que hacen, ¿no está exigiendo una transparencia? En todos los casos citados, la transparencia tiene dos características:

- Es exigida (como una ley).

- Es un medio de control.

¿Será de otro modo en la vida espiritual?

Demandar la transparencia sobre las cosas que se han hecho, puede ser normal hasta cierto punto y en un cierto marco. Un patrón tiene derecho a saber lo que hacen sus obreros en el límite de su trabajo. Solicitar la transparencia en el ámbito del pensamiento o de la conciencia pone de manifiesto, por el contrario, un abuso de poder.

Forzar la transparencia pidiéndola con una presión ya directa o velada, corre el riesgo de revelar una necesidad de controlar.

La psicología enseña que la necesidad de controlar y de dominar es una necesidad neutra, es decir, que puede ser utilizada positivamente –por ejemplo para organizar la vida, concentrarse en un propósito, descubrir un método para obtener un resultado- o bien negativamente según un modo defensivo, para cubrir una inseguridad o afirmar su propia omnipotencia.

Forzar la transparencia de los hermanos o de las hermanas puede ser interpretado como una manera de afirmarse a sí mismo y de protegerse del riesgo de fracaso, de rebelión y de todo aquello que pueda celebrar la estima hacia los superiores. El pensamiento oculto, probablemente presente a un nivel inconsciente en el espíritu del guía de la comunidad, podría ser formulado así: “Si yo sé todo lo que pasa por la cabeza de todos/as, tengo todo bajo mi control, nada escapa de mi mirada, nada puede llegar sin que yo lo haya previsto. Esto me da la seguridad y me permite continuar ejerciendo el poder.” Esta actitud recuerda la parábola del hombre rico que almacena sus bienes en sus

*graneros, pero transportados del nivel de las riquezas al del conocimiento*⁴⁸.

4. Masculino – femenino

El tema que nos ocupa no se presenta del mismo modo en las comunidades masculinas y femeninas. La tentación de controlar todo existe en los dos casos, pero los medios no serán del todo los mismos. En una comunidad masculina, el control será generalmente ejercido de modo más directo, a nivel del actuar, de la autoridad. Por este mismo hecho es más fácilmente detectable y analizable. La presión por la apertura del corazón será más rara en el mundo masculino. En el ejemplo del primer director de Santa Juana de Chantal, son claramente visibles sus planes y lo que él pretende es sobretodo que se le obedezca, las sutilidades de la vida interior de Juana no le interesan para nada. Para describir el acercamiento femenino, damos la palabra a una madre abadesa.

En una comunidad femenina, la dinámica será diferente, las presiones para la apertura del corazón podrán ser puramente afectivas; serán, solamente, más temibles. Un punto débil femenino es, en efecto, la necesidad de ser valorada, de ser la preferida. La mujer, más que el hombre, tiene necesidad de ser acogida, mirada, elegida, preferida. Su imaginación puede ponerse en camino para saber cómo hacer para ser vista, localizada, preferida. Es claro que la superiora fácilmente puede utilizar esta necesidad femenina para su provecho personal y sin darse cuenta de ello, bajo capa de autenticidad maternal, decir: “eres mi hija preferida, o la más cercana, etc....” “Mi hermana que más quiero en el

⁴⁸ Sor Anna Bissi. Texto inédito.

mundo....” Es muy difícil resistir a una presión de este tipo porque una se siente ingrata. ¿No debería abrir mi corazón a quien me muestra tanta solicitud? Y si a pesar de todo se resiste, hace su entrada la culpabilidad, eventualmente acompañada de palabras como: “Después de todo lo que he hecho por ti...”

Una de las más grandes seguridades para la mujer es la posibilidad de abrirse, de hablar, de ser escuchada. Ella comprende que puede convertirse en ella misma sólo si tiene a alguien enfrente. El tiempo concedido a las hermanas, la entrevista espiritual puede ser tomada por asalto y volverse una verdadera herramienta de presión y de manipulación. La hermana que no sabe cuándo su superiora va a decirle que se presente en su despacho, es capaz de no pensar más que en ello. La superiora fácilmente puede utilizar esto para desestabilizar completamente a sus “hijas” y en adelante hacerlas dependientes. Las personalidades manipuladoras, a menudo, utilizan estos ciclos de calor y frío para debilitar las resistencias y adjudicarse seguidores.

Otra faceta del chantaje afectivo efectuado por la superiora puede expresarse por las malas caras prolongadas o sistemáticas... Si la superiora se la pasa poniendo malas caras durante mucho tiempo, todas las hermanas se inquietan, y tendrán por mal soportar también una relación interrumpida con su “madre.” Tan pronto como se dignen salir de su encierro y le pida algo a una hermana, esta hará todo lo posible para corresponder a esa expectativa, a fin de volver a encontrar un vínculo vivo con ella. Que la situación se renueve dos o tres veces, y la mayor parte de las hermanas no se atreverán a posicionarse

diversamente a su superiora, teniendo demasiado miedo de ver cómo se instala un nuevo encierro... ¡es el recorrido del juego!

5. La culpabilidad

La culpabilidad, entonces, forma parte de los medios de control. Hemos visto la enorme dificultad que tuvo santa Juana de Chantal para del sentimiento de culpabilidad mantenido por su primer director: esto era lo que la tenía atada.

La superiora que enfurruñada transmite un mensaje: *esto es por tu culpa*. Si este mensaje es transmitido con suficiente insistencia y lo suficientemente convincente, termina por penetrar hasta en lo más hondo del alma.

Las mujeres ciertamente son más sensibles a la culpabilidad que los hombres en tanto que ellas tienen un sentido más entrañado de la responsabilidad frente a la vida (maternidad) que les es confiada. Por tanto, se puede culpabilizar fácilmente a una mujer en el plano afectivo, como si su feminidad (por tanto su ser profundo) fuese tocada directamente.

Cuando la priora pide a una hermana que diga una mentira para *no turbar a las más jóvenes o más frágiles*⁴⁹, se apela a este aspecto maternal: “Obedeciéndome te asocia a mi maternidad de madre de la comunidad.” Y esto nos brinda un ejemplo de la “doble coacción”, que será tema del próximo capítulo: cualquiera sea la solución que elija la hermana, se encuentra en un camino sin salida. Si acepta mentir, su consciencia se lo reprocha. Si lo rechaza, irá contra su maternidad.

⁴⁹ Cf. Capítulo 4

Visto desde el exterior, la respuesta parece fácil: ejercer una verdadera maternidad no significa engañar a las hermanas y tratarlas como a niños. Cuando se encuentra en medio de la batalla, no es así de simple verlo claro, sobretodo en presencia de la superiora.

6. Fuero interno – fuero externo

Se nos habrá remarcado, sin dudas, que nunca hemos empleado las expresiones *fuero interno* y *fuero externo*, cuando es tan frecuente ver como se le reprocha a una comunidad, que tiene sospechas de ser de deriva sectaria, la confusión entre ambos. Estos conceptos son cómodos, pero en la vida real de una comunidad monástica este criterio funciona mal. Concebido por los seminarios en el siglo XVII, la separación fuero interno/fuero externo se ha convertido en una evidencia no discutida, practicada hoy con rigor en los seminarios. Ahora bien, se constata que existe poca reflexión al respecto. El padre Regente, jesuita, al tener que dar una conferencia sobre el tema, se admiró de no encontrar más que una literatura extremadamente limitada: tres artículos, un libro. Sobre una cuestión tan importante, es sorprendente. El padre Regente muestra los límites de este criterio de separación radical.

La distinción teórica entre fuero interno y fuero externo parece bien pertinente y simple. ¿Es tan simple como parece?

Una cuestión puede ser a priori de orden del fuero interno. Pero si un día, llega al espacio público el rumor o la constatación de una actitud reprehensible... Rumor o constatación son de orden del fuero externo. El superior tendrá que tratar este tema.

¿Cómo hacerlo permaneciendo estrictamente en el fuero externo?

Toda cuestión del fuero interno puede emerger un día en el espacio del fuero externo no por sí misma, sino en razón de un advenimiento público. Se puede pensar aquí en las cuestiones de pedofilia. ¿Si un hombre se sabe frágil, esto es asunto de fuero interno, y si pasa al acto, es de fuero externo? Si un obispo envía un sacerdote en una situación que puede ser peligrosa para él, dicho padre, formado a lo largo de los años según la separación de los dos fueros, ¿podrá hablar con su obispo?

En el marco del noviciado, en el marco de la vida monástica, la separación radical de los dos fueros no es verdaderamente realizable. Supongamos que un novicio se muestra dominador delante de sus hermanos. ¿Puede el maestro de novicios contentarse del fuero externo y solamente enseñarle al novicio que es necesario no actuar de tal o tal modo? ¿A qué sirve esto si no se escucha realmente la actitud del novicio que tiene un sentido para él, si no se intenta comprender con él lo que está sucediendo, los sufrimientos ocultos que llevan a este disfuncionamiento? Pero nos encontramos entonces, en pleno fuero interno.

La separación radical no es por tanto una solución, pero la supresión total de separación no es más aceptable, pues las críticas que se alegan sobre la confusión de los dos fueros pueden ser del todo justificadas.

Podemos concluir, entonces, que hay una zona de posible cubrimiento. La idea de la separación resuelta, satisfactoria para un

espíritu cartujano, no corresponde a la realidad. La confusión resulta más grave aún. Uno de los artículos encontrados por el padre Regente decía que los dos fueros no son una separación sino una relación. Desgraciadamente este punto es afirmado pero no explicado. Se ve la necesidad de una reflexión para definir mejor esta zona de posible cubrimiento, situar mejor sus límites, ver mejor dónde es necesaria la separación y dónde la relación es necesaria. Dado que este trabajo sobrepasa el marco de nuestra reflexión, nos ha parecido preferible no mencionar esta terminología insatisfactoria. Pero esto no da pie para ignorar la idea que subyace: Toda persona tiene el derecho al respeto de su intimidad. El no-respeto de esta evidencia puede conllevar ciertos dramas.

7. La perversidad

Hace falta tener el coraje de reconocerlo: la paternidad espiritual y la apertura del corazón pueden ser utilizados de modo perverso para convertir a un alma en esclava. La cita con la que termina el número 2 de este capítulo, nos deja entrever algo al respecto: Luego de un poco de titubeo, hemos incluido en el anexo 3 un testimonio que no concierne directamente a la vida de comunidad. Se trata del dominio que un sacerdote religioso tomó sobre una niña joven, ya mayorcita⁵⁰. Nos equivocáramos en creer que esto no nos concierne. Posteriormente a un disfuncionamiento grave en un noviciado, fue enviado este texto al nuevo Padre maestro a modo de ejemplo, considerado como excesivo, pero ilustrando un tipo de mecanismo. El

⁵⁰ Conviene notar que la relación sexual fue evitada, sin embargo el dominio no es menos profundo.

padre maestro respondió: *En realidad, esto no es excesivo, es exactamente lo que ha pasado. ¿Cómo es esto?*

La conclusión de este texto abrumador da las claves en un par de renglones:

Cómo llamar a esto de otro modo que perversión del amor, cuando el silencio que engendra sirve para destruir insidiosamente, cuando los grandes misterios son utilizados para esclavizar al ser hasta en lo más profundo de su alma y ponerla al servicio de una necesidad narcisista insatisfecha, cuando el don total se convierte en la puerta abierta al dominio de una omnipotencia ciega y cuando el secreto sirve, en fin, para sepultar el cuerpo todavía vivo.

Santa Juana de Chantal hablaba de *cautividad interior*. Esta mujer habla de *esclavizar* y de *sepultar*. Ella habla del *dominio de una omnipotencia ciega*.

Ella expresa bien los grandes medios utilizados para esclavizar:

- El lenguaje del amor divino: *el amor entre dos personas que dan todo en la vida religiosa, es un amor divino.*
- Una mística descarriada: *los grandes misterios son utilizados para esclavizar al ser hasta lo más profundo de su alma*
- El deseo del don total que *se convierte en la puerta abierta para el dominio de una omnipotencia ciega.*

- La estima por el sacerdote (esto vale también para el superior o superiora): *Déjate moldear por este santo varón. Todo es vivido en Dios. Gusta Su Bondad y agradece.*
- La seducción espiritual: *Entra en una gran docilidad al Espíritu Santo para dejarte transformar en hija de la luz.*

En este caso, todo está puesto al servicio de una *necesidad insatisfecha*. Los mismos medios pueden servir para una simple voluntad de control total que se presenta también como una omnipotencia ciega. El lenguaje, entonces, será muy a menudo el de la libertad interior, tanto más negado en la realidad, cuanto más se lo afirma en las palabras.

Incluso fuera de una intención perversa, los mismos medios pueden ser empleados, más inconscientemente sin duda, para forzar una espiritualidad que no conviene a la persona. Esto será el objeto del siguiente capítulo.

Capítulo 11: Los riesgos de una espiritualidad llevada al extremo

Resta todavía abordar una cuestión dolorosa y difícil. ¿Cómo es posible que en una comunidad ferviente, donde todo parece tender hacia Dios, donde afirmamos con insistencia la libertad de cada uno, donde hablamos sin cesar de amor, podemos sin embargo ver religiosos/as hundirse en la depresión al punto de tener tentativas de suicidio? Incluso esto ha ocurrido con personas que mostraron luego, porque pudieron salir, que eran perfectamente equilibradas y no presentaban patología alguna. La contradicción es tan profunda que hemos fracasado en hallar una explicación satisfactoria y tranquilizadora, pero los hechos están allí, demasiado numerosos como para ser explicados: una espiritualidad que se considera portadora de vida y de amor absoluto puede revelarse mortífera, humana y espiritualmente, pudiendo llevar en algunos casos a una ruptura con Dios. Por haber acompañado muchas personas que han perdido su relación con Dios en una comunidad ferviente yo pude constatar cuan profundas pudieron ser las heridas. Una de ellas escribió: « *Si yo no muero demasiado rápido, encontraré quizá algún día una vida junto al Buen Dios...* y hace más de 20 años que salió.

Evidentemente no hay dos casos semejantes pero podemos señalar algunas zonas peligrosas.

Una mujer que firma como Camila presenta un testimonio escalofriante:

TODAS las hermanas que yo escuché cuando salieron (excepto una)⁵¹ tuvieron deseos de suicidio mientras estaban en el monasterio, tal era la situación sin salida en la que se sentían. Se les pidió que se despojaran de todo aquello que constituía lo más relevante de su personalidad, de sus temas de interés, de sus talentos. Entonces, ellas aprendían a sobre-adaptarse para convertirse en la perfecta hermanita esperada y entrar en el camino de la santidad y de superación de sí al que aspiraban. Pero, a medida que más se conformaban, mayores eran las dudas, los combates, y la mala imagen que ellas tenían de sí mismas crecía. La culpabilidad aumentaba, la impresión de estar poseídas por el demonio multiplicaba tanto los sufrimientos, que solo la muerte las podría liberar de estos sufrimientos. ¿Con qué resultado? Su mirada acerca del mundo había llegado a ser terriblemente nociva, degradante y opresiva. Su vida en el monasterio muy complicada, su sed de santidad muy diferente de su impulso natural. Sólo la muerte las podía liberar. Y yo puedo decirles que las personalidades eran bien diferentes.

Y sin embargo se había presentado, muy sinceramente, como el camino más perfecto del amor de Dios.

¿Cómo explicar esto? En el estudio de casos que presente la historia, podemos constatar de manera recurrente la presencia, en diversos grados, de muchos elementos.

⁵¹ Alrededor de una quincena, por un período de quince años. Fuente: entrevista telefónica con el autor de la cita.

1. El exceso

Cuando caminamos por un bosque tranquilo sin pendiente, el salirse del camino no presenta riesgo alguno. En un camino de montaña bordeando un precipicio, no se permite el error. La vida religiosa, si es fervorosa, se asemeja más a un sendero de montaña. Muchos de los errores vienen simplemente de un exceso de buena voluntad junto a una falta de discernimiento. Para hacer avanzar más rápido a los novicios, se los empuja más allá de las prácticas tradicionales razonables. Esto se asemeja a querer ayudar a que una planta crezca tirando de ella hacia arriba. Lo que debiera ser una docilidad al Espíritu Santo deviene en un rígido voluntarismo. Es conocido el apotegma del arco, en la serie del P. Antonio⁵²:

Había en el desierto un cazador de animales salvajes; vio éste al P. Antonio que se recreaba con los hermanos y se escandaliza de esto. El P. Antonio quería convencerlo de que es necesario a veces distenderse con los hermanos y le dijo: “Pon una flecha en tu arco y ténsalo.” El cazador lo hizo. El P. Antonio le dijo: “Ténsalo de nuevo.” Y éste lo tensó. “Nuevamente, ténsalo.” El cazador le respondió: “Si yo lo tenso de nuevo se romperá.” El P. Antonio respondió: “Lo mismo ocurre con la obra de Dios. Si nosotros exigimos demasiado a los hermanos, rápidamente se quebrarán.” Es necesario entonces distenderse por momentos. Habiendo entendido esto el cazador se llenó de remordimiento. Y habiendo sacado buen provecho del anciano, partió. Y los hermanos volvieron al monasterio fortalecidos.

⁵² N° 13 en la edición de Solesmes.

El ejemplo más fácil de comprender y el más conocido es el de la penitencia corporal. Aunque no sea probablemente el más peligroso, al menos en nuestros días.

El querer acelerar el camino hacia la humildad practicando sobre los jóvenes una formación activa a base de humillaciones es mucho más arriesgado. Podemos dudar que esto nos dará buenos resultados, y podemos estar seguros que habrá catástrofes. El riesgo no se presenta solamente para el sujeto sino también para el superior que practicaría ese género de humillaciones. Si éste adquiere gusto en aquello – la naturaleza humana es suficientemente perversa para esto – puede convertirse en un monstruo.

Sin llegar alcanzar este punto, repetir sin cesar a un monje que no es nada, no conducirá a la verdadera humildad sino a un sucedáneo psicológico mucho más nocivo, llamado en inglés: *low self esteem* (baja autoestima). Falta de estima de sí mismo. En lugar de conducir al monje a la santidad, esta enfermedad, porque de hecho lo es, le quita todo poder de desear algo grande.

El querer acelerar el renunciamiento a la propia voluntad suprimiendo todo aquello que ofrece una cierta satisfacción puede conducir a la depresión.

Estos errores no son fáciles de desenmascarar porque se trata de prácticas tradicionales. Lo que falta, aquí y siempre, es la discreción. Y esto nos da una primera respuesta a la pregunta planteada al inicio de éste capítulo: ¿qué es lo que no funciona?

Un celo excesivo: estamos demasiado apurados por llegar a nuestro fin y debemos quemar las etapas.

Una falta de juicio: queremos hacer por nuestra propia fuerza lo que no puede ser sino la obra del Espíritu Santo.

Frecuentemente la persona que está en los inicios de estos males dirá: *¡Pero nosotros nunca hemos dicho eso!* Ciertamente no lo ha dicho jamás, e incluso quizá no lo ha pensado, pero sin embargo lo ha transmitido. ¿Cómo puede explicarse esto? Simplemente porque en esto, quien tiene una experiencia más larga, tiene los remedios a mano. Puede abismarse en su nada y pensar que no es nada. Si su relación con Dios está arraigada desde hace mucho, sabe bien que esa nada es un aspecto de las cosas, que solo es relativa a la infinitud de Dios, pero que el amor de Dios por ella es infinito. Ahora bien, si esta persona enseña esa vía a un alma joven que no posee todavía esos remedios, que no se sabe todavía amada de Dios, que no ha tenido aún experiencia del don de Dios, el resultado puede ser catastrófico.

La intención era noble, hacer llegar más rápidamente al objetivo. Conviene, de todas maneras, acordarse de la sabiduría de Jacob que se aplica bien a la dirección de almas: *“Mi señor sabe que los niños son delicados. Además, las ovejas y las vacas han tenido cría, y yo debo velar por ellas. Bastará con exigirles un solo día de marcha forzada, para que muera todo el rebaño”* (Gn. 33,13).

De la misma manera que todas las herejías parten de palabras de las Escrituras y se alejan de la verdad cuando fuerzan exageradamente un aspecto de un dogma en detrimento de otros, de

esa misma forma las prácticas tradicionales llevadas demasiado lejos devienen mortíferas:

- La obediencia, sí, pero no al punto de renunciar a mi inteligencia.
- La vida de Cristo en mí, sí, pero no al punto de pensar que yo no soy nada.
- La humildad, sí, pero no al punto de destruir totalmente mi autoestima.
- El renunciamiento, sí, pero no al punto de destruir toda alegría.
- El desierto, sí, pero no al punto de dejarme morir de sed.
- La sinceridad, sí, pero al punto de suprimir toda intimidad.
- Etc.

2. El renunciamiento no es jamás lo primero

Nadie discute que la renuncia forma parte del camino de la vida espiritual. De todas formas es peligroso ponerlo en primer lugar. No renunciamos por renunciar, renunciamos a un bien para un bien mucho más grande.

Cada uno sabe que mientras el sol asoma las estrellas desaparecen. Pero si a partir de esto se enseña que es suficiente hacer desaparecer todas las estrellas para que el sol aparezca, aquel que siga esta enseñanza tendrá la desgracia de encontrarse con la noche total. Ahora bien, ocurre que esto es propuesto por una falta de sabiduría que conviene comprender.

Toda persona que ha avanzado suficientemente en la vida espiritual tiene la experiencia de que las realidades del mundo pierden

su encanto. Comparadas a la inmensidad de amor de Dios, los bienes del mundo parecen muy pequeños. Es el sol que hace desaparecer las estrellas. Una reflexión demasiado apresurada podría concluir en que es suficiente separarse de todos los afectos por las criaturas para que Dios llene todo: se suprimen entonces las estrellas pensando que el sol va a salir. Este simplismo genera sus dramas.

Existen caminos de desasimiento sobre los que solamente Dios puede conducir las almas porque Él conoce el alma y sus límites, y porque Él la puede sostener con seguridad al borde del abismo. Ningún ser humano es capaz de esto. Una espiritualidad donde la base es el desasimiento, el vaciamiento, el anonadamiento no respeta la obra de la gracia y pretende exigir a Dios que venga a completar el vacío que se creó. Este camino tiene asociado el riesgo de caer en la desilusión o la desesperación.

La idea de que hay que empezar por vaciar el alma para que Dios pueda tomar su lugar es ciertamente clásica en espiritualidad pero debe igualmente interpretarse convenientemente. ¡Dios no puede tomar el lugar de las cosas terrestres porque no es una cosa terrestre! Cualquiera que haya conocido un caso de conversión sabe que Dios ha hecho una irrupción en el caos interior de la persona y es la presencia de Dios y su luz lo que transformó el caos, permitió poner un poco de orden y dejar fuera las cosas inútiles.

Se impone un discernimiento. Apegos y desapegos deben ir juntos. Por momentos unos toman la delantera y por momentos los otros. Por momentos el amor de Dios invade los primeros y nos muestra la futilidad de ciertas cosas que nos saturan y entonces nos

llama a deshacernos de ellas. Por momentos Él nos demanda al principio una renuncia dolorosa que vendrá solamente después –quizá mucho tiempo después- para llenar Él mismo el espacio así creado. Lo cierto es que si prestamos atención, en todos los casos, precede el apego a Dios.

La sabiduría espiritual debe proceder de la misma manera y observar si el crecimiento en el amor de Dios acompaña el trabajo del desapego. Si no está ocurriendo así, se impone una calma en cuanto al camino.

Una descripción bien concreta por alguien que lo ha vivido valdrá más que un largo discurso:

Nuestra humanidad no fue tomada en cuenta. Se nos hablaba finamente de nuestra alma, de nuestro profundo corazón los cuales solos entrarán en el cielo mientras que dejaremos sobre la tierra nuestra sensibilidad y por tanto hacía falta desde ya adaptarnos, tener una vida al nivel del corazón profundo, es decir de la inteligencia y de la voluntad profunda y el resto no tenía importancia. Por tanto la sensibilidad era completamente mortificada y a fuerza de ser mortificada no había más vida. Estamos vivos cuando sentimos vivir, pero cuando no se siente nada, yo me sentía poco a poco como un árbol muerto, como un árbol al que se le ha cortado las ramas. A fuerza de cortar no queda más que un tronco y cuando yo hablaba se me decía: Verdaderamente es formidable, ahora estás purificado para el cielo. Por eso me decía: Entonces es normal, pero lo que es extraño es que yo me siento cada vez menos viviente para esta tierra. Pero se me decía: Es normal, esto es la Cruz, mira el árbol de la Cruz, es como un árbol muerto y es él quien lleva la

vida. Sin embargo, yo no era consciente que todo signo de vida estaba apagándose en mí.

Este es un típico texto de una persona que todavía no ha alcanzado una madurez espiritual suficiente para renuncia que se le propone.

Las realidades de este mundo son portadoras de un mensaje: Dios nos habla a través de ellas. Todo amor verdadero que hemos conocido nos hace descubrir algún aspecto del amor de Dios, ya sea el de nuestros padres, o el de una bella amistad, por ejemplo. Deberíamos sobrepasar estas mediaciones descubriendo que el amor de Dios es inmensamente más grande todavía y Dios puede pedirnos que hagamos la experiencia de su solo Amor quitándonos todo sostén. Ya habiendo comenzado a llenar el corazón profundo con su amor, el desasimiento, por doloroso que sea, no dejará ningún vacío, porque el vacío creado será llenado por el amor de Dios.

Si, por el contrario, se crea un vacío, contrariando sistemáticamente todo deseo, antes de que Dios haya llegado a ser el centro del alma, este vacío no será llenado y el alma, no teniendo ya gusto por nada, correrá el riesgo de caer en la depresión.

Objeción: *La renuncia de todos modos forma parte de la vida espiritual, no podemos suprimir esta dimensión.* Ciertamente, pero el camino real de esta renuncia, el que nos prepara a los desasimientos que Dios podrá pedirnos un día, este camino tiene un nombre: el abandono. Querer despojarnos de nuestra voluntad por actos de voluntad, tiene algo de contradictorio y puede endurecernos más que aligerarnos. El abandono a la voluntad de Dios –llamado también

Abandono a la Providencia- lo hace maestro de nuestra arcilla para realizar con ella lo que Él querrá (Cf. Jr 18). El propósito es semejante, pero el camino es diferente: con consentimiento, no aniquilamiento. Este camino no presenta peligro puesto que la iniciativa del camino se dirige a Dios mismo. No deja ningún lugar al orgullo o al rendimiento. Respeta el orden de la vida espiritual: decir sí a Dios precede a la renuncia de sí. Más aún: Decir sí a Dios, significa decir sí a mi ser profundo que está hecho para Dios y que aspira a Él. Esto implica a menudo decir no al yo más superficial aun no evangelizado, pero esto es una consecuencia.

La vida común ofrece ocasiones constantes de renuncia, no vale la pena fabricarlas. Un viejo hermano de Montserrat le había dicho a un joven entusiasta: *¡Oh!, M., las cruces, no vale la pena ir a buscarlas, el Señor las trae a domicilio.* Y yo agregaría que incluso no es necesario hacer pedidos. La verdadera formación consistirá en enseñar a los jóvenes a llevar con amor todas estas pequeñas renunciaciones de la vida cotidiana, el vecino que canta mal, el trabajo que aburre, la levantada de la mañana, una palabra no muy agradable, el tiempo nebuloso después de una semana, las manzanas que comemos desde el comienzo del invierno debido a que nos han donado un camión lleno, etc.

Decir sí a Dios en estas pequeñas cosas que nos presenta cada día en la vida ordinaria, hacer de ellas actos de amor hacia Él, he aquí lo que nos prepara a las grandes pruebas, si tienen que venir algún día. Todo esto modela progresivamente nuestra voluntad y nuestra inteligencia para adaptarlas al designio del amor de Dios sobre nuestras vidas. Fuente de paz, de gozo y de amor profundo, si el abandono

transforma el alma y esto brilla sobre todo el entorno, toda la comunidad recibirá frutos de ella.

3. Desolación o depresión

Desolación, acedia, noche de los sentidos, depresión, la tradición monástica y espiritual conoce estos estados, los cuales conviene no confundir, pero que en la realidad concreta, el discernimiento no es así de simple. Intentemos entonces brindar algunos elementos del mismo.

El gozo: probablemente el signo más claro de la salud espiritual. No necesariamente un gozo sensible, exuberante, sino aquel que San Agustín expresa tan bien en una célebre fórmula: *Ubi amatur, non laboratur, aut si laboratur, labor ipse amatur. Cuando se ama, no se fatiga, o si se fatiga, la misma fatiga se ama.* Porque el amor ama dar, y dar lo que no le cuesta nada le parecerá insuficiente. Pero cuando algo cuesta y esto es todo, cuando la pena no es más que la pena, cuando la renuncia no es más que la renuncia, deberemos plantearnos interrogantes.

La paz: La paz en profundidad, a pesar del trastorno de la superficie. Primer premio *ex aequo* junto con el gozo.

El sentido: Raíz de los dos precedentes. ¿Por qué, mientras amamos, podemos amar el sufrimiento vivido? Porque tiene un sentido. Renunciar a un partido de fútbol porque uno se quedó sin combustible en el vehículo por falta de previsión, es difícil de sobrellevar porque carece de sentido⁵³. Renunciar a un partido de

⁵³ Salvo si se sabe ver el hecho a la luz de la Providencia: *Señor, ¿qué estás queriendo decirme?*

fútbol porque su mujer está cansada y porque usted no quiere dejarla sola en la casa en tanto que ella claramente desearía su presencia, no quita el precio de la renuncia, pero este precio pagado tiene un sentido, el gozo de decir a su esposa que su amor es real y concreto.

Insistimos: la renuncia encuentra su sentido en el amor que la precede.

¿Se han dado cuenta? Esto de lo cual estamos hablando no es otra cosa que los primeros frutos del Espíritu Santo, según San Pablo: *Por el contrario, el fruto del Espíritu es: amor, alegría y paz, magnanimidad, afabilidad, bondad y confianza, mansedumbre y temperancia (Gal 5,22).*

Encontramos estos mismos signos en la célebre descripción de la acedia del *Tratado práctico* de Evagro: *El demonio de la acedia, que también llamamos “demonio del mediodía”, es el más pesado de todos...* Después de la pintoresca descripción que conocemos, Evagro termina:

Después de esta lucha, el alma se encuentra en paz y en un gozo inefable, pues ningún otro demonio viene de nuevo a tomar el control.

No se pide, por tanto, encontrar el gozo y la paz en el fuerte del combate. Pero cuando en la vida no hay más gozo, ni paz, ni sentido, se está delante de una grave enfermedad y decir: *bravo, esto es maravilloso, te estás purificando*, significa no asistir a nadie en peligro. ¿Noche o depresión? Los síntomas exteriores pueden parecer muy similares, pero san Pablo viene en una vez más en ayuda nuestra. *Paciencia, bondad, benevolencia, fidelidad, dulzura [o humildad]...* Cuando vemos al alma en la noche que derrama la luz entorno a ella,

cuando la vemos cumplir fielmente, y tal vez heroicamente, aquello que le demanda el amor, sin sentir ningún gozo, sabemos que el Espíritu Santo la conduce y la sostiene.

Si por el contrario, no encontramos en ella más que laxitud y hastío pero sin fruto, se ha entrado en el dominio de la acedia o de la depresión. La acedia durante largo tiempo fue uno de los pecados capitales, remplazado luego (podemos lamentarlo) por la pereza que no es más que una forma.

Tenemos aquí una definición encontrada en Wikipedia: *La acedia es un mal del alma que se expresa por el aburrimiento, el desgano por la oración, la penitencia, la lectura espiritual. La acedia puede ser una prueba pasajera, pero también puede ser un estado del alma que llega a ser una verdadera torpeza espiritual y la repliega sobre sí misma. Es entonces una enfermedad espiritual.*

Notar que el Catecismo de la Iglesia Católica ha retomado el término. Termina su lista de pecados capitales por: *la pereza o la acedia* (1866). Más adelante el término será precisado: *la acedia o la pereza espiritual* (2094). Finalmente se remarcará que en el n° 2733 (retomado de modo resumido en el n° 2755) la acedia es definida como *una forma de depresión*. Diremos nosotros una depresión espiritual. En este grado, se trata de una enfermedad grave que eventualmente puede ser la consecuencia de un relajamiento progresivo, pero en el caso que nos ocupa, puede también tratarse de una verdadera depresión en el sentido de los psicólogos, que viene de haber atrincherado todas las fuerzas vivas del alma y que puede llegar hasta el disgusto de la vida.

4. Double bind – la doble restricción

En el archipiélago de Goulag, Soljenitsyne escribe en alguna parte⁵⁴ que el hombre es un ser de esperanza. Constata cómo los prisioneros llegan a superar las situaciones más locas porque siempre piensan: Pronto será mejor. Indefinidamente la experiencia comprueba lo contrario y sin embargo esta esperanza permanece. Cuando ya no hay más esperanza, cuando acabamos todas las ideas que podemos imaginarnos, o parece que llegan a un callejón sin salida, ¿Para qué seguir luchando todavía?

¿Cómo se puede producir una situación tal en el marco de la vida espiritual? Las causas son demasiado numerosas para que sea posible una respuesta exhaustiva, pero para ayudar al discernimiento podemos evocar, al menos, un mecanismo clásico.

¿Por qué santa Juana de Chantal se siente acorralada cuando aparece Francisco de Sales en su vida? Porque, cualquier cosa que haga, le parecerá a ella que se equivoca. Si ella permanece bajo la dirección del religioso que la tiene, se da cuenta de que no está en el camino que Dios quiere para ella. Si ella lo abandona, se cree fuera de la voluntad de Dios a causa del voto que la liga⁵⁵.

En nuestros días, hay pocas probabilidades de encontrar un planteamiento tan directo con votos puestos desde el principio en el mundo laico, pero en la vida religiosa, el voto de obediencia ya ha sido

⁵⁴ En el primer tomo.

⁵⁵ En efecto, este voto que no es otra cosa que un abuso de poder, no la liga de ningún modo, pero en ese momento ella no lo sabía y no tenía ningún medio para saberlo puesto que el que la ha atado y que le ha pedido ser su única guía le afirma lo contrario.

profesado. Por poco que los límites que han sido indicados no sean respetados, uno se puede encontrar progresivamente en una situación semejante.

Tomamos una imagen para hacer comprender mejor el proceso que se va a describir. Un planeador no puede volar solo, necesita un avión que lo haga despegar. El planeador, por tanto, puede hacer un reconocimiento al avión que le permite tomar su vuelo. Pero si después de haber alcanzado la altura requerida el avión se dice a sí mismo que él verdaderamente le ha brindado un gran servicio al planeador y que absolutamente hace falta que continúe dándoselo, refutando el dejarlo, la situación deviene absurda. El servicio que el avión debía brindar al planeador era la de permitirle experimentar la libertad del vuelo y he aquí que el planeador se encuentra literalmente capturado.

Cuando se trata de la dirección espiritual, en una primera fase, muy bella, la persona dirigida descubre su vida interior. La apertura del corazón muestra sus frutos y ofrece nuevas perspectivas. Ella descubre cuánto es de hermoso dejarse conducir a Dios, de escucharlo a través de la palabra de otro (otra). Esto puede prolongarse algunos meses, a menudo años. Los progresos de la vida espiritual son reales, los frutos tangibles. Hasta el día en que algo comienza a crujir. Durante sus primeros años, por la misma razón de su inexperiencia, el joven religioso se cuela fácilmente en el pensamiento y en la espiritualidad de aquel que lo dirige. Pero, mientras su propia personalidad espiritual comienza a emerger, mientras el Señor comienza a hablarle más directamente y que el rol normal del director se va haciendo menos el

de un guía para dejar lugar al de aquel que confirma, que invita a ir adelante, que se esconde, todo marchará bien si el director comprende este cambio y sabe, de algún modo, pasar la posta al Espíritu Santo, el único y verdadero Maestro interior. En pocas palabras, toda marcha bien si el avión, llegado el momento acepta dejar al planeador⁵⁶.

Pero si el avión busca guardar su rol, si el director no quiere dejar a esta alma alcanzar su madurez por miedo a que se le escape, tiene a disposición todos los elementos para tenerla en su poder. A esta alma que le pide poder seguir al Maestro interior allí donde la guía, le será fácil alegar que ella es movida por su propia voluntad y que si quiere salir de la transparencia y de la obediencia absoluta que ella le ha dedicado hasta este momento, es porque el Adversario está haciéndola salir de la dulce vía del abandono total del cual Jesús nos dio ejemplo.

Y he aquí, dicho de modo más sutil, la misma trampa en la cual cayó Juana de Chantal. De la misma manera, el alma está atrapada en las redes del director y ya no puede salir. Si ella obedece al director, debe renegar de sí misma, debe renegar del maestro interior que ha comenzado a conducirla y no puede escapar de un sentimiento de injusticia y de inquietud. Si ella decide seguir al maestro interior, experimenta un sentimiento de culpabilidad y de escrúpulo por haberse alejado de la obediencia y de la transparencia. Se encuentra por

⁵⁶ Esta imagen, como toda imagen, es imperfecta. No pretendemos que todo acompañamiento espiritual sea haga inútil. Queremos solamente remarcar que hay un cambio que no es de otro modo tan fundamental que esto: desde el comienzo el padre espiritual está a la escucha del Espíritu Santo que habla en la vida de aquel/aquella que él acompaña.

tanto de cara a una elección imposible, pues cualquiera sea la solución que elija, en ambos casos las consecuencias son desastrosas.

Puede originarse, entonces, un infierno. La aspiración profunda de su alma le será presentada como una tentación del Adversario que la quiere hacer salir de la hermosa sumisión que la llevará a la santidad. Va a encontrarse por tanto en una lucha perpetua contra aquello que hay de más profundo en ella, pero que se lo han presentado como venido del Maligno. Al mismo tiempo, deberá luchar perpetuamente contra una tendencia irreprímible a retomar su libertad puesto que confusamente se da cuenta, aunque sin poder explicarlo claramente, de que la están reduciendo a la esclavitud. Deberá sufrir también el sentimiento de culpabilidad, ya que, como Juana de Chantal, pensará que le está faltando a Dios al retomar su libertad.

Los psicólogos le han puesto un nombre a esta situación: *double bind*, doble restricción. Un ejemplo corriente e inmensamente triste es el niño de padres divorciados que cada quiere que su hijo se apegue más a sí en contra del otro. Si ha conservado su amor por ambos progenitores, cualquiera sea su elección, se sentirá como un traidor con respecto al otro⁵⁷.

En el caso que nos concierne, la trampa está en presentar la sumisión al director como la única vía hacia Dios y hacia la santidad, como el elemento necesario y suficiente, aquel del cual no se puede y no se debe salir a ningún precio. Algunos/as se encontrarán bien en tal situación, así como las devotas que llevaron a Juana de Chantal al religioso del cual ya hemos hablado. Pero para el alma llamada a

⁵⁷ Este malestar se llama también un “conflicto de fidelidad.”

gozarse en Dios, le es imposible satisfacerse con un lazo que ya no la respeta. La única posibilidad para salir de una trampa tal será poder dirigirse a una persona exterior a la comunidad y que pueda brindar una opinión objetiva⁵⁸. Pero, ¿qué sucede si esta posibilidad es rechazada por la comunidad aludiendo que las personas del exterior no pueden comprender su carisma?

No queda, entonces, recurso alguno. La soledad profunda, la tensión psíquica, el sentimiento de estar encerrado en una trampa que nos presiona sin poder sujetarla, corre el riesgo de precipitar al alma en la depresión. ¿Dónde está Dios que de este modo parece contradecirse al llamar desde el fondo del corazón y bloquear al mismo tiempo el camino por la obediencia? ¿Quién es este Dios que pide renunciar a uno mismo y a todas las aspiraciones profundas que habrían conducido a Él? Cuando el sentimiento de injusticia engendra la culpabilidad y cuando la culpabilidad (lo que se siente obscuramente como injusto) nutre el sentimiento de injusticia, el círculo se cierra y quita al alma todo el gozo y toda la luz que había conocido a los comienzos.

Si el director interpreta todo esto como una prueba divina, como una purificación, invitando al alma a la sumisión y dándole el ejemplo de Jesús en Getsemaní, el tormento no hará más que acrecentarse, dado que por algún lado siente que no es Dios quien la atormenta, sino más bien los lazos que su director mantiene estrechamente cerrados sobre ella, en lugar de dejarla tomar su propio

⁵⁸ En efecto es necesario un discernimiento, porque no se dice, evidentemente, que de parte del dirigido sea todo puro: nuestro psiquismo es muy complejo.

vuelo, pero un terrible escrúpulo le impide que este pensamiento suba claramente a su espíritu pues ella creará luchar contra Dios el cual, como le han dicho, es la fuente de sus tinieblas. En tales circunstancias, se puede instalar el pensamiento de la muerte como única salida posible.

5. Espiritualidad de la sustitución

No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí. Esta fórmula, una de las más célebres de San Pablo, ha orientado toda la espiritualidad cristiana y no se sabrá exagerar la importancia. Conviene, sin embargo, comprenderla bien y no hacerle decir: *No vales nada, hace falta que te suprimas totalmente para que algún otro tome tu lugar*⁵⁹. Un enfoque tal es destructivo en el plan psicológico porque una sana estima de sí mismo es indispensable para una vida normal. Representa también un profundo error pedagógico, pues para tender a un ideal elevado, hace falta creer que se es capaz. Esta idea deberá ser purificada tomando consciencia que todo es la obra de la gracia, pero esto no reduce en nada la gran estima de Dios por su creatura. La Virgen maría se dirigió a Bernardita como una princesa: *¿Quiere usted concederme la gracia de venir aquí durante quince días?* Bernardita quedó perpleja por ello. Nunca nadie le había hablado así, era la primera vez que se le decía *usted*.

⁵⁹ Que una interpretación tal sea posible resulta de la experiencia de Lutero. Para él, el hombre está total y definitivamente corrompido. La justificación entonces no se puede hacer sino desde el exterior, mientras que, por la fe, nosotros somos revestidos de los méritos de Cristo que vienen a esconder nuestra corrupción que permanece. Presentada de modo simple, la idea de sustitución transmite la misma idea, el mismo rechazo de creer que nosotros podemos ser purificados, transformados.

Por el bautismo, la Trinidad misma viene a habitar en nosotros, haciendo de todo nuestro ser un templo de su gloria, haciendo de nosotros hijos de Dios. No cabe duda de que este templo necesita ser limpiado de los bueyes, las aves y los cambistas que es lo que lo obstruye, pero no se trata para nada de vaciarnos de nosotros mismos sino muy por el contrario de vaciarnos de todo aquello que no es parte de nosotros, con la condición de entender bien lo que entendemos aquí por nosotros: nosotros en tanto somos imagen de Dios, salidos de las manos del Creador, nosotros con todos los dones, naturales y sobrenaturales, que nos ha dado. Quiere habitar en nosotros y no tomar nuestro lugar. Él quiere hacer a este templo digno de su gloria. *"¿No sabéis que sois santuario de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el santuario de Dios, Dios le destruirá a él; porque el santuario de Dios es sagrado, y vosotros sois ese santuario"* (1Cor 3,16-17).

Cuando se comienza a tocar la estima propia, los daños llegan a ser graves no solamente en el plano psicológico, sino también en el plano espiritual: destruir la propia estima significa destruir la posibilidad misma de entrar en relación con Dios.

Si todas mis cualidades son negadas por miedo a que yo me enorgullezca, si se me enseña a considerar como terrestre (en un sentido negativo) todo aquello que hago, todo aquello que viene de mí, todo aquello que soy, envueltos en la idea de que todo lo natural debe ser reemplazado por lo sobrenatural, ¿cómo podré tener todavía la idea de que Dios pueda amarme? No soy yo lo que Dios ama, sino lo que Él debería meter en mi lugar, es decir Él. Y yo, ¿qué soy en todo esto?

Nada más que un intruso que hace falta desalojar. ¿Puedo aún ver en Él a un Padre?

Vale la pena remarcar aquí cómo, mientras se tocan las realidades fundamentales de la vida espiritual, un error que podría parecer irrelevante tiene consecuencias graves. Sabemos que existe la mística del intercambio del corazón, como por ejemplo en la vida de Santa Catalina de Siena. Un día en que ella le ofreció su corazón a Cristo, se le apareció y tomó su corazón. Durante muchos días ella tuvo la impresión de no tener más el corazón. Más tarde el Señor se le apareció de nuevo teniendo en la mano un corazón humano rojo resplandeciendo, le abre el pecho, se lo introduce y le dice: “Mi muy querida hija, del mismo modo que un día yo recibí el corazón que me ofreciste, he aquí que ahora Yo te doy el mío, que desde entonces, tomará el lugar que ocupaba el tuyo.”

Pero no se puede transformar una gracia mística en un método. Se puede partir de esta gracia puramente gratuita y fruto de un largo camino espiritual, para decir a los principiantes: *Cuando ya no tengas más el corazón, ni nada de ti, entonces Jesús (o María) te dará su corazón.* Sería ridículo interpretar materialmente las visiones de Santa Catalina, porque si no habría que concluir que el corazón de Jesús es ahora el de Santa Catalina y que debe ser cambiada la fiesta del Sagrado Corazón. Jesús dando su Corazón no lo pierde, es por eso que lo puede donar indefinidamente. Igualmente cuando le damos nuestro corazón Él no lo extrae, sino que lo recibe y lo transfigura.

Tal es probablemente la palabra clave que marca la diferencia: *no substitución sino transfiguración.* Las visiones de Santa Catalina

expresan que su corazón ha sido sumergido de tal modo en el de Cristo, que Él lo ha llenado de su propio amor y transfigurado. Pero no deja de ser el propio corazón de ella, Catalina Benincasa, que late dentro de su pecho, aunque ahora viviendo de la vida y del amor de su Amadísimo. *No soy yo quien vive, es Cristo que vive en mí.*

6. La imagen de Dios desfigurada

En las cartas de todos aquellos o aquellas que han logrado salir abandonando el Instituto en el cual se encontraban oprimidos, se encuentra regularmente una expresión que hace mal: *Yo no sé rezar más, no puedo rezar más.* La relación con Dios está rota. A veces totalmente, en aquellos que llegan hasta perder la fe, muy a menudo de una manera dolorosa: el deseo de Dios está siempre allí, pero su imagen ha sido tan desfigurada que la relación ya no es posible. Qué tristeza... un joven, una joven que había escuchado el llamado del amor de Dios, que había querido dar su vida en todo con el impulso de su juventud y que cae pesadamente, las alas quebradas porque se las ha conducido sin sabiduría sobre caminos arriesgados. Es esta tristeza punzante que ha puesto en marcha este texto, como un intento de alertar tanto a los responsables cuanto a las víctimas: ¡no quitemos a Dios las almas que quieren donarse a Él! Un día tendremos que rendir cuentas.

Tendremos que rendir cuentas de la imagen de Dios que hemos transmitido. Cuán doloroso se hace leer: *Para mí, Dios se había convertido: "El ojo estaba en la tumba y miraba a Caín."*⁶⁰

⁶⁰ N.T: frase tomada de *La Conciencia*, poesía de Víctor Hugo.

Se juzga el árbol por sus frutos. Un Instituto debería ser capaz de escuchar a aquellos y aquellas que lo abandonan con su impulso roto y preguntarse: ¿Por qué? ¿Es posible permanecer indiferente delante de una constatación como la de Camila, anteriormente citada: *“TODAS las hermanas que he escuchado después de su salida (salvo una) han tenido deseos suicidas mientras se encontraban en el monasterio”*?

¿Por qué? ¿Por qué se ha estropeado la imagen de Dios dentro de los jóvenes que habían venido a encontrarla? Para responder, sería necesario transformar este subtítulo en un capítulo aparte, pero este capítulo todavía no está elaborado. La respuesta en pocas palabras está en la imagen de la paternidad (y de la maternidad) que los superiores y la comunidad habrá dado, a través del gobierno, a través de la espiritualidad enseñada (ver más arriba: el ojo)...

Por el momento me contentaré con señalar un punto que retorna de manera recurrente y que me ha llevado mucho tiempo en creerlo: las mentiras. Generalmente lo que ha provocado la salida fue el descubrimiento de que muchas cosas eran mentira. El impacto de este descubrimiento no es solamente la indignación, toca el alma e introduce la duda en la relación con Dios. ¿Puedo aún tener confianza en Dios si quienes dicen representarlo no dudan en mentir? Lo hemos dicho al comienzo de esta obra: en la relación personal, la mentira destruye la confianza, y por tanto la amistad y el amor.

Al momento de finalizar este capítulo, me pregunto: ¿Acaso una comunidad en la cual el sentido de la verdad haya permanecido entero puede ser víctima de una deriva sectaria? Me parece que no. No hablo, si se comprende bien, de la afirmación de verdades dogmáticas,

sino más bien hablo de la verdad concreta que es capaz de llamar problema a un problema. Pero, como dice el proverbio, *cuando no se vive como se piensa, se termina pensando como se vive*. En tanto que un problema sea reconocido como tal, no hay inquietud alguna. Pero si el problema no reconocido es justificado y erigido en *sistema*, la desviación está al acecho.

Para decir las cosas de otro modo. Un muy buen signo de salud en una comunidad es la capacidad de reconocer lo siguiente diciendo: *Aquí tenemos un problema*, con la condición de que esta constatación sea seguida de efectos, es decir, de la búsqueda de causas y soluciones.

Para todo religioso, pero especialmente para nosotros, superiores, una regla de oro debería ser la de **no mentir jamás**, bajo ningún pretexto, sobretodo bajo el pretexto de la caridad. Las consecuencias terminan siendo **siempre** negativas. Esto parece evidente, pero la experiencia comprueba que no siempre es así.

Un tal testimonio no escapará a los religiosos que podrán concluir, tal vez si pensar: si un hombre puede ser así digno de confianza, con cuánta mayor razón Dios mismo.

3ra. parte: Soy negra pero bella

¿Acaso vamos a concluir que los riesgos de la vida religiosa son decididamente demasiado importantes y que sería imprudente comprometerse? ¡Lejos de esto! No es este el propósito de todas estas páginas. Quienes las han escrito, han recibido mucho en ella para no saber que la vocación religiosa es un gran don. Pero si no se debe diabolizar, conviene no idealizar. La masa humana es aquí, pesada, espesa y poco maleable, y el Señor conoce algo de ello, pero como dice el Cantar de los cantares, *Soy negra pero bella, hijas de Jerusalén*⁶¹.

Nuestra intención no es la de marchitar la vida religiosa sino la de contribuir a corregir una ingenuidad que puede revelarse dañina. Los riesgos existen, como para todo camino de montaña, y sólo el conocimiento de estos riesgos permitirá tomar las precauciones necesarias. De no ser así llegan los dramas. La foto de la tapa habla de nuestra tristeza ante estos estropeados impulsos hacia el cielo para siempre, porque ha faltado algo de la sabiduría y los superiores se han dejado doblegar por la vanidad, el poder, la apariencia, o simplemente por ignorancia, mala formación o mala comprensión de algunos principios de base. Es en nombre de estos árboles, tumbados por las tempestades que no deberían haber conocido, que nos hemos puesto a escribir, para contribuir para que esto no suceda de nuevo, para que ellos sean capaces de comprender lo que les ha sucedido, para que los superiores sepan guardarse de sus errores. Contribución modesta, sacada de la sabiduría de la tradición monástica, que exigiría todavía algunos complementos.

⁶¹ Cant 1,5.

En particular debería agregarse un desarrollo sobre la consciencia y las reflexiones sobre la vida espiritual no son completas.

Hemos hablado mucho de enfermedades. ¿No haría falta, antes de concluir, hablar un poco de la salud? Es mucho más difícil de definir, o incluso imposible, a causa de su riqueza multiforme. Las líneas que siguen deben ser leídas como una evocación y no una descripción completa. Querrían ser un testimonio de que, para quien es llamado, el amor de Dios es tan profundo que merece verdaderamente que se le entregue la propia vida. Querrían ser testimonio de todas las comunidades que, sin estrépito, viven un camino hacia Dios cuya discreta belleza merece ser al menos nombrada, en la alegría y en la paz, en medio de nuestra pesantez y las dificultades de lo cotidiano⁶².

⁶² Pensamos en el humor de San Marcos 10,30 que promete el céntuplo “con persecuciones.”

Capítulo 12: Algunos signos de salud

Perfectamente tenemos consciencia de que los signos de salud que hemos recordado más arriba pueden ser simulados, tal como sucede con la salud física. El examen infalible no existe. Pero del conjunto se desprende algo que da una indicación preciosa.

1. Feliz

“Yo soy feliz.” ¿Qué superior no se alegrará al escuchar a uno de sus monjes decirle estas tres palabras? Representan uno de los mejores signos de salud espiritual, con la condición, por supuesto, que sean verdaderos y no sea una simple fórmula, lo cual se percibe fácilmente.

Con la condición también de que la fuente de esa felicidad esté bien enraizada en la vocación. El viejo muchacho gruñón que es feliz porque ha encontrado el medio de hacer su covacha sin que nadie lo moleste, es evidentemente otra cosa... Pero el monje feliz en su vocación y que lo muestra siendo fiel... ¡qué felicidad, sobre todo si esta felicidad se irradia!

Evidentemente estas tres palabras tendrán mayor peso en la boca de un monje anciano que en la de un novicio recientemente llegado. Por tanto el formador que las escucha al final de la formación puede decirse a sí mismo: *Misión cumplida*.

La moral de Santo Tomás no es una moral del deber sino una moral de la felicidad. ¿Qué habrá de más normal que ver derramarse esta felicidad en una vida consagrada?

2. Los frutos del Espíritu

Más ampliamente, parece natural que los frutos del Espíritu que san Pablo enumera en la carta a los Gálatas sean los mejores signos de la salud de una comunidad y de sus miembros. *Amor, gozo, paz, paciencia, bondad, benevolencia, fidelidad, dulzura y dominio de sí.*⁶³

El gozo y la paz a menudo irán de la mano con la afirmación: *Yo soy feliz*. Siempre que el perfume de dichos frutos sea sensible en una comunidad, es muy probable que ella esté sobre el buen camino.

Amor y paciencia: indicar que el amor es más fácil de simular que la paciencia. El amor paciente, con su dimensión de respeto hacia unos y otros, representa entonces un muy buen signo.

Bondad, benevolencia, dulzura: he aquí aún signos tangibles de la acción de Dios. Estos signos son más personales que comunitarios, pues una persona que sufre de un entorno malsano podrá ofrecer pruebas de tesoros de bondad, como el padre Kolbe en un campo de concentración. Pero la bondad de los superiores sigue siendo una excelente garantía de la calidad de la vida comunitaria. Igualmente la dulzura, ¿no hizo de ella Jesús una bienaventuranza?

Esto no es suficiente, pues la dulzura, por ejemplo, debe aliarse a la rectitud. Aún queda una pareja inseparable.

3. Humildad y verdad

En lo que concierne a la cabeza, dos grandes cualidades que van de la mano merecen una mención especial. Hemos visto más arriba los

⁶³ Gal 5,22

estragos que puede hacer la mentira. El sentido de la verdad es para todos, pero especialmente para los superiores, una cualidad sin par, que sólo puede apenas florecer sobre el cálido terreno de la humildad. La capacidad de todos, pero especialmente de los superiores, de decir: “Sí, nos hemos equivocado, aquí estamos en el error”, y de poner los medios para salir del mismo, representa un excelente signo de salud.

El último punto merece ser subrayado pues el error no es verdaderamente reconocido hasta que no se decida eficazmente salir de él. En tanto que no se llega a ello, no hay más que una verdad que está sobre la punta de los labios, pero que no ha tocado el corazón.

La verdad de la cual tratamos aquí, no es una verdad dogmática, sino aquella de la vida de todos los días, que la sabiduría popular ha resumido en una fórmula de impacto:

Llamar al gato, gato.

Lo que quiere decir que si una hermana ha decidido abandonar la comunidad, se explique a la comunidad que la hermana ha decidido abandonar la comunidad. Punto. Esto no es tan complicado y la comunidad tiene que tener la madurez para aceptar esto sin decaerse, sino es ella la que está verdaderamente enferma.

4. Fervor y libertad

Una comunidad ferviente atrae. ¿No deseamos todos nosotros llegar a ser fervientes? El fervor solo, sin embargo, no es todavía un signo de santidad. Llega a serlo si está asociado a una verdadera libertad interior. Fuera de la liturgia, más reglamentada, la oración es libertad del alma. Acordémonos del planeador, libre de todo, llevado por el

viento, sin esfuerzo, pero no sin arte. Libertad de elegir su camino interior y por tanto su guía, al menos después de los años de formación que normalmente están más encuadrados. El formador debe educar en la libertad. Que recuerde que un día tendrá que soltar el planeador.

En cuanto al padre espiritual, una de sus tareas consiste en liberar al alma de los lazos que la retienen, para que el fervor de su amor para con Dios pueda ser liberado, bajo la forma que le es personal, no parecida a ninguna otra.

Aquel o aquella que es acompañado, debe sentirse respetado en el camino espiritual que lo atrae, en su persona y en su secreto.

5. Libertad de palabra

En el marco de la regla propia de la comunidad, que no es la misma para un trapense, un cartujo, o un miembro de una comunidad apostólica, existen intercambios que son posibles entre los hermanos y las hermanas, lo cual ha sido mencionado en el capítulo 2: las relaciones horizontales. Esta libertad manifiesta la confianza que reina dentro de una familia, cualquiera sea. La regla normalmente precisa dónde y cuándo esto es posible, porque hay también una regla de silencio. Pero en cuanto al contenido de los intercambios la libertad es la regla, salvo algunas reglas generales que podrán invitar a ser reservadas sobre ciertos temas como la política. Algunos preferirán los temas espirituales, otros, más reservados sobre la vida interior, no lo soportarán demasiado. ¡Es clásico en la recreación el conflicto de preferencias! No importa qué comunidad lo conozca. Esto da a cada uno la ocasión de adaptarse a los otros y también de renunciar un poco

a sí mismo. En todo caso los monjes tienen ocasiones para hablar entre ellos, no solamente con los superiores.

Con relación a la familia, las reglas de buen sentido invitarán a la discreción sobre tal o tal punto, sin más. Es bueno poder hablar con los nuestros sobre aquello que vivimos realmente, personal o comunitariamente. No conozco casos dónde esto haya generado un problema.

¿Los libros? La tradición espiritual de la Iglesia es tan rica que conviene con toda naturalidad dar amplio acceso a ella. Para los libros profanos, si hay restricciones, tendrá que estar precisado en la regla en función del carisma y de la espiritualidad del Instituto.

Debería acaecer lo mismo para las demás eventuales restricciones, es decir aquello que es incompatible con la vocación, pues se debe remarcar que las restricciones malsanas, aquellas que son impuesta por motivos turbios, se sitúan generalmente fuera de la regla.⁶⁴

6. Confianza

¿En qué cosa podemos reconocer que un gobierno es sano?

Seguramente ustedes han notado un elemento que sobresale con una insistencia inquietante de las dos primeras partes de este libro: la tendencia controlar todo. ¿Cuál será la actitud positiva

⁶⁴ Un ejemplo típico: la relación con la familia. La regla dice que se puede ver a la familia tantos días por año. Esta es una restricción pública, sana y justificada. “Con tu familia no debes hablar de esto, de esto y ni siquiera de esto otro.” Esta restricción sobre agregada con mayor o menor secreto, tiene buenas chances de ser malsana.

correspondiente? Diversas respuestas serán posibles, nosotros retendremos la confianza.

Dando confianza, se deja una sana libertad y por consiguiente se pierde una parte del control. La confianza hace crecer, ayuda a la persona a encontrar una sana autonomía, lo que da miedo a aquel que quiere conservar el control de todo, pero da gozo al verdadero padre.

Una iniciativa, incluso mala, vale más que la pasividad, dice en alguna parte Baden Powell⁶⁵. De parte del superior, esto querrá decir: dar ánimo y apoyar la iniciativa. Regular también, pues no se trata de dejar hacer cualquier cosa, sino de vivir una verdadera confianza que deja a la persona responsable de su dominio. Esto todavía es indicativo del principio de subsidiariedad.

Una atmósfera de confianza dentro de una comunidad, en los dos sentidos, de los religiosos hacia sus superiores, pero sobre todo de los superiores hacia sus religiosos⁶⁶: he aquí todavía un buen signo de salud, uno de esos que difícilmente podrá engañar.

La confianza recibida puede transformar a un hombre. En *La cruz y el puñal*, D. Wilkerson nos da un claro ejemplo de ello.⁶⁷ Un incendio en una prisión había dejado diversas víctimas de quemaduras. Urgentemente se necesitaban transfusiones de sangre. Los primeros auxilios llegados sobre el lugar no tenían suficiente sangre y tuvieron que ir a buscar a un hospital cercano. El director de la prisión avisa a un detenido, le da las llaves para salir y le pide que vaya a buscar sangre

⁶⁵ Hace mucho tiempo que leí esto como para acordarme la fuente exacta.

⁶⁶ La primera sin la segunda es sospechosa.

⁶⁷ Citado de memoria, los detalles no son rigurosos.

y traerla de urgencia. El detenido toma las llaves, completamente decidido a aprovechar la ocasión y tan pronto deja detrás la puerta, se escabulle en una calle transversal para huir rápidamente. Luego se detiene súbitamente: “Es la primera vez de mi vida que se me ha dado confianza, no voy a desperdiciar esta ocasión.” Fue a buscar la sangre y la llevó a la prisión.

7. La pareja libertad / autoridad

Jean Ousset ha escrito un libro intitulado: *La pareja libertad-autoridad*. Puede servir para una reflexión de base sobre las estrechas relaciones que mantienen estas dos dimensiones de la vida social cuya buena articulación es un signo importante de la salud de un gobierno. En ausencia de autoridad no hay libertad, pues se impone la ley del más fuerte. En ausencia de libertad, la autoridad pierde su esencia pues ella no está más al servicio del bien común. El tema es demasiado vasto como para ser tratado aquí, sin embargo esta pareja merecía ser nombrada.

Una sana autoridad anima, suscita y forma una verdadera libertad. Prepara personas que por sí solas se tienen en pie, que son capaces de pensar y de juzgar por sí mismas.

8. La compasión y la caridad activa

*El justo conoce las necesidades de su ganado, pero las entrañas del malvado son crueles*⁶⁸. Estas palabras de los Proverbios dicen mucho al respecto. Si los superiores conocen las dificultades, los sufrimientos, las necesidades de sus religiosos, si son atentos en poner remedio en la

⁶⁸ Pr 12,10.

medida de sus posibilidades, una verdadera caridad reina en la casa. Normalmente debería brillar sobre los religiosos mismos, en los cuales, al menos en la mayoría de ellos, deberíamos encontrar las mismas cualidades.

9. La verdad, la verdad, y todavía la verdad

Creo que es posible afirmar que en **todas** las situaciones de desvíos, se asiste a una pérdida más o menos grande del sentido de la verdad. Esto puede ir de la mano con una gran afirmación de fidelidad a las verdades dogmáticas; el asunto no es este. Pero la verdad de todos los días, aquella que hace que uno se pueda fiar de la palabra dada porque se sabe que es verdadera; aquella que hace que se tenga el coraje de decir que se ha hecho una estupidez cuando se ha cometido un error; y también de decir que se ha tenido éxito cuando se ha tenido éxito –la falsa humildad no es de la verdad- esta verdad, hecha de las pequeñas verdades de todos los días, crea el terreno donde podrá germinar la confianza, donde podrán por tanto germinar verdaderas relaciones entre los monjes, cualesquiera sean sus responsabilidades o la humildad de sus tareas. Esta confianza en concreto vale oro. Crea una unidad entre todos, una unidad sólida fundada sobre la roca, la roca de la palabra dada que es sólida porque es verdadera.

1. El amor fraterno

¿Por qué colocar al final lo que debería haber sido puesto en primer lugar? Porque *No todo el que me diga: "Señor, Señor", entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre que*

*está en los cielos.*⁶⁹ Se puede hablar sin interrupción de libertad, de caridad y de amor fraterno mientras que la realidad concreta esconde alguna otra cosa. El amor fraterno se verifica sobre el terreno y todo aquello que ha sido dicho hasta el momento puede ser considerado en buena parte como pruebas concretas de una práctica vivida del amor fraterno.

Nosotros no hemos dicho todo, lejos de eso, pero vuestra experiencia deberá permitirnos de completar lo que falta.

⁶⁹ Mt 7,21.

Conclusión

Queridos hermanos y hermanas que, como yo, lleváis la pesada carga de una comunidad, acordémonos de la responsabilidad enorme que está puesta sobre nuestras espaldas cuando la Iglesia dice que *los superiores tienen el lugar de Dios*. Ella lo hace en un marco preciso, ya lo hemos explicado⁷⁰, pero nuestros hermanos y nuestras hermanas no entrarán nunca en estas sutilezas. Queramos o no, nosotros representamos para muchos de ellos un aspecto de Dios que los puede atraer hacia Él, o por el contrario repelerlos. A algunos hasta se les representará Dios con características que tendrán algo de las nuestras, tal como un niño que recibe de su padre una imagen de la paternidad que aplica espontáneamente a Dios.

Esta es la lección dolorosa que he sacado de los contactos con aquellos y aquellas que han perdido su relación a Dios en la vida religiosa: lo que ellos han visto en sus superiores los ha alejado de Cristo. No todos han sido quebrados en la base, como el árbol de la tapa de este libro, pero si entre nuestros religiosos algunas ramas están rotas por nuestra causa, ¡qué responsabilidad delante de Dios! El espíritu de doblez, la mentira, la manipulación, el control⁷¹ a fortiori, lastiman terriblemente a las almas y pueden devastarlas completamente.

Felizmente, lo inverso también es verdadero. La franqueza, la rectitud, la confianza y sobretodo el amor verdadero, delicado,

⁷⁰ Cfr. Cap. 7.

⁷¹ El control (dominio) ha sido apenas mencionado en este libro, el cual no podía decir todo. El tema es delicado y no puede ser tratado sin suficiente competencia. El anexo 3 ha sido agregado, en parte, para remediar esta laguna.

respetuoso podrán ayudar a revelar a uno u otro hermano un aspecto de Dios que no conocía. Si somos inhabitados por Él, si vivimos en su presencia, si testimoniamos su amor, si testimoniamos su verdad teniendo siempre palabras verdaderas, algo de esta luz que no viene de nosotros, puede pasar a ellos, ¿no está aquí lo más bello de nuestra paternidad?

El oficio del prior exige una abnegación poco común: se aplicará a sí mismo las palabras de Guigues⁷²: Dios te ha establecido servidor de tus hijos. No busques por tanto que ellos hagan lo que te agrada, sino lo que es su bien. Tu deber estar pronto a sus necesidades y no doblegarlos a tu querer, pues ellos te han sido confiados para colocarte, no por encima de ellos, sino a su servicio⁷³.

Gran Cartuja

Miércoles Santo 2017

Dom Dysmas de LASSUS

Prior General de la Cartuja

⁷² Quincuagésimo Prior de la Gran Cartuja, que ha escrito la primera regla llamada: *Costumbres*.

⁷³ Estatutos de la Orden de las Cartujas, 23.25, Citando las Meditaciones de Guigues, nº 346.

Anexo 1

Juana de Chantal y su primer director

“Algunos meses después de mi viudez, quiso Dios que mi espíritu fuese agitado por diversas tribulaciones y fuertes tentaciones que, si su Bondad no se hubiese apiadado de mí, yo hubiera perecido en el furor de esta tempestad que no me dio descanso y me secó el alma a tal punto que no me reconocía.”

Según nuestra opinión, este conflicto entre los encantos divinos y la “tormenta” de tentaciones marca el inicio de la prueba que caracterizará la vida mística de Juana de Chantal. Por el momento, ella sufre en las profundas tinieblas interiores, y aspira encontrar un guía espiritual: *“Mi Dios, os suplico por la verdad y la fidelidad de vuestras promesas, encontrar un hombre para que me guíe espiritualmente, que sea verdaderamente santo y servidor vuestro, que me enseñe vuestra voluntad, y todo lo que Vos deseáis para mí; y os prometo y os juro delante vuestro que haré todo lo que él me diga de vuestra parte.”*

1. La respuesta de Dios

A esta generosa súplica, Dios le respondió con una doble visión o sueño. No se puede poner en duda la realidad de esto pues Juana relató varias veces lo sucedido. He aquí el resumen que nos dejó la Madre de Chaugy: *“Durante el tiempo de sus más ardientes oraciones, nuestra beata Madre, yendo un día a caballo -siempre rezando en el fondo de su corazón a Nuestro Señor para que le mostrase el guía fiel que la debía dirigir-, pasó por un gran camino en una inmensa llanura y de pronto vio, bajo una pequeña colina, un hombre de la altura de nuestro*

beato Padre Francisco de Sales, obispo de Ginebra, vestido de sotana negra, con un sobrepelliz, y sombrero en la cabeza, tal cual él estaba la primera vez que lo encontró en Dijon.”

Y al mismo tiempo, Francisco de Sales, rezando en su castillo, tuvo también un “*rapto.*” Vio una joven señora, vestida como viuda, de la cual él ignoraba el nombre y jamás había visto su rostro. “*Entonces le fue revelado que esta viuda sería ‘la piedra fundamental’ de una congregación religiosa de la cual él mismo sería el inspirador.*”

Cada uno interpretó estas revelaciones según la idea que se hizo del fenómeno místico. Sea lo que sea, los hechos sucedieron y fueron el preludio exacto de lo que acontecerá durante la cuaresma de 1604 en Dijon. Ellos ayudarán a Juana a franquear las dos grandes pruebas que van a sobrevenirle.

2. La prueba del pastor que no es el pastor de la visión.

Había pasado un año desde la muerte del barón Cristóbal de Chantal, cuando el magistrado Frémyot decidió invitar a su hija Juana a Dijon junto con sus hijos, pensando distraerla un poco del dolor que la angustiaba.

En ese entonces, “*un buen religioso*” -felizmente la historia ignora su nombre- tenía mucho éxito como director espiritual de personas piadosas. Se dice que Juana lo encontró de casualidad un día que fue a rezar a *Notre-Dame d’Étang*, un santuario a dos leguas de Dijon; y enseguida la comprometió a ponerse bajo su dirección. Juana se dio cuenta que este director no era el de la visión; pero en el desconcierto en que ella se encontraba, lo aceptó: “*Como humilde*

cordero, creyendo que era la voluntad de Dios, se dejó enlazar por este pastor, que la ató a su dirección por medio de cuatro votos: el primero, que ella le debía obediencia; el segundo, que no lo cambiaría jamás; el tercero, que debía guardar fielmente secreto acerca de todo lo que él le diría; el cuarto, que no debía confiar su interior a nadie más que a él.” Y durante dos años, hicieron así. La generosa Juana se esforzó por obedecerlo en todas las oraciones, ayunos, métodos, prácticas, etc., que el imprudente pastor le impuso. Parece un sueño... (...).

3. Finalmente aparece el pastor que Dios destinaba para Juana

Si alguna vez tuvo sentido el bello nombre que otorga a Dios uno de los primeros biógrafos de la santa de Chantal, “*El Dios de los encuentros*”, fue justo para el encuentro entre Juana y Francisco de Sales.

“Parecía que el mundo y el infierno se habían puesto de acuerdo para impedir que el obispo de Ginebra-Annecy aceptara la invitación que le hicieron los magistrados de Dijon de predicar durante la cuaresma de 1604.” Finalmente Francisco pudo aceptar. Su reputación era tal que “*el Sr. Frémyot aconsejó a su querida hija de venir a pasar la cuaresma a su casa para escuchar los sermones del santo prelado; y ella, con el consentimiento de su suegro, se fue para Dijon.*” Llegó el primer viernes de cuaresma; y fue ese día que “*vio en vivo a este santo hombre, y a primera vista reconoció que era aquel que Dios le había mostrado por director*” durante la visión de Bourbilly. “*Todos los días, ella hizo poner su silla frente al púlpito del predicador, para poderlo ver y oír mejor. Por su parte, el santo prelado, bien atento a su discurso, notó a esta viuda por encima de todas las otras mujeres. Y teniendo todavía un dulce*

recuerdo de la visión en el castillo de Sales, reconoció enseguida que era la que Dios le había mostrado antes.”

De inmediato Francisco quiso saber quién era esa ferviente mujer que lo escuchaba. Mons. André Frémyot, arzobispo de Bourges y hermano menor de Juana, se lo indicó. Y como el santo predicador fue invitado a cenar a lo del magistrado Frémyot, tuvo varias ocasiones para hablar con Juana: *“Yo admiraba -cuenta ella- todo lo que él hacía o decía”* y me *“moría de ganas”* por contarle mis terribles *“tentaciones.”* Pero no podía, pues estaba atada por el cuádruple voto a su director.

“El Dios de los encuentros” intervino nuevamente. Era el Miércoles Santo. *“Nuestro Señor envió a Juana una fuerte tentación y como su director estaba ausente, tuvo necesidad de buscar algún sosiego en nuestro venerado Padre.”* Luego de la charla, Juana quedó muy serena. *“Sin embargo -confiesa ella- el escrúpulo de mi voto de hablar de mi interior solamente con el primer director me atormentó tan fuerte que solo hablé la mitad de las cosas.”*

Al día siguiente, Jueves Santo, Francisco de Sales asistió a la misa del arzobispo de Bourges. Y escuchó a Juana decir a una amiga que debía ir en peregrinación a Saint-Claude. Francisco le dijo que él también iría allá con su madre, la Sra. De Boisy, para cumplir un voto, y que posiblemente se encontrarían. Juana asintió al proyecto.

El lunes de *Quasimodo* 1604, Francisco de Sales dejó Dijon y *“en la primera cena que tuvo”* escribió a Juana este mensaje: *“Me parece que Dios me ha ofrecido a usted, me convenzo más y más a cada hora; es todo lo que os puedo decir. Encomiéndeme a vuestro Ángel*

Guardián.” Para poder entender bien estas palabras de Francisco, es necesario recordar que Juana continuaba muy angustiada por haber quebrantado su voto de obediencia al primer director. La crisis violenta de escrúpulos que va a atacarla la tarde de la fiesta de Pentecostés nos muestra hasta qué punto se hallaba atormentada. Ese día tuvo que recurrir al Padre de Villars, rector de los jesuitas y confesor suyo; Juana le suplicó de venir a donde estaba alojada, pues no podía más. El sacerdote la tranquilizó totalmente. “*Me pareció -dice Juana- que me sacaron una montaña de arriba del corazón.*”

En ese momento, reapareció el primer “director” de Juana, que hasta el momento había estado ausente. Juana, con rectitud, le informó de todo lo que le había sucedido. “*Ella le dijo todo cándidamente*”, pero él se enojó. A propósito de lo sucedido, le hizo dar grandes remordimientos de conciencia, y he aquí que Juana, en medio de una enorme “perplejidad” como jamás antes le había sucedido, resolvió escribirle a Francisco de Sales. Además, consultó de nuevo al Padre de Villars, recibiendo esta afirmación formal: “*No solamente os digo de parte de Dios que debe desligarse del primer director y ponerse totalmente bajo el obispo de Ginebra, sino también que, de no hacerlo, usted está resistiendo al Espíritu Santo.*”

Mientras tanto, el primer director pidió a Juana que renovase el voto que había hecho de obedecerle. Ella lo hizo, pero informando sobre el asunto a Francisco de Sales. La respuesta de éste (24 de junio de 1604) es luminosa: está de acuerdo en que solo se debe tener un director “*pero que la unidad de un director no excluya la confianza en otro.*” Así va a proceder sabia -y lentamente- Francisco, de etapa en

etapa, para primero liberar a Juana, y luego poder revelarle su proyecto de hacerla “*la piedra fundamental*” de la congregación que Dios lo había llamado a fundar. Veamos el itinerario.

Del 24 al 28 de agosto, según lo que acordaron en Dijon, Francisco de Sales (acompañado por su madre, Sra. De Boisy y de su hermana menor, Juana de Sales) encuentran en Saint-Claude a Juana de Chantal (acompañada de dos amigas de Dijon, Sra. Brûlart y su hermana Rosa Bourgeois, abadesa de *Puit d’Orbe*). Durante el encuentro, él le declara netamente que los cuatro votos impuestos por el primer director “*solamente sirven para destruir la paz de una conciencia*”, y que él acepta, “*en nombre de Dios el cargo de dirigirla espiritualmente.*” Juana le hace su confesión general. “*Oh Dios, -dirá más tarde - ¡qué feliz fue ese día! Me pareció que mi alma cambió de lugar y salió de la cautividad interior, donde los consejos de mi primer director me habían tenido hasta ese momento.*”

Segundo encuentro en el castillo de Sales, del 21 al 31 de mayo de 1603. He aquí que la lucha interior de Juana se despierta y la pone a prueba en una nueva tormenta: ¿Acaso ella hizo una buena elección al preferir como director a Francisco de Sales? Este agudo escrúpulo intensificará a su vez las tentaciones contra la fe.

Francisco la serenó una vez más. La carta que le escribe el 14 de octubre de 1604, es una obra maestra del discernimiento de espíritus: “*La elección que usted hizo tiene todas las señales de una buena y legítima elección.*” En esta misma carta, le repite, según el deseo de Juana, las directivas que le dio en Saint-Claude para su vida espiritual. Es allí que encontramos esta regla de oro de la espiritualidad salesiana:

“Es necesario hacer todo por amor y nada por la fuerza; es más necesario amar la obediencia que temer la desobediencia.” Se ha establecido el tono de la correspondencia que comenzará, a partir de ahora, entre el director y su dirigida.

Anexo 2

Las apuestas teológicas de la obediencia en la vida religiosa.

Por Herny Donneaud, O.P.⁷⁴

La obediencia es un elemento constitutivo y esencial de la vida consagrada. Por medio de ella el consagrado, renunciando a su propia voluntad, busca unirse más estrechamente a la obediencia de Cristo. Ella tiene una afinidad especial y directa con la caridad, que es el camino regio. Bajo este aspecto, no tendría que haber jamás exceso en la obediencia, pues el consagrado nunca termina de tender hacia una imitación más perfecta de la obediencia de Cristo, sin poder jamás alcanzarla. La vida consagrada, por esencia, es un camino permanente hacia una obediencia más íntegra y radical. Sin embargo, la larga historia de la vida consagrada, así como la experiencia eclesial reciente, nos enseña que, en nombre de la obediencia, se han cometido desviaciones con consecuencias graves y dolorosas. Existen, muchísimos casos de abusos en la obediencia.

¿Cómo entender esta paradoja? En su esencia, la obediencia es una virtud, y bajo este título se sitúa en un justo medio entre dos vicios que la desnaturalizan, sea por defecto (desobediencia), sea por exceso (falsificaciones de la obediencia).

⁷⁴ Dominico, profesor de teología en Toulouse, el autor es asistente apostólico de la Comunidad de *Béatitudes*, luego de haber sido comisario pontificio. Artículo publicado en la revista *Vies consacrées*, 88-4 (2016), pp. 33-42.

Es importante comprender bien la verdad de la obediencia, para aspirar a su justo ejercicio y su punto de equilibrio, sobre todo en la tensión religiosa hacia la radicalidad.

1. Aspectos de la obediencia

Ante todo, la obediencia en su esencia es una virtud social. Su fundamento se encuentra en la naturaleza social del hombre y su finalidad en el bien común⁷⁵. En primer lugar no es en sí misma una virtud de disciplina personal, de renuncia y de ascesis, sino una virtud de justicia, teniendo en cuenta la inserción de la persona individual en un orden social que lo sobrepasa. Su fin no es contrariar y enderezar la voluntad personal, sino integrar a cada uno en una obra común, de suerte que el bien común sea alcanzado. Por lo tanto es una virtud del bien común, no de construcción personal. De este primer punto, retengamos que la obediencia siempre se alcanzará, en la medida que esté condicionada, encuadrada y mesurada por la manera que sirva al bien común.

Con la llegada del Cristianismo la obediencia toma un nuevo sentido agregando una segunda finalidad que se suma a la primera. En efecto ella es inseparable del misterio de Jesucristo y de su encarnación redentora. Es por su obediencia amorosa que Jesús ha salvado al mundo, y es imitando a Cristo obediente que el cristiano se une a Él y aprende a conformar su voluntad a la del Padre, volviéndose así más

⁷⁵ M.-M. Labourdette, *Cours de théologie morale*. t. 2. *Morale spéciale*, «Bibliothèque de la Revue thomiste», Paris, Parole et Silence, 2012, 734 : «El único fundamento genuino [de la obediencia] es el carácter social de la vida humana.»

hijo de Dios en el Hijo de Dios⁷⁶. La obediencia adquiere una nueva finalidad, directamente ligada a su valor de renuncia y de ascesis: por su virtud purificadora, se hace escuela de caridad, camino real del amor de Dios y del prójimo. “*La obediencia no estará solamente al servicio del bien común, sino también será un sacrificio ofrecido al Padre en unión con Jesucristo*”⁷⁷.

Y en el interior de la vida bautismal, lo propio de la vida consagrada es colocar esta obediencia en el corazón de un propósito de radicalidad: que esta obediencia concreta no se ejerza solamente cuando lo reclaman el amor de Dios o del prójimo, sino de modo permanente, como elemento constitutivo de un estado de vida estable, por la ofrenda radical a Dios de toda su voluntad, ofrenda significada por la entrega de la integralidad de su vida hasta la muerte (*usque ad mortem*) en manos de los superiores. Tal es el sentido del voto de obediencia, instrumento de una escuela concreta y radical de perfección de la caridad.

En efecto, la finalidad del bien común no se pierde de vista, puesto que, en último término, se trata de colaborar en la construcción del cuerpo de Cristo. Pero la obediencia misma se transforma en el bien común específico de los institutos de vida consagrada. Estos últimos se presentan primero como escuelas de perfección, en las cuales cada una

⁷⁶ Cf. Rm 5,9: «Como por la desobediencia de uno muchos fueron constituidos pecadores, así por la obediencia de uno mucho serán constituidos justos»; Fil 2,8: «Actuando como un hombre cualquiera se rebajó, obedeciendo hasta la muerte, y muerte de cruz»; Heb 5,8: «Siendo hijo, aprendió por el sufrimiento a obedecer; y después de haber sido hecho perfecto, se ha convertido en principio de salud eterna para todos los que le obedecen.»

⁷⁷ M.-M. Labourdette, *Cours de théologie morale*, op. cit, p. 741.

busca los medios en un camino radical hacia la perfección de la caridad. Así, mientras la obediencia política alcanza su fin con la promoción del bien común de la ciudad, la obediencia religiosa apunta primero el bien de la persona consagrada, su progreso en el camino de la unión con Dios, puesto que la obediencia es en sí misma un camino de perfección.

Advertimos que es a través de esta radicalización religiosa de la obediencia en la vida consagrada que los abusos ocurren con más frecuencia. De allí la importancia de comprender bien que, si la obediencia religiosa conlleva la intensificación y la radicalización de la virtud de la obediencia, ella no la desnaturaliza, pues no es otra virtud. La obediencia religiosa permanece como una obediencia y debe desarrollarse en el marco de esta única virtud de la obediencia.

2. La naturaleza de la obediencia

Para entender la naturaleza exacta de la obediencia, nos ayudaremos de algunas “fórmulas” más conocidas que, heredadas de tradiciones espirituales entre las más sólidas y autorizadas, han podido contribuir por su mala interpretación a los abusos de los cuales hablamos en la introducción: la comparación con un cadáver (*perinde ac cadaver*), ya presente en san Francisco y retomada por san Ignacio de Loyola⁷⁸, o la noción de “*obediencia ciega*”, salida de los Padres del

⁷⁸ San Buenaventura, *Vida de san Francisco de Asís* (Legenda major) V 1,4: «Propuso como ejemplo [de obediencia] la semejanza de un cuerpo muerto»; Constituciones de la Compañía de Jesús, n° 547.

Desierto, también retomada por san Ignacio⁷⁹. ¿Cómo se pueden entender bien estas expresiones?

Primero que todo, concerniendo al tema de la obediencia, la comparación con el cadáver encuentra su primer límite en el hecho que la obediencia, por definición se dirige a una persona libre, no a un ser inerte y pasivo. El tipo de influencia que pone en juego la obediencia no es una sumisión física o pasional; ella debe pasar a través de la libertad de la persona que obedece, por el filtro de su prudencia: “*La obediencia es una virtud del hombre libre. Toda obediencia infrahumana es una falsificación (...) Para obedecer verdaderamente, es necesario ser capaz de desobedecer*”⁸⁰. En efecto, la orden es propuesta a la inteligencia y a la voluntad para que la persona llamada a obedecer se determine por sí misma, luego de haber comprendido la orden y juzgado por ella misma un deber el cumplirla. Si hay necesidad de obedecer al superior, jamás será por una “*necesidad de naturaleza*” ciega y mecánica, sino por una “*necesidad de justicia*”⁸¹, para que la persona se conforme por sí misma, “*según su propio consejo*”⁸², y libremente a lo que es justo.

En cuanto al **objeto** de la obediencia, la orden, siempre debe ser en vista del bien común y de una acción buena a realizarse; solo puede

⁷⁹ San Ignacio de Loyola, Carta sobre la obediencia de 1553, n. 15 (éd. Dumeige, DDB, 1958, p. 302).

⁸⁰ M.-M. Labourdette, *Cours de théologie morale*, op. cit., p. 739-740. Santo Tomás de Aquino, Suma Teológica, Ila-IIae, q. 104, a. 5, resp. 9 Ibid., a. 1, resp. : «Libre elección que procede del propio *consilium*.” (a. 5, resp.): «En lo que se refiere a la moción interior de la voluntad, el hombre jamás está obligado a obedecer a un hombre, sino solo a Dios».

⁸¹ Santo Tomás de Aquino, *op. cit.*, Ila-IIae, q. 104, a. 5, resp.

⁸² Ibid., a. 1, resp. : «Libre elección que procede del propio *consilium*.”

plantearse en el fuero exterior y práctico, jamás en el fuero interior y especulativo. Se me puede ordenar hacer algo así, jamás de querer, amar o pensar así⁸³. El acto interior, en particular el juicio de la inteligencia, jamás puede estar mandado por una autoridad humana, sino solo por Dios, como es el caso en la fe teológica. Un superior no me puede ordenar querer lo que él quiere y hacerme juzgar que su orden es buena. Eso sería radicalmente contrario a la moral de la inteligencia que capta lo verdadero gracias a su ejercicio personal: “*Hay una ética del pensamiento: los superiores no hacen la verdad*”⁸⁴. El superior me ordena hacer tal acto, pero no puede ordenarme juzgar su orden como buena. Siempre conservaré la libertad interior de pensar que este acto ordenado no es bueno. El *cadáver* es inteligente y debe permanecer así. La ceguera voluntaria, susceptible de volver virtuosa la obediencia, no podrá de ninguna manera pasar por sobre la inteligencia.

En efecto, pertenece a la obediencia, o más bien a la docilidad que le está ligada, buscar de identificar lo mejor posible, por la inteligencia, la bondad que puede (y normalmente debe) estar incluida en la orden, para ponerla en acto de la manera más eficaz posible, pero el juicio último acerca de esta bondad siempre depende del sujeto, no del superior. Yo puedo, tanto como también debo, obedecer a una

⁸³ *Ibid.*, a. 5, resp. : «En lo que se refiere a la moción interior de la voluntad, el hombre jamás está obligado a obedecer a un hombre, sino solo a Dios».

⁸⁴ M, Labourdette, Cours de théologie morale, op. cit., p. 737.

orden incluso si sus motivos y su contenido no me parecen que sean los mejores⁸⁵.

En cuanto a la **persona** que manda, ella puede hacerlo porque tiene la autoridad. La autoridad no es un poder arbitrario e indefinido que pretendería que una persona fuese por sí misma y en todas las cosas superior a otra. Ella se refiere directamente al servicio del bien común y está condicionada por este servicio. En efecto la autoridad, en última instancia, siempre proviene de Dios y es conforme a la voluntad de Dios que se obedezca a quien tiene la autoridad. Pero si bien la autoridad emana de Dios, la orden no proviene de Dios. Emana del superior en virtud de la autoridad que es en efecto divina en su origen primero, pero, en su naturaleza de orden y en su contenido, permanece como una obra del hombre. No es exacto, incluso es peligroso, decir que la orden del superior es “*palabra de Dios.*” La orden es palabra del hombre, fruto de un discernimiento y de una deliberación humana, cualquiera sea, por otra parte, las asistencias divinas con las cuales se haya beneficiado el superior. La orden podrá tener signos de su origen totalmente humano, por sus deficiencias a menudo bien notorias (interés personal, pasiones). Si el que obedece cumple la voluntad de

⁸⁵ H. A. Parenteau, «La notion d'obéissance aveugle dans la Lettre de saint Ignace aux Pères et Frères du Portugal (1553) », en *Revue d'ascétique et de mystique* 38 (1962), p. 31-51 (50) : «Las cinco noches de la obediencia no impiden en absoluto al que obedece de aconsejarse sobre la realidad humana del superior y del valor psicológico y moral de sus motivos de acción, del valor intrínseco de las razones técnicas de la orden, de la oportunidad o la inconveniencia de la cosa mandada, de sus propias reacciones ante el mandato recibido. Todo ello es objeto de juicio especulativo, en donde la ley propia es de ser dóciles a toda realidad objetiva. En razón de ese mismo juicio especulativo, el sujeto puede decirse a sí mismo: ‘Si yo estuviera en el lugar de mi superior, no mandaría eso’».

Dios, no es porque la orden expresa en sí misma y necesariamente la voluntad divina, sino porque es voluntad de Dios que yo obedezca a aquel que tiene la autoridad que proviene de Dios⁸⁶.

En fin, ¿cuál es el único motivo legítimo de la obediencia -del cual el subordinado debe tener clara conciencia porque solo ese motivo puede impulsarlo a obedecer libremente? Debo obedecer no sólo por la autoridad moral de mi superior (ascendiente, prestigio, temor, admiración), sino porque constato que la orden es buena y conforme a la voluntad de Dios, no porque estoy convencido que mi superior tiene razón, sino porque la orden viene de aquel que tiene autoridad para decidir teniendo en cuenta el bien común, y en particular, si estoy consagrado, en vistas de mi progreso en la obediencia, la conformidad de Cristo y la caridad. Determinemos entonces dónde se debe encontrar la ceguera necesaria de una verdadera obediencia religiosa. Precisamente en todos los elementos humanos que acompañan, motivan y constituyen la orden del superior (sus cualidades o defectos, sus motivaciones, su apreciación de la situación), aunque ciertamente no en sí mismos -pues siempre es legítimo e incluso necesario percibir y juzgar lo real-, sino en cuanto que ellos podrían llegar a ser motivo de

⁸⁶ Cf. San Agustín, *Enarrationes in psalmos*, Ps 70, I, 2 (PL 35, 875): «No es el Señor, sino su padre quien había hecho las prescripciones; ellos las aceptaron igualmente como si emanasen de su Dios. Porque si bien es verdad que el Señor jamás había mandado no beber vino y vivir en tiendas, él sí había ordenado que los hijos obedecieran a sus padres. Los hijos no deben rechazar obedecer a su padre excepto cuando el padre manda algo en contra de Dios, porque entonces el padre ya no tiene el derecho de irritarse por la preferencia que se le da a Dios sobre él. Pero cuando el padre manda lo que Dios no prohíbe, se le debe obedecer como a Dios, dado que Dios ha ordenado obedecer a un padre».

la obediencia o de la desobediencia. No es cuestión de que se prohíba ver los límites del superior y de su orden (no lo ordena la inteligencia), pero se trata de no tomarlos en cuenta cuando es necesario decidir voluntariamente de obedecer o no. Obedecer como un cadáver no implica cesar de reflexionar o de querer sino, más profundamente, de no poner resistencia a la orden y de someterse enteramente, por la voluntad y la inteligencia, a pesar de los eventuales defectos de la orden emitida.

3. Las falsificaciones de la obediencia

Podemos abordarlas desde dos perspectivas: la de los superiores y la de los subordinados.

Desde el punto de vista de los superiores, el desorden de la obediencia viene cuando el superior, dando la orden, usurpa una autoridad que no tiene: es el abuso de poder. Ya sea que interfiera en las disposiciones emanadas de una autoridad superior (estando reservado el poder de adaptación propio a un superior intermediario, encargado de aplicar a los casos particulares una ley general); ya sea que no haya respetado las reglas que encuadran el proceso de decisión; ya sea que intervenga sobre un dominio que no le compete a su autoridad, en particular sobre lo que no concierne al bien común y, para los religiosos, la aplicación de la regla. Entendemos en este último caso, las órdenes por medio de las cuales el superior pretende mandar al subordinado actos puramente interiores, como el de amar esto o de pensar aquello, mientras que su autoridad se extiende exclusivamente sobre los actos prácticos exteriores.

Si en tales casos el subordinado no obedece, es simplemente porque lo que pasa por una orden no lo es. A falta de orden, no hay obediencia posible. Lo que se supone siempre, por parte del subordinado -evidentemente sin caer en la suspicacia y en la desconfianza *a priori*- es la capacidad de juzgar, en cuanto que está en su poder, la existencia de una verdadera orden.

Desde el punto de vista del subordinado puede haber desobediencia o falsificación de la obediencia. Comencemos por este segundo punto.

Santo Tomás llama a este abuso “*obediencia indiscreta*”⁸⁷, es decir, en sentido propio, una obediencia no discernida, ni reflexiva, una obediencia ciega en el mal sentido del término. Este abuso puede provenir de dos lados: sea de la **materia** de la orden, sea del **motivo** de la obediencia.

Concerniendo a la materia, jamás es legítimo y no implica nunca la obediencia, el hecho de ejecutar una orden que implique el cumplimiento de un pecado. Si es verdad que la obediencia, hablando propiamente, no permite juzgar la orden recibida, siempre es imperativo para el subordinado juzgar la moralidad de la ejecución personal de la orden: no debo jamás ejecutar un precepto que me haga cometer un acto pecaminoso; mi responsabilidad no será exonerada por el hecho de que haya obedecido. En cambio, sobre todo en el marco de la vida consagrada, existen situaciones donde puede ser bueno e incluso necesario, ejecutar una orden ilegítima, si sus efectos están

⁸⁷ Santo Tomás de Aquino, *op. cit.*, Ila-IIae, q. 104, a. 5, ad 3um : « Oboedientia indiscreta ».

limitados a mi propia persona y la denuncia del abuso de poder fuese susceptible de provocar un escándalo en otras personas más sencillas.

En lo concerniente al motivo de la obediencia, ésta llega a ser indiscreta cuando está fundada en otros motivos que no son la sola autoridad del superior. La mayoría de las veces, condicionamientos psicológicos y morales hacen que alguien se someta a un abuso de poder por interés o ambición (adulación), por admiración ciega, por miedo, por incapacidad de reflexionar y discernir. Estos últimos casos provienen de una influencia mental ejercida más o menos conscientemente por el superior.

Estas últimas situaciones, nosotros lo hemos constatado, son particularmente delicadas y dolorosas, pues existen psicologías frágiles y vulnerables que se exponen fácilmente al defecto de discernir bien el único motivo legítimo de la obediencia. Normalmente es el superior quien debe estar atento a todo para educar a sus subordinados en el ejercicio más pleno posible de su libertad en el interior de la obediencia, en lugar de encerrarlos en una *pseudo*-obediencia que se transforma en adiestramiento y manipulación.

Acerca del exceso contrario, la desobediencia, solo diré una cosa, que toca precisamente a la obediencia indiscreta. Es frecuente que los defectos contra la obediencia muestren menos un exceso de personalidad y de sentido de la libertad individual que un reflejo de la defensa ligada a una vulnerabilidad mal controlada y temerosa. Se rebela contra la influencia del superior porque no se siente lo suficientemente capaz de asumirlo libremente. El espíritu de independencia contra el superior legítimo puede ir a la par con la

dependencia, incluso la fascinación, hacia otros líderes sin legitimidad pero que sean más seductores. Una vez más, la obediencia está privada de su único motivo: la aceptación de la orden que proviene de la autoridad legítima.

En conclusión, para completar nuestra reflexión acerca de los abusos de la obediencia en el seno de la vida consagrada, remarcaré un hecho constatado en muchos casos, en particular en el transcurso de los últimos decenios: las comunidades en el seno de las cuales se producen la mayoría de los abusos de poder por la manipulación, ceguera provocada e infantilismo mantenido, pueden ser las mismas donde los responsables tienden a escapar lo más posible a la regulación eclesial, y en particular, cuando el círculo se cierra, se niegan a una verdadera obediencia eclesial. Esa es la razón por la cual, si yo no abogase suficientemente para que las autoridades eclesiales se muestren verdaderamente vigilantes en el acompañamiento de las comunidades de vida consagrada –y ello tanto más por el hecho de que la radicalidad esencial de la obediencia está en su misma esencia – yo daría sobre todo la prioridad a una formación verdaderamente rigurosa, sólida y profunda en cuanto a la verdad de la obediencia, tal como una experiencia bimilenaria ha dotado a la Iglesia. No se reprochará a un dominico de apelar siempre primero a la inteligencia, vector indispensable de una recta voluntad, de una obediencia justa y de una caridad verdadera.

Anexo 3

Testimonio de una joven tentada por la vida religiosa

*Grito silencioso en la noche de la fe,
Alaridos sofocados de una mujer,
Y sin embargo...
Tenía 16 años cuando lo encontré.
Sin usted no creo que me hubiese levantado de nuevo.
Ruina de dolor, en las orillas de mi infancia,
Vuestra luz dio sentido a mi existencia.*

El lector comprenderá que quien testimonia desea conservar el anonimato. Por lo cual algunas palabras han sido modificadas para preservarlo.

“Muy bien. Entonces déjame guiarte. Entra en una gran docilidad al Espíritu Santo para dejarte transformar en una hija de luz. Comienza a hacer de tu vida, una vida de adoración para poner todo en las manos de Dios. Nos vamos a ver una vez por semana y tu vendrás a la Misa que celebro a la mañana en la capilla”

- “Sí padre. ¡Gracias padre !.”

Ya estaba en las nubes. En los días siguientes, mi director espiritual comenzó a revelarme secretos de una mística superior que nos sumergió en las más grandes intimidades con Dios.

“El amor entre dos personas que dan todo en la vida religiosa, es un amor divino. Más grande que el de los esposos, que es un amor solo natural. Es un don de Dios, de una extrema delicadeza”, dice él tomándome la mano, con una ternura increíble.

Jamás recibí tanta dulzura de un hombre.

Estoy emocionada. Dada vuelta.

¿Una pequeña duda me ronda? Déjate llevar por este santo hombre.

Todo es vivido en Dios.

Gustad Su Bondad y dad gracias.

Nuestra relación crece día a día. Y poco a poco, él se vuelve el centro de mi vida. Yo estoy plena por nuestra relación. Me siento profundamente valorada. Al fin soy alguien, soy apreciada, valgo algo. ¡Porque toqué fondo, Dios me concedió la gracia inaudita de tocar las cimas en un instante!

Me pasa de soñar que es demasiado bello para ser verdadero. Si solamente hubiese medido hasta qué punto esta intuición era la más justa.

Él me pide unos trabajos. Me doy cuenta que estoy lista para aceptar todo lo que me pida, y más todavía. Así dedico una tarde para clasificarle unas carpetas. Ese día, se me acerca, me acaricia la mejilla, después intenta besarme en la boca. Yo lo rechazo. Él me dice que será duro para él.

Todo se mezcla en mi cabeza. Las verdades se chocan. Los nudos se cierran en el esfuerzo que hago por deshacerlos. Después nada más funciona. Como si de golpe, me volviese estúpida.

Lo imposible no puede ser. No es. Nada pasó. Nada. Y yo vuelvo a verlo. Regularmente. Tiene en sus manos mi cerebro, mi corazón, mi alma, mi espíritu y mi cuerpo.

Un día, yo le pregunto para asegurarme que no hubo ningún pecado en nuestro trato. Él me responde: “¿No reparaste que celebré la misa justo después? ¿No sabes que todo se nos perdona durante la celebración eucarística? Yo lavo mis manos de todo pecado antes de tocar el Cuerpo de Cristo. Y tú sabes bien que los pecados de la carne no son graves a los ojos de Dios. Son los pecados del espíritu que lastiman a Nuestro Señor. Nuestro amor es puro porque es vivido en Dios. Relee el Evangelio: Jesús ama particularmente a María Magdalena, la prostituta, justamente porque ella puede recibir plenamente su perdón.”

Me tomó 15 años comenzar a resolver este problema. 15 años para asumir el sufrimiento de ver en este héroe de mi vida un enfermo tan grande. Para comprender también que no fue estupidez de mi parte, sino manipulación, influencia y lavado de cerebro. Todavía hoy, más de un cuarto de siglo después, a veces me hundo en esa pesadilla y entiendo todavía más profundamente la amplitud de la traición. Otras jovencitas de mi época están todavía bajo su influencia.

¿Cómo no llamar a esto perversión del amor, cuando el silencio que engendra sirve para destruir solapadamente, cuando los grandes misterios son utilizados para esclavizar el ser hasta en la fina punta de su alma y la ponen al servicio de una necesidad narcisista insaciable,

cuando el don total se vuelve la puerta abierta a la influencia de una poderosísima ceguera y cuando el secreto sirve finalmente para emparedar el cuerpo todavía demasiado vivo?

Índice

Introducción.....	3
Los riesgos propios de la vida religiosa	5
1ª parte: El Instituto y la Comunidad	9
Capítulo 1: Carisma e Institución	9
1. Redescubrimiento.....	9
2. Personas carismáticas.....	10
3. La inversión.....	10
Capítulo 2: La estructura de la pirámide	13
1. Establecimiento de una estructura piramidal.....	14
2. Frenar los intercambios entre los miembros	15
3. Aislamiento	18
4. Una estructura de control.....	20
Capítulo 3: La cultura de la mentira	22
1. El pivote	23
2. La relación con la información.....	26
3. Consecuencias de tal clima	30
Capítulo 4: Pequeña radiografía de la mentira	32
1. Una mentira puede ocultar otra mentira	32
2. La más perniciosa es la más oculta.....	33
3. Cómo se pierde el sentido de la verdad.....	34
4. Nada puede justificar la mentira	36
5. La mentira destruye la relación	38
6. La mentira no respeta a la persona a la que se dirige.....	39
7. San Doroteo.....	40
Capítulo 5: El culto de la unidad	43
1. Unidad: ¿Apariencia o realidad?.....	43
2. El vínculo exclusivo.....	48
3. Unidad, una belleza frágil	50
Capítulo 6: Configurando una deriva sectaria.....	52

1. El fundador entrenado	52
2. Dinámica de grupo y emulación	54
3. Víctima y cómplice	56
4. La sucesión a lo idéntico	57
5. ¿Cómo escapar de este confinamiento?	60
2da parte: Las relaciones personales	64
Capítulo 7: La obediencia y especialmente su tercer grado.....	65
1. Los límites de la obediencia	65
2. Tercer grado de la obediencia, la sumisión del juicio.....	72
Capítulo 8: Cuando se sale de los límites de la obediencia.....	77
1. Cuando el mal es claro	77
2. Cuando el mal no es claro.....	79
3. Cuando se alcanza el principio mismo del discernimiento	81
Capítulo 9: La Paternidad espiritual	88
1. El pájaro puesto en jaula	89
2. El Starets	92
3. Verdadero y falso Starets	93
4. El/la Prior/a	96
5. El Padre Abad / la Madre abadesa	99
6. Carisma e institución	100
7. El Padre (madre) espiritual.....	102
Capítulo 10: La apertura del corazón.....	104
1. Su necesidad	104
2. ¿Puede estimularse la apertura del corazón?.....	106
3. ¿Transparencia o control?	108
4. Masculino – femenino	110
5. La culpabilidad.....	112
6. Fuero interno – fuero externo.....	113
7. La perversidad.....	115
Capítulo 11: Los riesgos de una espiritualidad llevada al extremo.....	118
1. El exceso	120
2. El renunciamiento no es jamás lo primero	123
3. Desolación o depresión.....	128

4. Double bind – la doble restricción.....	131
5. Espiritualidad de la sustitución	136
6. La imagen de Dios desfigurada	139
3ra. parte: Soy negra pero bella	142
Capítulo 12: Algunos signos de salud.....	144
1. Feliz	144
2. Los frutos del Espíritu	145
3. Humildad y verdad.....	145
4. Fervor y libertad.....	146
5. Libertad de palabra	147
6. Confianza.....	148
7. La pareja libertad / autoridad	150
8. La compasión y la caridad activa	150
9. La verdad, la verdad, y todavía la verdad	151
1. El amor fraterno	151
Conclusión.....	153
Anexo 1	155
Juana de Chantal y su primer director.....	155
1. La respuesta de Dios.....	155
2. La prueba del pastor que no es el pastor de la visión.....	156
3. Finalmente aparece el pastor que Dios destinaba para Juana.....	157
Anexo 2	162
Las apuestas teológicas de la obediencia en la vida religiosa.	162
1. Aspectos de la obediencia	163
2. La naturaleza de la obediencia.....	165
3. Las falsificaciones de la obediencia.....	170
Anexo 3	174
Testimonio de una joven tentada por la vida religiosa.....	174